
GRITOS
SILENCIOSOS
COSTAS DEL NORTE
CASOS MISTERIOSOS
MØWE
HEIDI HINRICHS

Gritos Silenciosos

COSTAS DEL NORTE – CASOS MISTERIOSOS

ASESINATO EN LAS DUNAS

LIBRO DOS

HEIDI HINRICHS

TRADUCIDO POR

NICOLAY GIRALDO LEIVA



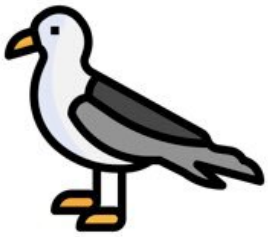
Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capitulo 4
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14

Una taza de té
Extracto: Señales oscuras

zonaepub.com

Capítulo Uno



«¡Vamos, Enna!»

Aunque casi todos a su alrededor gritaban, escuchó claramente la voz de Lars. Enna agarró la pizarra con fuerza. Sintió la arena fría bajo sus pies. Estaba blanda durante los primeros pasos, luego se endureció cuando la playa estaba bañada por las olas, y luego estaba el agua. Recibió un golpe en la parte superior del brazo cuando otra tabla cayó al agua. Enna entrecerró los ojos. La gorra de mariquita era su punto de referencia y no podía perderla de vista. Estaba a solo dos o tres metros por delante de ella y acababa de desaparecer detrás de la primera ola.

«¡Ahora!» gritó Lars desde el fondo.

Aunque el agua aún no le parecía lo suficientemente profunda, Enna confió en su experiencia y lanzó su propia tabla. Saltó tras ella y se agarró por los bordes. El salto le dio a su tabla un impulso que tuvo que aprovechar. ¡Levántate rápido! Se arrodilló, se inclinó hacia adelante y remó con los brazos lo más fuerte que pudo.

A menos de seiscientos metros por delante de ella. Ahí estaba otra vez la mariquita. La titular de Harsewinkel era considerada una de las favoritas. Estaba a la altura de las expectativas y ya estaba cinco metros por delante del grupo. Enna controló su respiración. Seiscientos metros era una distancia que fácilmente podía

subestimarse. Solo quería salir de su zona aeróbica en la racha final. Lástima que sus oponentes parecieran tener una estrategia similar. Ninguna de ellas intentaba perseguir a la líder.

Por el rabillo del ojo, vio que se acercaba la siguiente ola. Ayer hubo una tormenta. Los organizadores habían considerado cancelar la carrera, pero las reglas no se vieron afectadas por unas cuantas olas. De hecho, Enna estaba contenta, ya que solo unos pocos de sus oponentes podían entrenar en el océano de forma regular. La ola entró formando un ligero ángulo. Aquí, en la desembocadura del río Elba, el oleaje se comportaba de manera impredecible debido a su apertura en forma de embudo.

Enna inclinó un poco su tabla. Lars había practicado con ella el ángulo correcto durante horas. ¡Ahí estaba! El agua levantó a Enna y la dejó caer suavemente mientras comenzaba a remar con fuerza de nuevo. Detrás de ella, oyó algunos gritos de decepción, pero no tuvo tiempo de darse la vuelta. De repente, solo estaba la mariquita frente a ella. ¡Estaba en segundo lugar!

Pero solo por un momento. Otra tabla se estaba abriendo camino para ocupar su puesto. La mujer que la conducía tenía la cabeza casi apoyada en la tabla. Llevaba una gorra con triángulos blancos sobre fondo rojo. Tenía que ser la socorrista de Halle, la segunda favorita. Enna había tenido una agradable charla con ella ayer en la barbacoa. Era enfermera de profesión. ¿Cómo se llamaba?

Enna le sonrió brevemente y Jeanette, así se llamaba, le devolvió la sonrisa, pero al mismo tiempo aumentó la frecuencia de sus brazadas y la superó. Volvió a mirar a Enna, lo cual fue un error, porque ya casi habían llegado a la boya por la que tenían que girar y la tabla de Harsewinkel se dirigía hacia ellas.

«¡Mariquita!» gritó Enna. Jeanette se dio la vuelta y se dirigió a la izquierda, girando la tabla. La remadora con gorro de mariquita se sobresaltó y se desvió a la derecha, justo cuando estaba a punto de chocar contra la tabla de su rival. En el último segundo, Jeanette consiguió enderezar la tabla.

«¡Hurra!» gritó y siguió remando con todas sus fuerzas.

Enna había perdido algo de impulso debido a la casi colisión. Rodeó la boya en tercer lugar, pero fue superada poco después. La

mariquita volaba hacia una victoria segura. Cerca de ella, en la playa, comenzaban las hileras de sillas de playa amarillas. Quedan ciento cincuenta metros. Había llegado el momento de correr. Aceleró el ritmo de su brazada más allá de su frecuencia respiratoria. Ya no tenía que controlar su respiración. Dejó atrás una tabla que había subido hasta su posición. El camino estaba despejado. La mariquita se acercaba más cerca de la playa, a su destino.

Enna bloqueó el mundo que la rodeaba. Ya no luchaba contra los demás. Solo luchaba contra sí misma. Su cuerpo quería obligarla a reducir la velocidad, pero se negó a permitírselo. Le ardían los pulmones y sus músculos amenazaban con sufrir calambres, pero no tuvo piedad. Su cuerpo la empujaría hacia adelante, más y más rápido, ¡podría descansar más tarde!!

Un silbido la sacó del trance. El primero fue para la ganadora, podía ignorarlo. Ella siguió nadando. El segundo y el tercer silbato ciertamente no eran para ella.

«¡Enna, fantástico!» gritó Lars.

Abrió los ojos. Siguió remando hasta que vio la boya que marcaba su destino en el mar. La había superado hacía mucho tiempo. Exhausta, se estiró sobre la tabla. Alguien se le acercó desde la orilla. Llevaba un chaleco salvavidas naranja.

Era Lars. Enna respiró hondo y nadó hacia él. Estaba empapada de sudor, así que se dejó caer de la tabla al agua antes de que Lars la alcanzara. Salió a la superficie con un bufido y lo miró. Tenía la frente profundamente fruncida.

«¿Estás bien?» preguntó.

«Sí, estoy bien. Solo tenía un poco de calor».

Ahora volvía a sentirse bien. Su cuerpo debe haberse quedado sin energía por todo el esfuerzo.

«Oh, eso es un alivio», dijo Lars. «¡Enhorabuena!»

«Yo también me alegro de haberlo logrado».

Algunas personas la saludaron desde la playa. Reconoció a sus compañeras de equipo por sus camisetas.

«¿Logrado?» Lars la agarró por los hombros y la sostuvo frente a él. «¡Llegaste en segundo lugar! ¡Incluso le ganaste a la enfermera de Halle!»

¿La enfermera? Enna sentía pena por ella. Había hablado un poco sobre su exigente trabajo. Enna no la envidiaba.

«Estás agotada, ¿verdad?» preguntó Lars. «Ven conmigo a la playa. ¡Bien hecho de todos modos!»



Después de cambiarse de ropa y beber media tetera de té, Enna se sintió mejor. Su grupo local participaba por primera vez en el concurso de la Asociación Alemana de Salvamento. Al principio, había sido cosa de Lars. Competir con los demás no fue lo que motivó a Enna a trabajar como socorrista en su tiempo libre. Pero había sido bueno para el grupo reducido: de repente, las sesiones de formación contaban con una asistencia mucho mayor. Por supuesto, no podían esforzarse tanto como los mejores equipos, que por lo general se entrenaban todos los días. Todos tenían trabajos diurnos.

A propósito de eso... le habían dado el día libre hoy, viernes, y Neuhof había prometido cubrirla, pero por motivos de forma, debería revisar su teléfono móvil al menos una vez. Abrió la cesta de playa que le habían asignado a su equipo y hurgó en su bolsa de viaje. Ahí estaba. Tres llamadas nuevas, todas de su jefe. Enna suspiró.

«¿Qué es?» preguntó Lars, quien debe haber estado vigilándola. «Recuerda la ceremonia de premiación».

«Solo tengo que revisar mi correo de voz». Enna marcó el número del buzón de voz y cruzó la playa unos pasos. Pasó por allí un enorme buque portacontenedores, probablemente de camino a Hamburgo. Estaba casi al alcance de la mano. Estos gigantes nunca atracaban en Fleetstedt.

«Tienes tres mensajes nuevos. Primer mensaje nuevo. El viernes,...»

Algo le arañó la parte superior del brazo. Enna se llevó la mano que tenía el teléfono móvil a la oreja y se perdió las primeras palabras.

«... prometí no molestarla...» entonces, ¿por qué no cumpliste tu promesa?, «pero hay algo sobre lo que me gustaría saber su

opinión. Sería fantástico si pudiera llamarme rápidamente».

«Segundo mensaje nuevo, viernes, once y veintitrés».

«Soy yo otra vez. Hay un pequeño problema. Kettler se niega a examinar a la víctima solo porque es una oveja».

¿Una... qué? ¿Neuhof investigaba el asesinato de una oveja? ¿Se supone que debían hacer eso? Berger normalmente se ocupaba de asuntos tan triviales.

«Dijo que solo se trataba de daños a la propiedad. Le expliqué el artículo diecisiete de la Ley de Bienestar Animal, pero me temo que interpretó mis bien pensados argumentos como un ataque personal. No podría... Enna, ya usted sabe. Conoce a Kettler desde hace mucho tiempo».

Enna suspiró. Era inevitable que los dos hombres acabaran chocando cabezas; estaba destinado a suceder tarde o temprano. Y tenía que aclarar la situación ahora y quizás incluso rogar a Kettler, quien sin duda tardaría mucho en aceptar. Enna sacudió la cabeza. Realmente no quería hacer eso. Ella presionó el botón de borrar.

«Tercer mensaje nuevo, viernes, once cuarenta y cinco».

«Enna, soy yo. Por favor, olvide mis llamadas anteriores. He encontrado una manera de arreglármelas sin su ayuda. No se preocupe por ello. Demuestre a los demás socorristas lo que puede hacer la Asociación Alemana de Salvamento en Fleetstedt. Nos vemos el domingo».

Enna hizo una pausa y luego colgó. El sol acababa de salir por detrás de las nubes. La playa estaba dorada. Más adelante, la gente se estaba reuniendo. La Asociación Alemana de Salvamento probablemente estaba realizando demostraciones de rescate. Las competiciones habían terminado ese día, sobre todo porque la marea había empezado a bajar.

He encontrado una manera. No sonaba bien. Eso significaba que Neuhof se estaba volviendo creativo. Podría estar en la oficina en dos horas si empezara a conducir de vuelta ahora.

«¿Qué es? ¿Problemas con tu jefe?» Enna se sorprendió. Era Lars, quien debe haberla seguido.

Sacudió la cabeza. «Aún no hay problemas. Pero podría intensificarse. Tal vez debería...»

«Enna, no puedes hacernos eso. ¡Somos uno de los dieciséis mejores equipos! ¡Eso significa que mañana podemos participar en el relevo de rescate!»

Enna suspiró. Era la disciplina definitiva: nadar, correr, hacer tabla de rescate, kayak de rescate, con un competidor por equipo. Mike corría muy bien y se había colocado entre los diez primeros en el sprint de playa y banderas. El propio Lars acababa de perder el podio en el kayak de rescate. Es posible que Enna no vuelva a quedar segunda en la tabla, pero su equipo no necesitaba el mayor tiempo en la general.

«Parece que ha muerto una oveja en Fleetstedt», dijo Enna.

«¿Una oveja? ¿Estás bromeando? Eso no es asunto tuyo».

«Mi jefe cree que sí, y yo le creo».

«Pero seguro que puede esperar hasta el lunes. Te necesitamos aquí mañana, bien descansada».

Desde su punto de vista, Lars tenía razón. Y el asunto probablemente podría esperar. Pero a veces los casos tenían la mala costumbre de aumentar rápidamente, como un grano que se convertía en un forúnculo. Luego lamentabas no haber desinfectado la inofensiva mancha con alcohol.

«Por alguna razón, tengo un mal presentimiento al respecto», dijo Enna. No podía identificarlo, pero probablemente se debía a que Pavel tenía la intención de arreglárselas sin ella. No le gustaba que la dejaran fuera.

«Por favor, Enna, piensa en los demás. ¿Todo ese entrenamiento tan riguroso no serviría de nada?»

¿De verdad Lars solo pensaba en los demás? Con él nunca tenía certeza. Pavel Neuhof era... más predecible. Resolvía casos porque eran importantes, no por su ego. Pero aunque pudiera convencer a Nils de que echara un vistazo a un animal muerto, no lo haría un fin de semana. Estaría bien que se ocupara de ello el domingo.

«Está bien», dijo, «me quedaré aquí».

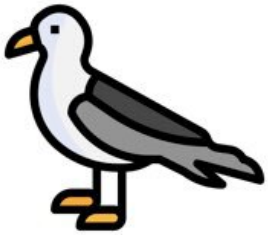
«Gracias». Lars puso su mano sobre su hombro. «Te debo una».

Enna sonrió. Lars dirigía una carnicería. ¿Cómo podría ayudarla?

«Con gusto», dijo, «por el equipo».

«Por el equipo».

Capítulo Dos



«¡Vamos, Heino!»

Pavel siguió pedaleando. La persona promedio pensaría que toda la costa es plana, pero estaría equivocada. Incluso llegar al Deichkante era un desafío. Heino, la bicicleta de oficina, no tenía un motor eléctrico novedoso. Ni siquiera tenía marchas. Berger sugirió buscar un reemplazo mejor semanas atrás. El ayuntamiento de Fleetstedt recogía bicicletas abandonadas varias veces al año, que podían comprarse pagando el precio de las reparaciones. Pero Pavel no podía desprenderse de algo que tenía un nombre. No había tenido un automóvil desde que el TÜV finalmente puso fuera de servicio su Mercedes «Matti». Pero de todos modos no le gustaba conducir a más de treinta kilómetros por hora.

«¡Heino, puedes hacerlo!» gritó, sorprendiéndose a sí mismo. Afortunadamente, no había nadie cerca para escucharlo. La gente pensaba que era extraño hablar consigo mismo. Era ilógico, ya que casi todos hablaban solos de vez en cuando. Pero para muchas personas, la lógica no era el criterio más importante para sus acciones.

Pavel empezó a sudar. En el Deichkante, estaba solo unos metros más cerca del sol, pero se sentía como Ícaro intentando alcanzar a los dioses. Quizá debería haber dejado su chaqueta en esta hermosa

mañana de finales de verano. Como hoy nadie lo esperaría en la oficina, había decidido dar un relajante paseo por los terraplenes.

Pavel detuvo la bicicleta, se bajó y puso a Heino en su soporte. ¿Cómo se les ocurrió ese nombre a la gente de Fleetstedt? Para él, el sencillo e incómodo vehículo de dos ruedas, con manillares curvos y asiento ancho sostenido por muelles que rechinaban, se parecía más a un Fiete o un Heiner. Tendría que preguntárselo a Enna.

Pero ahora era el momento de hacer algo de ejercicio. Estirar las piernas con vistas al mar de Frisia durante la marea baja era un lujo del que nunca había disfrutado en la oficina de Kiel. Pero aquí era normal terminar el trabajo a la una de la tarde de un viernes. Ni la gente de Fleetstedt ni los turistas eran particularmente violentos. Solo se habían producido tres robos importantes, todos ellos realizados de forma muy profesional, y unos pocos carteristas en la playa, que habían podido atribuir a un menor de Berlín. Berger se encargaba de los asuntos menores.

Pavel aceleró, tensó su cuerpo, se giró hacia un lado y saltó. Sus manos golpearon la hierba. Sus pies volaron por el aire. Se puso de pie, pero no pudo estabilizarse, así que rodó, como había aprendido en judo, y aterrizó sobre su hombro, mirando hacia la carretera. Allí, un Volkswagen Passat salía de la carretera y se dirigía a un prado.

Probablemente un turista tomándose un descanso. La pradera no había sido segada. Si el granjero notara las huellas del coche, se enfadaría. ¡Y con razón! Los granjeros necesitaban la hierba que crecía ahora para alimentar a sus animales en invierno. Pavel cogió a Heino, volvió a subirse y se dirigió en bicicleta a la siguiente rampa, que se alejaba del dique.



El auto tenía una matrícula de Wittmund. Los turistas solían tener HH, HB o incluso LER. Pavel estaba a punto de dar la vuelta y continuar por la carretera rural cuando vio una señal de médico detrás del parabrisas. El conductor se había bajado y se había

adentrado aún más en la pradera, donde estaba agachado sobre algo.

Pavel dejó caer a Heino en la hierba alta y corrió hacia el hombre.

«¿Qué está haciendo?» preguntó.

El hombre se dio la vuelta como si Pavel lo hubiera pillado cometiendo un crimen. Luego metió la mano en su bolsillo, pero Pavel fue más rápido y sacó su arma.

«¡Despacio!» gritó. «¡No haga nada estúpido!»

«No tengo nada que pueda llevarse», dijo el hombre. «A menos que quiera las llaves del auto. Están en mi bolsillo».

«Solo quiero saber qué está haciendo aquí. Inspector jefe Pavel Neuhof».

El hombre se relajó visiblemente, aunque lógicamente no tenía motivos para hacerlo, ya que Pavel no le había mostrado su carné de identidad y seguía apuntándole con su arma. Evidentemente, no esperaba ninguna amenaza por parte de un policía, lo que significaba que se trataba de un civil inofensivo y no de un delincuente. A menos que lo fuera, y estuviera haciendo una actuación.

«Entonces, ¿quién es usted?»

«Soy el doctor Sörensen. ¿No vio el letrero de médico en mi auto?»

Pavel sacudió la cabeza. Cualquiera puede comprar un letrero médico. Pero el nombre me sonaba familiar. ¿De dónde?

«¿Qué hace aquí, Dr. Sörensen?»

«Me llamaron para ver a un paciente, por así decirlo».

De repente, lo recordó. Sörensen había sido el médico que confirmó la muerte del viejo granjero Dietrichsen. Dietrichsen, que padecía una demencia avanzada, se había suicidado en el ático de su casa unos meses antes.

«Usted investigó la muerte del granjero Diepoldsen, ¿verdad?»

«Dietrichsen. Debe referirse a Dietrichsen. De hecho, ahora estoy aquí para ver a Dietrichsen».

Había sido una prueba. Sörensen había pasado.

«Pero está muerto», dijo Pavel.

«Hablo de su hija, Viola Dietrichsen, por supuesto».

«No parece que esté ahí tirada frente a ti». Pavel se acercó y estiró el cuello, pero la hierba era muy alta, y Sörensen y su gran bolsa médica le impidían ver.

«No es mi paciente, gracias a Dios». El doctor Sörensen se hizo a un lado. Pavel vio una bola de lana gris, parcialmente teñida de rojo. Solo cuando las gruesas manchas desaparecieron de su mente se dio cuenta de que era una oveja.

«¿Qué pasa con el animal?» preguntó. «Eso es sangre, ¿no?»

«Parece que sí. No es una vista bonita».

«¿Accidente de caza?»

A veces, los cazadores confundían perros u ovejas con jabalíes o ciervos al anochecer. Pavel no podía imaginarse cómo podían cometer un error así, pero lo cierto es que pasaba de vez en cuando.

«Acérquese. ¿O ya ha desayunado?»

Pavel sacudió la cabeza. Rara vez comía por la mañana. Un café fuerte y negro era suficiente para él. Dio dos pasos hacia adelante mientras el Dr. Sörensen se agachaba, agarraba la cabeza de la oveja y la volteaba. Tenía una herida profunda en la garganta. Volvió a colocar la cabeza en su posición natural y se puso de pie.

Pavel tuvo que tragar. No había sido un accidente de caza. Un corte así requeriría un arma afilada y mucha fuerza. Si hubiera sido el asesinato de un ser humano, Pavel habría supuesto que se trataba de una ira considerable. Pero, ¿quién sentiría tanta ira contra un animal inofensivo? La crueldad hacia los animales rara vez implicaba emociones. Era una cuestión de planificación cuidadosa y de la necesidad de ver sufrir a un ser vivo.

«Esta no es la única lesión», dijo el Dr. Sörensen.

«Empezaron en otro lugar, ¿no?»

«¿Cómo sabe que no es la primera?»

Pavel no quiso decir eso. Supuso que el asesino había ensayado el corte en otra parte del cuerpo.

«¿Hizo una prueba de corte?» Preguntó Pavel.

«¿Una? Cuatro». Sörensen señaló las extremidades del animal. «¿Quieres que te enseñe?»

«No, gracias, nuestros especialistas lo revisarán. Tendré que pedirle que deje sus huellas digitales en nuestra oficina».

«Ya lo hice, después de la muerte de Dietrichsen».

«Las eliminamos hace mucho tiempo. Es usted un ciudadano de buena reputación, por lo que no se nos permite mantener sus datos personales en un archivo. Entonces, ¿de qué se trata el otro caso y quién le envió aquí?»

«Hace dos semanas, Viola me reportó una oveja herida».

«¿A usted? Es un médico humano, ¿verdad?»

«Así es. Pero nos conocemos bien y, además, acabo de estar con ella. Pasamos la noche juntos, si entiende lo que quiero decir».

Pavel lo entendió. Viola Dietrichsen estaba divorciada, y Sörensen probablemente también lo estaba. Eso no era ilegal. Pero nadie le había hablado de la relación durante la investigación sobre el suicidio del viejo granjero. Al parecer, su amante había emitido el certificado de defunción que permitía a la hija reclamar la herencia.

Pero eso no importa, diría Enna ahora. No encontramos ninguna prueba de juego sucio en el caso de Dietrichsen, y Viola habría heredado la granja de todos modos. Ya le faltaba la voz de la razón y ni siquiera sabía si tenían un caso nuevo.

«¿Cuándo murió?» Preguntó Pavel.

«A juzgar por el estado de los charcos de sangre, en algún momento entre la medianoche y la madrugada. Sienta el vellón: está mojado por el rocío. Pero no soy patólogo forense».

«Fue una muerte dolorosa, ¿verdad?»

«Supongo que sí. Por la cantidad de sangre derramada, la agonía fue bastante prolongada».

«Gracias». Entonces sí tenían un caso. La crueldad hacia los animales era un delito según la sección diecisiete de la Ley de Bienestar Animal. «Pero, ¿por qué no denunció las lesiones a las otras ovejas? Puede que ya hubiéramos atrapado al culpable».

«Viola no quería hacerlo. Dice que el animal está bien ahora. Además, yo tenía la...» Sörensen se interrumpió a mitad de la frase como si hubiera dicho demasiado.

«¿Qué impresión tuvo?»

«Ninguna en absoluto».

«¿Sabía la Sra. Dietrichsen quién era el abusador de animales y quería protegerlo?»

Sörensen sacudió la cabeza. «Pregúntale a ella. Soy internista. Nada de esto es asunto mío».

«Lo que diga. Pero debe saber que una proporción significativa de personas que abusan de animales eventualmente cambian de víctima».

«Quieres decir...»

«Sí, eso es lo que quiero decir».

Sörensen lo miró con tristeza, pero no dijo nada más.

«Puede irse. Espere un minuto. ¿Viola le pidió que viniera aquí? ¿Cómo supiste que la víctima estaría aquí?» Pavel señaló la pradera. No era un pasto de ovejas. O el animal había escapado, o su asesino lo había traído aquí. Pero, ¿por qué este lugar en particular, visible desde la carretera?

«Viola describió esta pradera, entre el dique y el pequeño bosque al fondo, bordeada por dos zanjas de drenaje. Pero no me dijo quién le había hablado de este lugar. Para ser honesto, pensé que me encontraría con ella aquí. Parecía bastante molesta por teléfono. Pero ahora sí que me tengo que ir. Mis pacientes están esperando».

«¿Habría llamado a la policía esta vez?»

«Sí, aquí, ¿lo ve?» Sörensen le mostró su teléfono móvil. El número de la comisaría de policía de Fleetstedt aparecía en la pantalla. Sörensen simplemente había escrito «Enna». La foto de perfil mostraba a su colega con un traje de neopreno de piernas cortas.

«No marcó», dijo Pavel.

«Estaba a punto de hacerlo».

«¿Qué tipo de foto es esa?»

«No significa nada. Brindo apoyo médico al grupo local de la Asociación Alemana de Salvamento. Así es como conozco a su colega».

Pavel asintió. Haría que examinaran minuciosamente a Sörensen. Pero por ahora, tenía que asegurarse de que alguien descubriera todos los secretos de la muerte de la pobre oveja.



«Tengo que preguntarle algo, señor Kettler».

Pavel había pensado mucho en cómo acercarse al patólogo forense. Parecía ser una persona difícil, aunque Enna pensara lo contrario. En cualquier caso, no le había gustado que Pavel añadiera sus propias ideas a lo que habían dicho durante su última reunión.

«Hoy es viernes. No hay manera de que termine para mañana», respondió Kessler con una declaración en la que se refería muy vagamente a la frase inicial de Pavel.

«No, estaría bien si pudiera tener los resultados para el lunes».

«Oh, ¿estaría bien? Me alegra oír eso».

El acuerdo de Kettler lo satisfizo, aunque su respuesta fuera más bien de cortesía. En algún momento, tendría que decirle al hombre que no necesitaba tales formalidades.

«Sí, lo estaría. Le enviaré las coordenadas. Cuando llegue aquí, la policía científica ya debería estar trabajando».

«¿Está diciendo que soy demasiado lento?»

«No, solo significa que la policía científica probablemente llegará antes que usted. Notifiqué a la Sra. Doldinger antes de llamarle».

¿Tendría que enseñarle a Kettler los conceptos básicos de la lógica proposicional? Pavel se alegró de ser al menos competente en su profesión. No solo Enna, sino también su cooperación anterior lo habían convencido de ello.

«¿Puede decirme algo sobre la víctima?» preguntó Kettler.

Temía esta pregunta. Pero había preparado una respuesta. «Preferiría que pudiera comprobarlo por usted mismo».

«Caray, Neuhof, ¿tiene que hacer eso? ¿Cómo espera que vaya preparado?»

«Lo siento, estimado colega, pero esto forma parte de mi estrategia de investigación».

Pavel terminó la llamada. Apostaba a que la curiosidad de Kettler superaría su enfado con el estúpido Neuhof.



Cuando llegó la policía científica, tuvo una primera prueba de la posible reacción de Kettler. Maria Doldinger se rió brevemente al ver al animal muerto.

Pero inmediatamente se disculpó. «Espero que atrape al cerdo. Simplemente... me alivia no tener que examinar restos humanos».

«Espero que siga así», dijo Pavel. «Algunos abusadores de animales nunca se cansan de este tipo de comportamiento».

«Lo sé», dijo Doldinger. «Puedo decirle ahora mismo que esta no es la escena del crimen».

«¿A pesar de toda la sangre?»

Doldinger asintió con la cabeza. «Eso es del degollado. Las heridas en sus patas las infligió antes».

Así que el asesino interrumpió su... trabajo. O lo habían interrumpido en otro lugar, o había querido prolongar su placer. Esta última era la opción menos favorable. Pavel se puso de pie y miró a su alrededor. La hierba estaba pisoteada en varios lugares. El coche de la policía científica estaba estacionado a un lado de la carretera. Desde allí, varios senderos conducían al sitio. Otro conducía al lugar donde Sörensen había estacionado su Passat. Y luego había un sendero visible entre la zona donde se encontró el cuerpo y el pequeño bosque al otro lado de la pradera.

Para no estropear ninguna pista, Pavel siguió el sendero por una ruta paralela a unos metros de distancia. La arboleda estaba formada principalmente por árboles caducifolios y densos arbustos. Era una colorida mezcla de avellanos, matorrales y muchos otros arbustos que no reconocía. Tuvo que abrirse paso entre la maleza, pero al final llegó a un espacio abierto por el que salía un sendero. Olía agradablemente a musgo. Los pastos que brotaban en el claro estaban aplastados. Un coche debe haber pasado por aquí recientemente. Pavel encontró una huella de neumático que mostraba la pronunciada banda de rodadura típica de los neumáticos de invierno, algo inusual para fines del verano. Todavía estaba húmedo. Quizá el propietario del coche los había estado vigilando desde detrás de los árboles y acababa de marcharse.

Pavel regresó corriendo al lugar donde se encontró la oveja muerta.

Una vez allí, le preguntó a Doldinger: «¿Hay algo más que puedas decirme?»

Sacudió la cabeza. «Tengo que juntarlo todo en mi cabeza, lo siento. No encontramos el arma asesina. ¿Qué vamos a hacer con el animal?»

«Kettler llegará en cualquier momento. Lo recogerá. ¿Puedes vigilarlo hasta entonces? Voy a seguir algunas huellas de coches que encontré en el bosque. Quizá quieras enviar a un par de chicos más».

«Lo haré».

«Gracias, Sra. Doldinger».

«De nada. Y salude a Enna de mi parte, por favor. Pensé que la vería aquí».



Después de unos quinientos metros, el camino arenoso dio paso a un camino de grava y luego a un camino lateral de asfalto que pasaba por dos granjas. Pavel se detuvo en un edificio de ladrillo de un solo piso y dos alas. Sobre la entrada había un letrero que decía: «Apartamento vacacional disponible». Tocó el timbre, pero nadie respondió. Como la mitad del sótano se veía por encima de los cimientos, las ventanas del segundo piso eran demasiado altas para que Pavel pudiera ver el interior.

Apoyó a Heino contra la pared y se subió al travesaño. Finalmente, llegó al alféizar de la ventana y se levantó. La bicicleta se cayó, pero al menos pudo echar un vistazo rápido al interior, donde había sábanas marrones esparcidas sobre los muebles. La casa no parecía alquilarse bien.

Al caer y golpear el suelo, su pie izquierdo se dobló. Un dolor agudo le atravesó el tobillo. ¡Maldita sea! Esa articulación le había causado problemas durante años. Pavel se obligó a no cojear al cruzar la calle. Mientras tanto, se había abierto una ventana y una anciana con un delantal azul miraba hacia afuera.

«¿Qué hace ahí?» Se puso las gafas hasta la punta de su nariz aguileña.

«Me preguntaba si la casa de allí estaba a la venta», dijo.

«¿Por qué?»

«Represento a algunos inversores».

La anciana se rió a carcajadas. «Inversores, ja, ja. ¿Y va en bicicleta?»

Señaló a Heino. Pavel sintió que tenía que defender la bicicleta de la oficina. Después de todo, estaba haciendo un buen trabajo. Pero la mujer tenía razón, por supuesto: debería haber inventado una historia de portada más plausible.

«Soy de la policía», dijo mientras sostenía su placa.

La anciana lo tomó y examinó el documento, mirándolo desde diferentes ángulos. Luego lo devolvió. «Así que usted es el nuevo», dijo la mujer.

«¿Y usted?»

«Dios sabe que no soy nueva».

«Quiero decir, ¿cómo se llama?»

«Anna Winkelmann. Como dice en el timbre».

La mujer pensó que era un poco estúpido, pero no era un problema. A Pavel le gustaba que lo subestimaran. Probablemente se debía a que su rostro no daba señales de comprensión cuando alguien le explicaba algo, aunque lo entendiera antes que la persona que intentaba explicárselo.

«¿Vio un vehículo entrar al bosque esta mañana? ¿En algún momento entre la medianoche y justo después del amanecer?

«Sí. Alrededor de las tres en punto».

«¿Qué tipo de vehículo?»

«No era un tractor. Aparte de eso, solo vi las luces brillando por las rendijas de mi persiana».

«¿Está segura de la hora?»

«Sí. Me preguntaba quién conduciría en esta dirección a esa hora de la noche. La carretera no lleva a ninguna parte».

«¿Regresó el auto?»

«No me acuerdo de eso. Me volví a dormir. Pero si ya no está en el claro, debe haber regresado».

Qué sorpresa.

«¿Por qué está la carretera ahí, de todos modos?» preguntó. «¿Planes para un nuevo desarrollo?»

«Ja, ja, ¡debe haber tomado un poco de humor en el desayuno esta mañana! Solía haber una cabaña de guardabosques en el claro. Se quemó dos años antes de que terminara la guerra».

«¿1943?»

«Incluso puede hacer matemáticas, inspector». La anciana sonrió. Parecía estar disfrutando de la conversación, así que no podía enfadarse con ella.

«Esa casa de ahí, ¿está en alquiler ahora?»

Incluso si el acuerdo con su casera, que lavaba y cocinaba para él, funcionaba bien, algún día necesitaría un lugar propio. Aquí estaría lo suficientemente lejos de otras personas como para poder relajarse después de estar rodeado de ellas. Podría ser una opción para él.

«Es una granja entera», dijo la anciana. «Pero ha estado vacía durante años».

«¿Por qué? No estamos a más de cinco kilómetros del dique. Sería perfecto para unas vacaciones en una granja».

«Todo el lugar está embrujado», explicó la mujer, bajando la voz como si estuviera contando una historia de fantasmas.

«¿Qué pasó?»

«Se dice que el viejo Schepker vendió su alma al diablo durante una marejada ciclónica para salvar a su familia del agua. No pidió ser salvado él mismo, y cuando el diablo vino a buscarlo, se escondió. En represalia, el diablo gradualmente le fue arrebatando a su familia. Primero a sus hijas, luego a su madre y, por último, a su esposa».

«¿Cuándo fue eso? ¿En la Edad Media?»

La anciana frunció el ceño y se persignó. «No debería hacer bromas como esas. No sobre él». Volvió a cruzarse de brazos. «Las muertes múltiples comenzaron hace más de veinte años. Solo quedaba Schepker. Hace dos años desapareció repentinamente».

«¿Se fue?»

«Se fue».

«¿Y no lo buscaron?»

«Bueno, estaba solo y era viejo. Nadie lo echó de menos».

Pavel pensó en el letrero que había sobre la puerta. «¿Quién puso el letrero del apartamento vacacional?»

«Un agente inmobiliario de Fleetstedt». La anciana se rascó la cabeza. «Oh, su nombre es Meier. Jette».

¿Por qué no se sorprendió? Henriette Meier era el perejil de todas las salsas, incluso después de haber renunciado a la presidencia de la asociación empresarial.

Su teléfono móvil vibró en su bolsillo. Era Nils Kettler, el patólogo forense.

«Aquí Neuhof. ¿Tiene algo para mí?»

«Señor Neuhof, ¿está loco? Estoy aquí en un campo y ¿qué me muestra la policía científica? ¡Una maldita oveja!»

«Pensé que...»

«¡Maldita sea, Neuhof! ¡No soy responsable de los daños a la propiedad! ¿Qué le dije sobre mi presupuesto?»

«Ley de bienestar animal, este es un delito punible...»

«¡No soy un maldito veterinario, tío!»

Kettler no dejó que dijera nada. Pavel arqueó las cejas. La Sra. Winkelmann lo miró con preocupación. Salió de su sala de estar. Había un ligero olor a moho en el pasillo. El papel pintado floral del techo se estaba pelando.

«Necesito saber cómo...», volvió a intentarlo.

«No creo que me entienda. ¡Encuentre a alguien más!» Su socio colgó.

Pavel no podía creerlo. Miró su teléfono móvil durante un momento y luego regresó a la sala de estar.

«¿Qué tal un Jägermeister?» Preguntó la Sra. Winkelmann.

«No, gracias, estoy de servicio».

«Déjela. Eso sonó muuuy cruel. Se merece algo mejor».

La anciana parecía haber entendido mal. Pero Pavel estaba demasiado ocupado pensando en corregir el error. Había un hombre suelto en su vecindario que había logrado torturar y luego matar a un ser vivo en varios pasos deliberados. Su único testigo era una

oveja muerta. Tenía que interrogarla, pero no le daría ninguna respuesta sin un especialista.

Pavel se inclinó. «Gracias, señora Winkelmann, por la historia y el consejo. Tengo que ir a la oficina ahora».

La anciana sonrió. «Pásate de nuevo si quieres saber más sobre la historia de Fleetstedt y sus alrededores. Conozco a todas las familias de aquí».

Era bueno saberlo. Como recién llegado, todavía no conocía la historia local. ¿Qué papel desempeñaron los Dietrichsen, los dueños de las ovejas muertas? ¿Se habían convertido en víctimas por casualidad? Pavel tenía la sensación de que había una conexión. No estaba seguro de si estaba contento con eso, ya que podría llevarlo a encontrar al culpable, o si se trataba de un mensaje siniestro que añadía una dimensión al crimen y le hacía temer lo peor.



Llegó a la oficina poco después de las once y se alegró de poder quitarse la chaqueta. El sol aún brillaba bastante para ser un día de finales de verano en el Mar del Norte. Enna no estaba en su escritorio. Se le había concedido permiso oficial para participar en un concurso de la Asociación Alemana de Salvamento.

Los últimos días habían sido tranquilos. Un candado de bicicleta roto por aquí, unos cuantos adolescentes alborotados por allá. Nada parecido llegó a su escritorio. Si hubiera sabido que un maltratador de animales atacaría hoy más que nunca... No, aun así habría aprobado la licencia de Enna.

Pero ahora la necesitaba. La necesitaba de verdad. Por desgracia, le había prometido que no la molestaría.

Bueno, no estaría de más informarle al menos sobre el nuevo caso. Lo que hiciera con él dependía de ella. Pavel marcó su número, pero no respondió. Le pidió que le devolviera la llamada, pero cuando colgó, estaba molesto consigo mismo. ¿Seguro que al menos debería darle alguna información? La víctima y la negativa de Kettler

eran probablemente los puntos más importantes, así que dejó un segundo mensaje.

Luego se sentó en su escritorio. Pavel estaba nervioso. Odiaba no ver un camino claro que lo acercara a resolver su problema. ¿Y por qué era eso? Porque dependía de otras personas. Kettler, los forenses, Enna... Espera un minuto. No estaba solo.



«¿Sr. Berger? ¿Puedo preguntarle algo?»

El sargento Berger estaba sentado detrás del mostrador a la entrada de la oficina, como de costumbre. Enderezó la espalda y miró a Pavel con una expresión abierta. Berger tenía un buen conocimiento de las cosas y estaba dispuesto a pensar de forma innovadora si se le daba un poco de ánimo.

«Por supuesto, señor Neuhof». ¿Cuántos años tenía Berger? Tenía la cara redonda y el pelo corto, lo que lo hacía parecer un niño grande. Pero Pavel se lo había encontrado recientemente en el mercado con sus dos hijos, uno de los cuales era un adolescente, así que debía de tener al menos treinta y tantos, cuarenta y tantos como mucho.

«Supongamos que quisiera saber exactamente qué hizo un delincuente violento, pero el patólogo forense se negó a ayudar. ¿Cómo procedería?»

Berger se rascó la sien. «Quiere algo... poco convencional, ¿verdad?»

«Bueno, los medios habituales están cerrados».

Berger asintió pensativo. «Debería haber dejado que Enna hablara con Kettler».

Pavel hizo una mueca. Se había dado cuenta de eso hacía mucho tiempo. Enna tenía al patólogo forense en la palma de la mano. Pero esa no había sido una opción.

«¿Dónde está la oveja ahora mismo?» Preguntó Berger.

«En el laboratorio criminalístico de Leer, pero tampoco pueden ayudarme. Es muy amable de su parte que nos la guarden».

«Ayudaría si pudiéramos echar un vistazo al interior del cuerpo».

«Sí, Berger. ¿Tiene los requisitos para hacer una autopsia?»

Berger levantó las manos a la defensiva. «¿Yo? Ja, ja, ni siquiera puedo desespinar un pescado».

«Pero tiene una idea». Se habían formado pequeñas arrugas alrededor de los ojos de Berger y se estaba golpeando el pie. Tenía curiosidad por ver cómo reaccionaría Pavel ante su idea. Pavel decidió darle la bienvenida, por ilógico que le pareciera. Esperemos que su rostro no vuelva a traicionarlo.

«Está bien», comenzó Berger, inclinándose y abriendo el cajón de un pequeño armario. Buscó a tientas durante un momento, luego sacó un sobre y sacó una radiografía. «Mire, esta es mi cadera derecha. Solo tengo treinta y ocho años, pero el ortopedista cree que es la cadera de una persona de sesenta años y necesito estar preparado para la cirugía».

Pavel golpeó el mostrador desde abajo. Aquello era mala suerte para Berger, pero el hombre era funcionario y, por tanto, tenía seguro médico privado. Sin duda recibiría la mejor atención posible.

«Lo que quiero decir es: mire la imagen. ¡Tan detallada!»

Berger tenía razón. La imagen distinguía claramente entre huesos y tejidos blandos, y Pavel pudo ver dónde parecía estar desgastada la articulación de la cadera, a pesar de ser un profano.

«Sí, la técnica es fascinante», dijo. Pero, ¿qué tenía que ver con la oveja?

Luego lo entendió de golpe. ¡Por supuesto! Las heridas en sus patas... Si pudieran hacer una radiografía o, mejor aún, una tomografía computarizada de la oveja, no necesitarían abrirla.

«Berger, ¡es una gran idea!» exclamó Pavel. «¿Sería tan amable de llamar al departamento de radiología del hospital? Me prepararé para el...» Espera un minuto. Enna no estaba aquí. Tendría que conducir solo. Pavel se estremeció al pensarlo. Prefiere andar en bicicleta, aunque le lleve una hora y media. Pero, ¿qué pasa con Berger?

«Puede decirme, Ber...», empezó, solo para darse cuenta de que Berger ya estaba hablando por teléfono. Pavel corrió a su oficina para buscar su chaqueta y dejar un mensaje claro para Enna en el

contestador automático. «... He encontrado la manera de arreglármelas sin su ayuda...» Le deseó un buen resultado en la competición y colgó el teléfono.



«Me temo que no puedo comunicarme con nadie en radiología», dijo Berger cuando Pavel regresó al mostrador.

«Vamos para allá. Tal vez todavía podamos obtener resultados hoy».

Berger miró su reloj y suspiró. «Tenía muchas ganas de terminar el trabajo a tiempo hoy».

«Lo siento mucho, Berger, pero lo necesito. Y si nos vamos ahora mismo, estará en casa con su familia a las dos en punto».

«No sé, tuve que esperar dos horas para hacerme la radiografía».

Pavel sacudió la cabeza. «Los haré sudar tinta. ¿No es ese el refrán? Confíe en mí».

Berger cogió su teléfono móvil y escribió algo. Luego cogió la gorra de su uniforme, volteó el mostrador y se acercó a Pavel.

«Entonces, vamos a Leer».



Berger mantuvo la sirena encendida todo el tiempo. Era un sonido molesto. Pavel no entendía lo que otras personas veían en él. Pero al menos lo distrajo de la conducción de Berger. El hombre debe sentirse protegido mágicamente por el sonido, porque no dejaba de realizar atrevidas maniobras de adelantamiento en la carretera. El BMW pintado con colores policiales parecía mucho más ágil que el Polo rojo de Enna.

«Quizá primero deberíamos recoger la oveja del laboratorio criminalístico», sugirió Pavel al pasar junto al letrero de Leer City.

«¿Será? ¿Qué pasa si no conseguimos una cita?»

«Esa no es una opción, Berger».

«De acuerdo. De hecho, podría ahorrarnos unos minutos».



El animal estaba tieso y frío. Berger forró el baúl con papel de aluminio para que no dejaran manchas. La oveja descansaba en el borde del maletero, con Pavel sujetándolo con firmeza. Doldinger, el jefe del laboratorio criminalístico, no estaba de servicio cuando llegaron. Eso probablemente les había ahorrado una larga discusión. Uno de los trabajadores simplemente les había entregado el animal. La oveja era sorprendentemente pesada. Pavel calculó que pesaba alrededor de noventa kilogramos.

«Lentamente», dijo Berger.

Pavel empujó a la oveja hacia adelante. Se inclinaba sobre el borde del maletero con las patas levantadas. No podrían cerrar la tapa del maletero. Pavel presionó las patas, pero las articulaciones estaban rígidas y no se movían. Rigor mortis y refrigeración.

«Tenemos que inclinarla de lado», dijo. Berger se puso a su lado. «A la de tres. Uno, dos, tres». Empujaron al tiempo y la oveja, obedientemente, se puso de costado. Podría haberse confundido con una dormida si sus patas no estuvieran paralelas al suelo. Pavel se enderezó. Berger cerró la tapa del maletero.

«Vale, vayamos al hospital», dijo Pavel.



El departamento de radiología consistía en un pasillo con pacientes esperando en sillas y puertas incómodas que se abrían y cerraban de forma irregular.

«Espere un momento, jefe. Comprobaré las cosas».

Berger caminó a propósito hasta una puerta que tenía una ventana, aunque cerrada, y llamó a la puerta. Para sorpresa de Pavel, se abrió y una mujer vestida de blanco se asomó.

«Hola», dijo, «¿qué pasa?»

«Hola. Él». Berger señaló a Pavel.

«¿Ha venido de la cárcel?» preguntó la enfermera.

Berger llevaba uniforme, por lo que la suposición era plausible. Pavel se alisó la chaqueta para causar una buena impresión.

«Un delincuente sexual», bromeó Berger. «Así que sería bueno si pudiéramos... ya usted me entiende».

«Está bromeando, ¿verdad? El hombre ni siquiera tiene puestas las esposas. ¿En serio? Por favor dígame que está bromeando».

Berger iba por buen camino. Pavel asintió con la cabeza. Estaba encantado de interpretar al agresor sexual si eso significaba que podían obtener la radiografía más rápido. Sonrió de acuerdo y se lamió los labios.

«Este... bueno, este es mi jefe. Necesitamos una radiografía. Sería genial si fuera...»

«¿Algo agudo?» preguntó la enfermera, que no parecía relajarse, sino que parecía molesta.

«¿Agudo?»

«¿Morirá si no lo tratamos de inmediato?»

Pavel asintió.

«No», dijo Berger.

Los ojos de la enfermera se interpusieron entre ellos y sacudió la cabeza. «Entonces siéntese y espere. ¿Cuál es el nombre?»

«Neuhof».

«Bien, le llamaré».

«¿Cuánto tiempo cree que...» Berger se puso en marcha, pero la puerta ya estaba cerrada.



«Pero ahora usted mismo va...» Empezó Pavel.

«Lo sé», dijo Berger. «Pero no podía mentirle a la enfermera solo para que nos tocara antes nuestro turno. Servimos al estado. Tenemos que ser honestos, ¿no?»

«O no», dijo Pavel. La gente que esperaba tampoco parecía que cada minuto contara para ellos. Pero está bien. Cogió su teléfono

móvil y empezó a estudiar la anatomía de las ovejas.



Después de una hora, Berger obviamente estaba inquieto, porque empezó a caminar de un lado a otro por el pasillo del hospital. Si al menos hubiera mantenido un ritmo constante, a Pavel no le habría importado, pero Berger seguía deteniéndose. A veces miraba por la ventana delantera, que daba a un patio amurallado, a veces hablaba con un paciente y, a veces, se quedaba ahí parado. Esto hacía que a Pavel le resultara imposible quitarse el ritmo de la cabeza. Berger actuaba como un grifo que goteaba al azar, lo que era una auténtica tortura para Pavel.

«¿Está estresado por su esposa?» preguntó cuándo Berger se puso a su lado.

«La verdad es que no».

«¿La familia?»

«La oveja».

«¿Está preocupado por la oveja? No hay necesidad. Ya ni siquiera está viva».

«¿Ha mirado por la ventana?» Berger señaló la estrecha abertura por la que brillaba el sol.

Pavel sacudió la cabeza. ¿El animal salió del maletero y empezó a insultar a los transeúntes? El rostro de Berger tenía el mismo aspecto que el suyo. Se levantó y se dirigió a la ventana. El coche de la policía estaba tres pisos más abajo. Al principio, Pavel no vio nada por lo que preocuparse.

«Las puertas están cerradas», dijo.

Berger se paró a su lado y golpeó la ventana con el dedo índice, dejando una fina mancha de grasa. «El sol ha estado brillando sobre ella todo el tiempo».

El sol. Pavel tardó unos segundos en entender lo que Berger quería decir. Por supuesto. No se puede mantener a personas o animales en un automóvil con este calor. Él mismo llamó a la perrera cuando vio a un perro encerrado en un automóvil en el

estacionamiento de un supermercado. Aunque la oveja no corría peligro de muerte en su estado actual, el calor podía hacer que su estado tomara un giro desagradable.

«Caray, Berger, deberíamos haberlo pensado antes». No se excluyó a sí mismo. ¿Por qué no insistió en ir al garaje subterráneo? Porque habían aparcado más cerca de la entrada para no tener que llevar al animal tan lejos. Había pensado en una cosa, pero no en la correcta.

«Lo siento», dijo Berger.

«Yo también». Pavel se apartó de la ventana. Si estaba contando correctamente, aún quedaban cuatro pacientes por delante. Aproximadamente una hora de espera. Los cuatro parecían aburridos pero muy vivos.

Se acercó a la ventana que Berger había usado y golpeó con fuerza. La misma enfermera la abrió y saltó hacia atrás con un chillido. Pavel había colocado su placa en el estrecho marco de la ventana. La mujer se tapó la boca.

«Disculpe. Ese policía de allí», señaló a Berger, «le presentó como delincuente sexual».

«Lo he oído. Sí, es más probable recordar algo así que simplemente 'jefe'. Lo comprendo perfectamente».

«Gracias, Sr. Inspector Jefe». Estudió su placa.

«Lo siento, pero tengo que pedir un diagnóstico inmediato. Necesitamos una tomografía computarizada de todas las extremidades».

La enfermera asomó la cabeza por la ventana y lo examinó como un caballo de pura sangre. «Se ve sano, inspector. ¿Es para cuidados preventivos? Tenemos un horario especial para eso. ¿Por qué su colega no dijo nada? Entonces no habría tenido que esperar».

«No es para mí».

«¿Es para su colega?»

Pavel no revelaría la identidad del paciente hasta que tuviera el consentimiento de la mujer. Muy pocas personas podrían retractarse de su palabra una vez dada.

«No, víctima de un crimen violento», respondió evasivamente. «¿Es suficiente esa justificación?»

«¿Por qué no fue a la sala de emergencias? ¡La persona ya habría recibido tratamiento!»

«Porque la víctima ya está muerta».

«¿Disculpe? ¿Quiere que examinemos un cadáver? No creo que se nos permita hacer eso. Tendría que hablar con el departamento de patología».

«No necesito un examen. Solo las fotos. Entra a la máquina, sale de la máquina. No puede ser tan difícil, ¿verdad?»

La enfermera suspiró. «No creerá lo complicado que es. La máquina es cara. ¿Quién va a pagarla? Una vez que una persona fallece, el seguro médico ya no es aplicable. Primero tendré que recibir una carta en la que se garantice el pago».

La burocracia había vuelto a atacar. Debería añadirla a la lista de sospechosos, ya que obviamente quería retrasar su investigación. Pero él no lo permitiría.

«Pagaré las costas», dijo.

«¿Como paciente privado? Debo recordarle nuevamente que su seguro médico no cubrirá este servicio».

«Sí, como paciente privado». Si fuera necesario, pagaría la cuenta él mismo. Tenía un salario decente y apenas tenía gastos de manutención.

La enfermera suspiró. «Está bien, hablaré con el médico principal. ¿Hay algo más que deba saber?»

«¿Qué quiere decir?»

«¿El fallecido padecía alguna enfermedad infecciosa? ¿Su cuerpo necesita algún tratamiento especial? ¿Qué pasa con el peso y la altura?»

Pavel se acarició la barbilla. Hoy no se había afeitado. Probablemente este era el momento de confesar.

«¿Pero está dispuesta a hacer las radiografías?»

«Sí, por supuesto, pero no tomo la decisión final. Esa es la responsabilidad del médico principal. ¿Qué es? ¿Hay algo más?»

Ahí estaba, el si. Solo un si condicional, porque había que revisarlo, pero era lo mejor que podía conseguir.

«La persona de la que estamos hablando no es una persona».

«¿Disculpe? ¿Es un niño o qué intenta decir?»

Sospechaba que podría causar algunos problemas si decía la verdad. Así eran, los humanos. Se suponía que amaban a los animales, pero luego se consideraban mejores que ellos. «Es una oveja. Pero no cualquier oveja. La mataron cruelmente, y debo encontrar a su asesino antes de que vuelva a atacar».

Berger puso una mano sobre su hombro. Era una reacción típica cuando alguien quería tranquilizarte. Pavel agradeció el gesto, aunque no había motivo para ello. Después de todo, sus argumentos eran válidos.

Pero no a la enfermera. «¡Inspector, lo siento, pero no somos veterinarios! ¡Lo siguiente que sabrá es que los dueños de perros y gatos vendrán a vernos! Solo por motivos de higiene, no podemos ayudarlo».

Pavel perdió la voz y, por un momento, el aliento. De repente, la burocracia tenía el rostro de una mujer y llevaba una bata blanca. La pondría tras las rejas. Como mínimo.

«Gracias de todos modos», dijo Berger en su nombre, alejándolo lentamente de la ventana.

«Gracias por su comprensión», dijo la enfermera.

Pavel no lo entendió en absoluto, pero su rostro probablemente no lo mostraba. ¿Era una ventaja o una desventaja? De buena gana dejó que Berger lo llevara hasta el coche como se lleva a un agresor sexual.



Del maletero salía un olor extraño. Las patas de las ovejas ahora estaban dobladas como si se relajaran en el calor.

«Volvamos rápidamente al laboratorio criminalístico», dijo Pavel.

«Sí, probablemente sea lo mejor». Llegaron al instituto poco después de las cuatro de la tarde. Pavel tocó el timbre, pero nadie respondió. ¡Maldita sea! Este día no parecía que fuera a terminar bien. Cuando cruzó el dique en bicicleta esta mañana, todo le parecía idílico. Pero la gente de aquí no era ni mejor ni peor que la

de Schleswig-Holstein o Baviera. Aquí también había asesinos y santos.

«Podríamos poner la oveja en el sótano de la oficina», sugirió Berger.

«Pero tiene calefacción», dijo Pavel. Lo sabía con seguridad; allí había archivos antiguos que había consultado una o dos veces.

«Nuestra nevera es demasiado pequeña», dijo Berger.

«No puede hacerle eso a su esposa, Berger. No quiero ser responsable de su divorcio».

Pero la idea de Berger era, en esencia, buena. Todo lo que tenían que hacer era cerrar la brecha hasta el lunes, cuando alguien del laboratorio criminalístico les abriera las puertas. ¿Quién tenía un congelador lo suficientemente grande como para albergar temporalmente una oveja?

«Un sepulturero», dijo Pavel.

«Así es, un sepulturero debería tener una cámara frigorífica. Lo mismo que un carnicero».

«O un restaurante. Pero no nos dejan entrar por motivos de higiene. Igual que los carniceros».

«Regulaciones alimentarias».

«Así es, Berger. Las empresas que tienen que cumplir con las normas alimentarias no pueden ayudarnos».

Esto también excluía a la cervecería Fleetstedt, que producía una excelente pilsner. Qué mal, le hubiera gustado visitar la bodega de cerveza.

«Así que un sepulturero», dijo Berger. «Tenemos dos».

Pavel ingresó al servicio como palabra clave en su teléfono celular y obtuvo dos contactos. Marcó el primero.

«Lo siento, llama fuera del horario comercial. Por favor...»

Mierda. Marcó el número dos. De nuevo, solo respondió un contestador automático.

«No hay nadie», explicó.

«Hay un número de emergencia en el sitio web en caso de que alguien muera durante el fin de semana», dijo Berger. «¿Debería intentarlo?»

«Hm, no les interesará una oveja muerta». Pero tenía una idea mejor. Había un congelador enorme en la despensa de su casera. La señorita Winters se había jactado una vez de que podía contener a medio ciervo.

«Medio ciervo, que es aproximadamente del mismo tamaño que una oveja, ¿no?» preguntó Pavel.

Por alguna razón, Berger se rió brevemente. «Se podría decir eso. El ciervo es probablemente más largo, la oveja más ancha».

Pavel había visto patos enteros en el cofre, dos de ellos uno al lado del otro. La oveja no era mucho más grande que eso.

«Sé dónde podemos guardarla», dijo.



En el timbre estaba escrito «Leonie Winters». Pavel presionó el botón. Se abrió la ventana al lado de la entrada.

«Oh, es usted, señor Neuhof. ¿Olvidó su llave?»

«No. Necesito hablar con usted un momento, señorita Winters». Su casera tenía más de setenta años e insistía en que la llamaran señorita Winters. Probablemente había sido maestra en la escuela local para niñas cuando aún existía.

«¡Eso me gustaría mucho!» Su casera dejó la ventana. Un momento después, la cerradura sonó y empujó la puerta para abrirla.

«Por favor, espere junto al coche, Berger». Pavel entró. La señorita Winters lo esperaba en la puerta principal. Había dividido la casa en dos plantas. El último piso era suyo.

«¿Qué puedo hacer por usted?» preguntó ella.

«Estoy tras la pista de un crimen terrible». La señorita Winters estaba muy interesada en su trabajo. Pero por lo general no le decía nada, lo que la hacía sentir aún más curiosidad.

«Oh, qué emocionante».

«Se trata de un abusador de animales que mató a una oveja inocente».

La señorita Winters se tapó la boca con la mano. «¡Qué mala persona!»

«Eso es lo que digo. Pero no puede decírselo a nadie, ¿de acuerdo?»

La señorita Winters sacudió la cabeza. Por supuesto que se lo diría a sus amistades, pero las noticias del abusador de animales probablemente ya estaban circulando.

«Bueno, encontraré a la persona. Tengo que hacerlo. Pero necesito su ayuda. ¿Puedo contar con usted?»

«¿Si no es peligroso? Sí, absolutamente».

«Es totalmente inofensivo».

«Entonces me apunto».

Muy bien. El problema estaba casi resuelto. «Bien, la pobre oveja se lo agradecerá. Necesito su congelador».

«¿Mi... congelador?» La señorita Winters palideció.

«Sí. No se preocupe. Cubriré cualquier pérdida. Solo necesitamos hacer un poco de espacio ahí».

Deliberadamente no dijo para qué necesitaban el espacio. La señorita Winters ya lo sabía. Si nadie lo decía, podía imaginarse que era para algo completamente diferente.

«Sí, si tengo que ...»

«Tiene que serlo. Está ayudando a encontrar a una persona cruel antes de que vuelva a atacar».

«Si usted lo dice».

«Me ocuparé de todo, con la ayuda de Berger. Es fantástico que seas tan cooperativa. No sé qué haría sin ti».

Leonie Winters se sonrojó. Pavel sonrió agradecido, se dio la vuelta y salió corriendo hacia Berger.



«¡Y soltamos!»

Pavel dejó que la oveja muerta envuelta en papel de aluminio se le escapara entre las manos.

«Encaja perfectamente», dijo Berger.

Habían puesto la oveja de espaldas. De esa manera, cabría en el hueco en forma de bañera que habían hecho en el congelador. Había que llevar unos cuantos paquetes de verduras congeladas a la nevera de Pavel, y había espacio para unas cuantas comidas congeladas precocidas más en el compartimento del congelador de la nevera de la cocina. Pavel le había dado a Berger un pato entero. Se lo reembolsaría a la señorita Winters.

Pavel cerró el cofre, que estaba en el sótano entre pilas de productos enlatados y botellas de vino.

«Si un asteroide choca contra la Tierra, traeré a toda la familia conmigo para que se quede aquí», dijo Berger.

«O si necesita volver a guardar temporalmente un cadáver», intentó bromear Pavel.

Berger se llevó el dedo índice a la boca. Se oyeron pasos en las escaleras del sótano.

«Estamos a punto de terminar», dijo Pavel.

«¿Puedo ofrecerles una cerveza ahora, señores?»

Pavel miró su reloj. Eran más de las seis y estaba en casa. «Sí, me encantaría una», dijo.

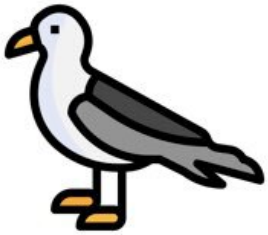
«¿Y a su colega?»

A Berger probablemente lo esperaba su familia. «No, gracias», respondió Pavel por él.

«¡Sí, por favor!» Berger gritó mucho más fuerte. Le dijo a Pavel: «De todos modos voy a llegar tarde a casa. Necesitaré un poco de coraje».

¿Coraje? ¿Qué pasaba? Deberían hablar de ello alguna vez. Para Pavel era importante que sus empleados fueran felices en sus vidas personales, ya que esto podría afectar a su trabajo. Pero por ahora, tenía ganas de tomar una caña con Berger y la señorita Winters.

Capítulo Tres



«La persona con la que intenta contactar no está disponible en este momento».

Enna pulsó el botón rojo. ¿Neuhof estaba enfadado porque ella no le había devuelto la llamada ayer? Pero podría haberle devuelto la llamada. Después de su último mensaje de voz, ella había supuesto que todo iba bien.

Él no se lo merecía, pero lo intentó de todos modos. De lo contrario, no sería capaz de concentrarse en la competición. ¡Habían llegado a la final!

«¿Si?»

¿Era realmente él? La voz de Neuhof sonaba algo ronca.

«Pavel, ¿es usted?»

«Sí. ¿Enna?»

«Es bueno saberlo. ¿Qué le pasa?»

Neuhof parecía haberse quedado dormido. Enna miró el reloj. Eran las nueve y media. Su jefe era madrugador y a veces recorría diez kilómetros en bicicleta antes de ir a trabajar.

«Tuvimos una noche ocupada. Fui al Deichkante con Olaf y Leonie»

«¿Olaf y Leonie?»

«Berger y Winters».

Por supuesto, ella conocía a Olaf Berger. Winters no significaba nada para ella. De repente sintió la imperiosa necesidad de colgar y

dejar que Neuhof fuera Neuhof. De todos modos, no podía hacer otra cosa.

«¿Winters?» preguntó de todos modos. ¿Pero por qué estaba tan enfadada de repente? Enna tenía muy mal sabor de boca. ¿Quizá porque había estado en su bar favorito sin ella, y además con desconocidos? Nunca había visto allí a Berger.

«Mi casera. Leonie. La conoció el otro día».

Ah, ella le había recogido en su apartamento hacía dos o tres semanas, y una mujer a la que él había llamado *Srta. Winters* había llamado después de él. Así que ahora era Leonie. Tal vez fuera eso. Se habían estado llamando por sus nombres de pila desde el primer día de Neuhof en Fleetstedt, pero de repente Berger se había convertido en Olaf y la señorita Winters en Leonie. Se le tensó la boca como si acabara de morder un limón.

«Me llamó ayer. ¿Qué pasó, Neuhof?» Utilizó su apellido a propósito.

«Espere un momento, Enna, por favor, tengo que vestirme rápidamente. La ventana debe haber estado abierta toda la noche».

Algo retumbó, luego Neuhof resopló en la línea.

«Vale, he vuelto».

Por supuesto, él no se había dado cuenta de que ella no le había llamado Pavel. Sabía que era impermeable a las indirectas. Pero tampoco era apropiado ser más explícita en ese momento. Después de todo, ella no tenía nada que reclamarle. Probablemente la señorita Winters, como persona de más edad, había sugerido usar su nombre de pila, y Pavel no podía negarse.

«Gracias por su paciencia. Tengo que hablarle de nuestro nuevo caso».

Enna miró el reloj. Las diez menos diez. Tenía que salir de la tienda en diez minutos.

«Rápido. La final está a punto de empezar».

«Muy bien. Encontramos una oveja muerta cerca de la granja de Dietrichsen». Neuhof informó de lo que había encontrado y de lo que no. Enna se divirtió brevemente cuando confesó que el cadáver había sido metido en el congelador. Por lo demás, le molestó que no

le hubiera preguntado por la competición. Sobre todo teniendo en cuenta que había quedado segunda, por detrás de Harsewinkel.

«Tengo que pedirle algo», Neuhof terminó su explicación a las nueve cincuenta y ocho. Ella ya sabía de qué se trataba. «¿Podría suavizar las cosas con Kettler? Tiene usted un verdadero talento para eso».

Enna exhaló. Se le daba bien. Neuhof trabajaría solo, pero si ofendía a alguien en el proceso, ella se lo arreglaría. No, ella no llamaría a Kettler.

«¿Enna? ¿Está de acuerdo? Por favor».

Ella negó con la cabeza, pero no dijo nada. «Tengo que irme. Hablaremos después de la final de la temporada»". Él tendría que ver cómo se las arreglaba sin ella.



«¿Todo bien, Enna?» Lars frunció las cejas.

«Sí, ¿por qué no iba a estarlo?» ¿Qué le pasaba? ¿Acaso ella tampoco era lo suficientemente buena para él ahora?

«Porque parece que te ha picado un bicho».

Enna negó con la cabeza. «Todo va bien». Sabía exactamente lo que le molestaba, pero la ira sólo lo haría empeorar.

«Todo el equipo se la juega hoy», dijo Lars. «Sería una pena que no estuvieras totalmente concentrada».

«Estoy totalmente concentrada. Estoy bien». Enna tuvo que contenerse para no levantar la voz.

«Vale, vale». Lars levantó las manos. «Lo siento. No quería ofenderte».



Cuando por fin llegó su turno, dos horas más tarde, casi se había olvidado de Neuhof. Annika, que había competido en natación, se había superado a sí misma y había terminado en noveno lugar. Mike,

su velocista, la había aupado al sexto puesto con su cuarto puesto por equipos. Ahora dependía de ella y de Lars, pero ella iba primero.

Enna recogió su tabla y se unió a los demás competidores que estaban alineados a pocos metros del océano.

«¡Eh, buena suerte!», la llamó una joven. Ah, la mujer de Halle, Jeanette. Al parecer, su equipo no había logrado clasificarse entre los dieciséis primeros. Pero la mariquita estaba de vuelta. Probablemente tenía la mejor posición de salida en el extremo izquierdo, donde sólo tenía que enfrentarse a la oponente de su derecha.

«¡Tú puedes!», gritó Lars desde atrás.

Por supuesto que podía hacerlo. Se unió a los demás y, antes de que se diera cuenta, sonó un silbato y todos empezaron a correr.

Maldita sea. Ella ya estaba detrás en los primeros metros. Ese no había sido su plan. Si el equipo iba a tener una oportunidad en el podio, que necesitaba para asegurar una buena posición. Pero había dos ventajas de estar dos pasos por detrás. En primer lugar, podía lanzar su tabla al agua casi sin ser molestada, y en segundo lugar, se beneficiaba de un impulso extra de una ola ondulante para la que las otras quince competidoras eran demasiado rápidas. Veinte metros más mar adentro, ya la había alcanzado.

Pero, ¿por qué todos remaban como locos? Parecía como si el esprint final ya hubiera comenzado. Hoy competía con lo mejor de lo mejor, y para todos no se trataba sólo de la clasificación individual, sino de su equipo. Enna sacó su rabia contra Neuhof, que no parecía tener muy en cuenta el concepto de trabajo en equipo. ¿Podría echárselo en cara? Claro que sí. Era lo suficientemente inteligente como para comprender los motivos de un asesino. Él tenía que ser capaz de ponerse en el lugar de sus colegas por una vez.

Enna apretó los dientes y remó con todas sus fuerzas. Sólo simbólicamente, pero lo sintió real. De repente, sintió un empujón desde la izquierda. El adversario al que intentaba adelantar estaba girando hacia la orilla. ¿Pero qué...? Fue entonces cuando Enna vio la boya. ¡Maldita sea! Había olvidado que el recorrido de relevos era un tercio más corto. Por eso todos se esforzaban tanto. Se imaginó buceando bajo el agua. Un carril, dos, tres, era buena en eso. El

esprint final no era diferente. Las dos o tres veces que pudo recuperar el aliento no hicieron mucha diferencia.

Enna se fundió con su tabla. La tabla no necesitaba respirar, así que ella tampoco. Enna puso las manos sobre la tabla y esta salió disparada por el agua como si ella no estuviera sobre ella. Se adelantó a la mariquita, que jadeaba ruidosamente, probablemente de agotamiento. Un gorro verde y otro verde amarillento a cuadros seguían delante de ella. Llevaban chalecos naranja de señalización. Vio el logotipo de la Sociedad Alemana de Salvamento, luego los pliegues de los trajes imperfectamente ajustados bajo sus axilas y, por último, las gotas que salpicaban las caras de sus dos competidoras. ¡Había pasado!

Pero la línea de meta seguía estando cincuenta metros por delante de ella. La gorra de cuadros amarillos y verdes se estaba quedando atrás, pero la gorra verde no se daba por vencida. La socorrista tenía los brazos más largos que Enna y los aprovechó para adentrarse más en el agua. Esto requería más fuerza y en realidad más tiempo, pero ayudó a acelerar la tabla. Brazo a brazo, la verde superó a Enna.

¿Otro segundo puesto? Lars estaría contento, pero se imaginaba la reacción de Neuhof. *No está mal,* diría y asentiría. Enna incluso oyó que la llamaba por su nombre, pero debía de ser su imaginación. *Te voy a mostrar, Neuhof*. Se apretó contra la tabla. Sus brazos se movían como los remos de un barco de vapor. Ignoró el fuerte tirón en las articulaciones y el dolor en el pecho. La gorra verde volvía a estar a su lado. Pulgada a pulgada, se abrió camino hasta superarla. Fue la final más dura que jamás había experimentado.

Enna se permitió mirar la cara de su oponente. ¿Qué la impulsaba? No sólo parecía concentrada, sino como si su vida dependiera de su posición. ¿Qué le pasaba? Sólo quería demostrarle a ese estúpido Neuhof que no la merecía. No sabía nada de la portadora de la gorra verde, sólo tenía su intuición, pero le decía que la otra persona se beneficiaría más de la victoria.

Enna no remó más despacio. Nadie quería algo a cambio de nada. Pero soltó la rabia, que se desprendió de ella como una

sanguijuela succionada por completo y se sumergió en las frías aguas del Mar del Norte. Enna sintió de nuevo su cuerpo, su agotamiento, su hambre de oxígeno, y le permitió un respiro, un trago de aire fresco que sabía salado, mientras la verde salía disparada con sus últimas fuerzas y cruzaba la imaginaria línea de meta frente a ella.



Unos metros por detrás de ella, Lars estaba de pie con el agua hasta la cintura, a pesar de tener que empezar pronto su propia carrera. Cuando ella intentó bajarse de la tabla, cayó en sus brazos. Él la levantó.

«Genial, segundo puesto», le dijo, sonriendo ampliamente.

«Tienes que ir a la salida», Enna respiraba con dificultad. «Estaré bien». Se separó de Lars y se volvió hacia la playa, pero sus rodillas se doblaron. Lars volvió a tirar de ella. Mientras tanto, llegaron Mike y Annika.

«Nos encargaremos a partir de aquí», dijo Mike.

«Vamos», dijo Enna, mientras Mike le rodeaba el cuello con el brazo izquierdo. Annika le cogió el derecho. Enna se enderezó. Sus rodillas la arrastraban de nuevo, pero se sentía bien ser arrastrada a la playa por sus compañeros de equipo.

«Tienes visita», dijo Annika.

«¿Quién, mi padre?» Él estaba fuera mucho, así que ella no lo veía muy a menudo.

Annika negó con la cabeza. «A menos que te engendrara cuando aún era un adolescente. ¿Lo hizo?»

Enna se rió. «No, mis padres tenían veintitantos años cuando nací».

La identidad del visitante quedó clara cuando la llamó por su nombre. Pero eso era imposible. Cuando Neuhof tenía un caso, tenía un caso. No había nada más en el mundo.

«¿Neuhof?» Los ojos de Enna se abrieron involuntariamente.

«Ah, ¿tu jefe?», preguntó Annika. «¿Un policía? Parece bastante aceptable».

¿Aceptable? Eso era relativo. Neuhof llevaba traje y chaqueta, lo que resultaba bastante extraño en la playa, entre tanta gente semidesnuda y atletas en traje de neopreno.

«Gracias», dijo Neuhof, torciendo la boca en lo que probablemente pretendía ser una sonrisa. «Ha sido una gran final, Enna».

Enna soltó a Mike y a Annika. No quería parecer débil o indefensa delante de Neuhof. «Sí, fue divertido».

«Mi respeto absoluto», dijo Neuhof. «La técnica fue casi perfecta. El ángulo en el que sumergió las manos transfirió el impulso perfectamente».

Enna se fijó en los prismáticos que colgaban de una correa de su cuello. Su entusiasmo era genuino.

«Gracias. Tenemos un buen instructor».

«Si queremos seguir su carrera, tenemos que irnos ahora», dijo Mike.

Neuhof sacó su móvil y miró la pantalla. «Según mis cálculos, su equipo tiene un 26,6% de posibilidades de acabar al menos tercero».

«¿Eso es bueno?», preguntó Annika.

«El cálculo se basa puramente en estadísticas y no tiene en cuenta los éxitos anteriores de Lars».

Sonó un largo silbido. Se armó un revuelo en la mitad oriental de la playa, acompañado de gritos de ánimo.

«Eso es excelente», tradujo Enna mientras cruzaba la playa. «Nuestras posibilidades son de una entre cuatro, incluso si la carrera de kayaks estuviera empatada. ¡Pero es Lars quien está en el agua!»

Neuhof se detuvo y se llevó los prismáticos a los ojos. «¿Color de la gorra?»

«Blanco y azul con tres rayas verticales», dijo Mike.

«Ah... si no me equivoco, va en cabeza».



Tantos curiosos se agolpaban en la playa que era imposible ver nada de la carrera en sí. Sólo Neuhof destacó entre la multitud con sus prismáticos y comentó lo que veía. «El punto negro sobre el rojo está empezando a adelantar. El blanquiazul se está retrasando. Ahí, un damero amarillo y blanco sale disparado por detrás». Aplausos desde la derecha. «Las rayas horizontales azules ya no pueden seguir el ritmo. Puntos negros sobre rojo ha tomado la delantera». Delante de ellos, tres chicas jóvenes aplaudieron. «¡Vamos, Jimmy, vamos!», gritaban.

«El blanquiazul está atacando de nuevo», continuó Neuhof. «Lo está dando todo, el agua no hace más que salpicar».

Eso no era bueno. Lars debía haber abandonado la técnica y ahora intentaba usar su fuerza. Pero la fuerza no era la respuesta.

«Blanquiazul está avanzando. Cinco largos de kayak más. Puntos negros está haciendo una remontada, aumentando su ritmo de brazada, ¿es eso posible? ¡Parecen dos personas remando en un solo kayak!»

¿Y Lars? ¿A quién le importaba el competidor de la gorra punteada?

«Blanquiazul no se rinde, pero parece que se está quedando sin fuerzas. Blanco-Amarillo intuye su oportunidad y le adelanta. Qué maniobra tan elegante. La línea de meta se acerca. Puntos negros va en cabeza. Y... ¡puntos negros gana!»

Otro largo silbido. «¿Y Lars?», preguntaron Enna y Annika al mismo tiempo.

«Es difícil saberlo», dijo Neuhof.

«Creo que fue el tercero».

Annika bajó los brazos, con los que acababa de animar.

«¿Qué significa eso para la clasificación general?» preguntó Mike.

Neuhof bajó los prismáticos y golpeó su teléfono móvil. «Si he entendido bien los patrones de los sombreros, ustedes son el tercer puesto».

«¡Eh, tercero! Eso es genial!» gritó Enna y corrió a la orilla del agua para felicitar a Lars.



«¿Qué le trae por aquí?» Enna había querido hacer esa pregunta todo el tiempo, pero al mismo tiempo le había dado miedo la respuesta, así que había esperado hasta después de cambiarse.

«Tenía curiosidad por saber qué hace en su tiempo libre», dijo Neuhof.

Sonaba honesto, pero también como si no fuera toda la historia. Bueno, ella debería estar satisfecha. Después de todo, él no había mencionado la otra razón primero. Decidió no ser tan dura con él. Después de todo, él había hecho un gran esfuerzo y ella no tenía derecho a nada. El hecho de que se sintiera así era extraño.

«¿Cómo va nuestro nuevo caso?», ella preguntó.

«Nos dirigimos a la entrega de premios», dijo Annika. «Recuerda, Enna, empieza en doce minutos» Lars, Mike y Annika cogieron sus bolsas y se fueron.

«Bastante mal», dijo Neuhof una vez que estuvieron fuera del alcance del oído. «Me temo que he... molestado a Kettler».

¿No había dejado un mensaje diciendo que había encontrado una solución?

«¿Quiere que hable con él?»

«¿Haría eso?»

«Le conozco desde hace más tiempo».

«Eso sería estupendo».

Enna buscó el móvil en el bolsillo de sus pantalones cortos rojos. Hoy llevaba calcetines hasta la pantorrilla con flores de colores. El número de Kettler encabezaba la lista de llamadas, lo que la puso nerviosa porque le recordó una vez más que no tenía una vida social bien desarrollada. Era algo en lo que tenía que trabajar. Echaba de menos encontrarse con gente por las tardes y no tener que hablar de crímenes.

Al tercer timbrazo, contestó. «¡Aquí Kettler! Enna, es fin de semana. Espero que sepa lo que eso significa».

Habían empezado bien. Alguien debe haber molestado a Kettler. Ese alguien probablemente estaba de pie junto a ella.

«Estimado Sr. Kettler», comenzó, «sólo quería pedirle un favor personal. Por supuesto, su fin de semana es sagrado. Pero, ¿y el martes?»

Kettler resopló.

«Vale, vale, ¿el miércoles?»

«¿Es sobre su caso actual?»

«Uh, sí».

«¡Olvídelo! Enna, sabe cuánto la respeto. Pero esto no va a funcionar. Bajo ninguna circunstancia tendré una oveja en mi mesa. Gracias y adiós».

La llamada terminó. Neuhof suspiró y le rodeó el hombro con un brazo. «Así que no soy sólo yo. Vamos, se acerca la entrega de premios. Encontraremos otra solución».



Lars miró a Pavel con desconfianza. Con suerte, Neuhof no se daría cuenta. Por alguna razón, Enna quería que sus amigos al menos aceptaran a Pavel. «¿Así que usted es el nuevo jefe de Enna?», preguntó Lars.

«Bueno, oficialmente soy su jefe, pero trabajamos juntos. ¿Enna le ha hablado mucho de mí?»

«En realidad, no».

La conversación se detuvo. Enna se estremeció. Los seis estaban de pie alrededor de una mesa de bar, cada uno con una botella en la mano. Neuhof bebía una Pilsner sin alcohol, Mike una Coca-Cola y los demás habían optado por una Pilsner de verdad. Lars podía ser un anfitrión malhumorado. Hoy estaba de muy mal humor. Probablemente estaba enfadado consigo mismo. Enna le conocía lo suficiente como para saberlo. Si hubiera seguido centrándose en la técnica en lugar de en la fuerza, podría haber ganado la carrera y ellos habrían sido segundos en lugar de terceros.

Tal vez podría retomar la conversación. «No puedes decir eso exactamente», corrigió. «Te conté lo del viaje a Hamburgo después de cerrar el último gran caso».

«Sí, he oído que se le da bien el judo, señor Neuhof» dijo Mike.

«Pavel. Puede llamarme Pavel».

Enna tragó saliva. Ahí estaba otra vez. Sólo podía ser desconsideración.

«¿Y de qué trata su último caso?», preguntó Annika.

«¿El último caso?», preguntó Neuhof, enarcando las cejas.

«Bueno, por el que llamó a Enna en mitad de la carrera», dijo Lars.

Enna podría haberle abrazado por eso. Lars la conocía bien y sabía que a veces necesitaba paz y armonía.

«Oh, lo siento. Eso fue precipitado. Espero no haberles molestado demasiado».

«Le perdonaremos si nos dice de qué se trataba», dijo Annika con picardía.

Pavel miró a Enna en busca de ayuda, como si le hubieran acorralado.

«Venga, cuéntelo, Neuhof», dijo Enna. «De todas formas se correrá la voz de que se trata de una oveja».

«No puedo revelar detalles confidenciales, por supuesto, pero desgraciadamente se trata de un caso de extrema crueldad hacia los animales».

Mike arrugó la nariz. «Qué cerdo», dijo. «Espero que los atrapen».

«De momento hay algunos problemas», admitió Neuhof. «Aparte de que los cerdos son animales muy benévolos que no merecen ser equiparados a delincuentes».

«¿Cómo qué?», preguntó Mike. Menos mal que había pasado por alto el comentario.

Su jefe vaciló. Enna le hizo un leve gesto con la cabeza. «Se trata del examen detallado del animal», explicó. «La patología forense sólo se ocupa de cadáveres humanos y el patólogo no cree tener los conocimientos necesarios».

Lars refunfuñó: «Sé cómo despiezar una oveja correctamente».

«¿Es usted veterinario?», preguntó Pavel.

«No, mucho mejor. Soy carnicero».

La nuez de Adán de Pavel se movió. «No quiero cuestionar su pericia, pero ¿realmente conoce la anatomía de una oveja?»

«Claro. Un animal es un animal. Y si te he entendido bien, no quiere que te vuelva a balar alegremente».

«Así es».

«¿Y cuántas ovejas cree que ha descuartizado el Dr. Sörensen en su consulta?» añadió Enna.

Neuhof negó con la cabeza. «Dos».

«¿Dos?» preguntó Lars. «Yo no creería a ese viejo charlatán».

Lars no parecía haber tenido una buena experiencia con el médico.

«Como mucho», dijo Pavel. «Me pidió una estimación del número de ovejas que el Dr. Sörensen ha diseccionado».

¿Cómo llegó Neuhof a esa cifra? Sörensen era médico, no veterinario. No debería haber examinado ni una sola oveja de esa manera. Lars debía de estar pensando lo mismo, porque sus cejas se fruncieron y dirigió a Enna una mirada interrogante. «Hay, espera...», frunció el ceño, «...unas ciento cuarenta sobre la mesa. Sé exactamente dónde está cada hueso, músculo y órgano».

«Yo... Quizá tengas razón. Sería un método poco convencional, pero con documentación suficiente, debería valer ante un tribunal. Enna, seguramente Kettler nos dará una confirmación por escrito de que no puede examinar al animal».

Enna asintió. Sin duda podría persuadir al patólogo forense si le preparaba la carta.

«Bien, entonces tenemos un trato, Lars». Neuhof dejó su botella y estrechó la mano de Lars.

«¿Qué más necesita?», le preguntó su entrenador.

«Si usted pone las herramientas, yo llevaré la cámara. ¿Podemos hacerlo el domingo?»

Hmm. En realidad, Enna había planeado recuperarse de la carrera mañana. Pero si ella mencionaba eso ahora, Neuhof simplemente haría la cita para ir por sí mismo.

«Está de suerte, Neuhof. No tengo planes para mañana. Me quedaré con un granjero en Blomberg a partir del lunes. Pero con una condición».

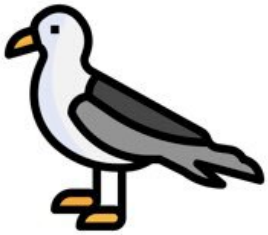
«¿Sí? Todavía no podré decir nada sobre el estado de la investigación».

«No volverá a molestar a Enna cuando participe en una competición».

Neuhof resopló pero no dijo nada.

«¡Por la oveja!» gritó Enna, y brindaron.

Capitulo 4



«Sólo quiere jugar», gritó la granjera.

Pavel estaba detrás de una verja cerrada donde un perro negro saltaba y ladraba. No conocía la raza y habría supuesto que era una mezcla de terranova y bóxer. El animal no había estado aquí la última vez que lo visitó.

«¡Ven, Onno!»

El perro no obedeció. La Sra. Dietrichsen lo agarró por el collar y lo arrastró lejos de la verja.

«Es muy joven», se disculpó.

Eso explicaba por qué no reconocía al perro. Pavel habría preferido que le pusiera una correa. Para mayor seguridad, dejó la bici fuera. La rueda delantera de Heino ya había resultado dañada una vez por un mordisco de perro.

Cuando abrió la verja, Onno volvió a ladrar. En cuanto la cerró, el animal se calmó. Dietrichsen metió la mano en el bolsillo derecho de su delantal, sacó una pelota y la lanzó. El perro corrió alegremente tras ella, regresó y la dejó en el suelo delante de Pavel.

«Ahora quiere que la lance».

«De acuerdo». Pavel se agachó. Cuando empezó a coger la pelota, el perro saltó un poco hacia delante.

«Es sólo un juego», dijo Dietrichsen.

Pavel suspiró y volvió a coger la pelota. Onno se revolvió brevemente esta vez, pero luego se levantó y le miró con la lengua

fuera. Pavel lanzó la pelota lo más lejos que pudo. Aterrizó justo delante de la valla del jardín. Onno salió corriendo.

«¿Hay algún sitio donde podamos hablar?», preguntó Pavel. «En paz, quiero decir». Señaló al perro negro, que volvió y brincó delante de él, moviendo la cola. Ahora mismo parecía que no haría daño ni a una mosca. Pavel volvió a lanzar la pelota.

«No esperaba que la policía estuviera trabajando un sábado por la tarde. Podemos ir a la cocina», sugirió la granjera.

«Siempre estamos de servicio», dijo Pavel. Simplemente se había aburrido.

Caminaron hacia la casa, hacia el edificio nuevo, cuyo tejado jorobado debía de tener setenta años. Al lado, en el edificio viejo, el viejo Dietrichsen se había ahorcado. Onno les siguió hasta la puerta principal, donde se tumbó sobre una vieja manta.

«A Onno nunca se le permite entrar en casa», explica Dietrichsen. «Eso fue lo primero que aprendió».

Ella le condujo a la cocina. Era una auténtica cocina de granja, de las que conocía de su infancia, parte de la cual había pasado con sus abuelos. Incluso había una estufa de leña con algo burbujeando en una olla enorme. Hacía calor. La lámpara que colgaba del bajo techo tenía tiras adhesivas con moscas muertas pegadas.

Pavel se sentó a la mesa de madera.

«¿Café?», preguntó la mujer granjera.

«Por favor».

Le puso una taza de cerámica delante y le sirvió café negro de filtro de un termo grande.

«¿Leche y azúcar?»

«Ni lo uno ni lo otro».

Dietrichsen se sirvió una taza y se sentó con un gemido. Adivinó que rondaba los cuarenta. Estaba bronceada y ya tenía numerosas arrugas, pero ni un gramo de más en las costillas. Supuso que así era cuando tenías que llevar una granja tú sola.

Dietrichsen tomó un sorbo de café y dejó la taza. Luego suspiró brevemente. Pavel esperó un momento y suspiró también. Era estupendo. Su abuela y su abuelo a veces hablaban así durante

horas. Pero él necesitaba algunos datos para hacerse una idea del caso.

«¿Cuánto hace que tiene a Onno?», preguntó.

«Dos». Tragó saliva. «Um, semanas».

«Antes no tenía perro».

«Mi padre siempre estuvo en contra. Decía que tenía una escopeta y no necesitaba una boca más que alimentar».

«¿Está Onno sustituyendo la escopeta ahora?»

Dietrichsen negó con la cabeza. «El perro ayuda con la soledad. Es muy bueno hablar con él cuando todos los dueños de los caballos se han ido».

Él sabía lo que ella quería decir. A veces no importaba lo que decías, sólo que lo decías. Aclaraba tus pensamientos.

«Ya veo. Así que no hay otra razón».

«No, ¿por qué lo pregunta?»

Dietrichsen había empezado a amasar el dobladillo de su delantal. Eso podía significar que mentía. O quizá ya no estaba acostumbrada a sentarse tan cerca de un desconocido. Así se sintió Pavel cuando volvió a la oficina de vacaciones.

«Nada. ¿Qué está cocinando?» Señaló el fogón.

«Cordero. Algunos de los cortes particularmente buenos».

«¿Lo ha descuartizado?»

«Sí, hace unos días».

«¿Así de fácil?» No era habitual que un granjero sacrificara una sola oveja a mitad de año. El carnicero tenía que venir a la casa. No valía la pena.

«Willy tenía problemas en las articulaciones». Dietrichsen jugueteaba con algo en el bolsillo de su delantal. Estaba nerviosa, pero no se atrevía a echar a la policía. Entonces sería porque le remordía la conciencia.

«¿Willy estaba viejo?»

«No tan viejo. Pero algunos animales tienen problemas desde el principio»".

«Cierto. A veces he pensado en hacerme sacrificar». Pavel se rió. No era un mal chiste, pero Dietrichsen no estaba de acuerdo.

«¿Quién hizo la matanza?»

«El carnicero Zinke».

«¿Es Lars?»

«Lars es su hijo».

Eso estaba bien. Debería preguntarle si había notado algo malo en las ovejas. Los maltratadores de animales rara vez empiezan matando. El caso debe tener una historia.

«Dígame, Sra. Dietrichsen, ¿tiene enemigos? ¿La amenazan?»

Ella negó con la cabeza. «No. ¿Qué le hace pensar eso? Nadie quiere nada de mí».

«Sólo me pregunto si es una coincidencia que mataran a su oveja».

«¿Está diciendo que podría ser culpa mía?» La expresión de la mujer se ensombreció.

Pavel tomó otro sorbo de café. «No, ¿qué le hace pensar eso? Para atrapar al criminal, tengo que averiguar cómo piensa. Se llama *perfilación criminal*».

«Ah, lo he visto en la tele».

«Sí, es como en la tele».

Ja, ja. Pero algunos se lo creían de verdad, y él no quería estropearle a la señora Dietrichsen el disfrute de sus historias de detectives. «La oveja muerta. Lo siento, pero tengo que volver a eso».

«Sólo hace su trabajo».

«Gracias por su comprensión. Cuando llegué, el Dr. Sörensen estaba inclinado sobre el cadáver».

«Sí, le había llamado».

«Usted encontró el cuerpo. ¿Cuándo fue eso?»

«Durante mi ronda matutina, me di cuenta de que Georgina había desaparecido. Así que fui a buscarla, y allí estaba, tirada en la hierba alta».

Eso era extraño. Pavel no había encontrado ningún rastro de que la Sra. Dietrichsen hubiera estado allí. Sörensen y el atacante habían pisoteado la hierba. Nadie más. Así que Dietrichsen debió haber caminado por una de esas dos huellas. ¿Y si ella misma era la culpable? Los maltratadores de animales solían ser hombres, pero había excepciones.

«¿Desde qué dirección se acercó a la oveja muerta?»

«Desde la granja».

«¿No desde el otro lado de la carretera?»

«No».

Y tampoco por el bosque. Pero no quería mencionar eso ahora.

«¿Tocó al animal?»

«No, no me gusta la sangre. Y desde unos metros de distancia era obvio que había mucha sangre. Por eso llamé a Sörensen».

«Podría haber llamado a la policía...»

«Pensé que aún estaría viva».

Sonaba plausible. Pero las huellas desaparecidas en la hierba alta eran un misterio. El Dr. Sörensen había declarado que había pasado la noche con la Sra. Dietrichsen. Ella podría haber estado en el coche con él. Pero seguro que así no habrían descubierto la oveja muerta. Comprendía que la Sra. Dietrichsen quisiera protegerse a sí misma y al médico de las habladurías. Pero la historia de cómo supuestamente encontró la oveja muerta no tenía sentido.

Pavel suspiró. «La próxima vez, por favor, llame a la policía. Y también debo advertirte contra el heroísmo. Si pilla al culpable in fraganti, no se enfrentes a él. Ocúltese y llame a uno-uno-cero».

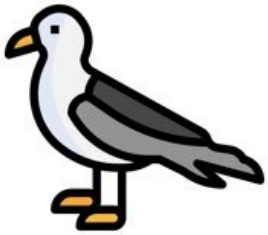
«Vale, lo haré. ¿Cree que estoy en peligro?»

«Es raro que los maltratadores de animales den el siguiente paso y ataquen a personas. Pero si esta no es su primera víctima...» Miró la olla de cordero burbujeando en la estufa. Olía delicioso.

La Sra. Dietrichsen se tapó la boca con la mano y le miró con los ojos muy abiertos. «Ya le llamaré». Se levantó y él también se levantó.

«Gracias por el café». Pavel asintió a la mujer y salió de la cocina. En el pasillo, vio a Onno esperando fuera. Empezó a temblar. *Pavel, cálmate*. Era la voz de su padre. Pero ya no era un niño pequeño e indefenso. Era inspector jefe y tenía voz de mando. «¿Sería tan amable de acompañarme a la puerta?», preguntó.

Capítulo Cuatro



«Ha llegado tu visita», llamó Leonie, cuya penetrante voz podía oírse en toda la casa cuando ella quería.

Pavel no recordaba exactamente cómo había surgido esta familiaridad. Sin duda, el alcohol había desempeñado un papel importante. Cuando bebía lo suficiente, le resultaba difícil decir que no. Ella debió ofrecerla – al fin y al cabo era la mayor de los dos. Su casera se comportaba normalmente, así que no le importaba.

Se puso el chubasquero amarillo sobre la chaqueta porque parecía que iba a llover, salió de su apartamento y se dirigió a la puerta principal. Esperaba a Enna en su Polo rojo, pero Berger salió del BMW de la policía.

«Berger, ¿qué está haciendo aquí? ¿No debería estar con su familia?»

Berger le hizo un gesto con la mano. «Mi mujer se llevó a los niños a casa de su hermana. No le hizo mucha gracia que volviera a casa tan tarde el viernes».

«Lo siento».

«No lo sienta, Inspector Jefe».

Uf. Estaba seguro de haber tuteado a Berger en el dique, pero probablemente no se acordaba. O tuvo el tacto de no recordárselo. Ahora Enna vino alrededor de la parte posterior del coche. Se movía

de forma extraña, como si alguien le hubiera quitado la grasa de todas las articulaciones.

«Enna, ¿qué le pasa?»

«Músculos doloridos. Bastante mal, pero no tengo otra que superarlo». Suspiró. «¿Dónde está su tesoro? Lars me pidió que llegara a tiempo. Su padre probablemente no soporta que la gente llegue tarde».

«¿Su padre?»

«Zinke Senior. Es el dueño del negocio».

«¿Y él también estará allí?» A Pavel no le gustó mucho aquello. Ya había demasiada gente implicada. Pero no era culpa suya que Kettler se hubiera negado a ayudar.

«Es el dueño e insiste. Entonces, ¿dónde está Shaun?»

«¿Shaun?»

«Shaun, la oveja».

«El nombre de la víctima es Georgina».

«Oh, ¿tiene nombre?»

«¿No es normal?»

Enna se encogió de hombros. «No sé nada de ovejas. Vamos a envolver a Georgina y luego vamos con Lars».



«Y... ahora».

Berger y Pavel soltaron la oveja al mismo tiempo. Se estrelló contra el suelo del maletero, que Berger había cubierto esta vez con una gruesa lámina negra. ¿Siempre había sido tan pequeña? Pavel sintió como si se hubiera encogido.

«Da pena», dijo Enna en voz baja.

«No es de extrañar, teniendo en cuenta la forma en que murió».

Sonó el claxon. Pavel ni siquiera se había dado cuenta de que Berger había subido. Se sentó atrás, aunque sus largas piernas estaban incómodamente apretadas. De este modo, Enna podía navegar desde el asiento del copiloto. Pavel la observó mientras jugueteaba con el sistema de navegación e introducía la ruta.

«Nunca he estado en la carnicería de Lars», dijo.

Berger giró hacia la carretera principal que salía de Fleetstedt.

«Creía que nos íbamos a quedar en la ciudad», preguntó Pavel. «Si investigamos en otro sitio, volveremos a tener problemas con nuestros homólogos de allí».

«Estaremos aquí», dijo Enna, «pero sólo hay cuatro carnicerías en el centro de la ciudad. El verdadero negocio está en la zona industrial».

Eso tenía sentido. «¿Es consciente de que Georgina puede no ser la primera víctima? Tengo la sensación de que la hija de Dietrichsen no nos está contando todo».

«¿De verdad? ¿Qué le hace pensar eso?»

«Tenía una gran olla de cordero en la estufa. Probablemente las sobras de Willy». Pavel relató el resto de lo que había averiguado.

Enna hinchó las mejillas, lo que parecía extraño desde el asiento trasero. «No puedo imaginar que la propia Viola... No, de verdad. A algunos incluso los alimentó con biberón».

«Ese es un punto válido. Pero oculta algo. ¿Quizá la están chantajeando?», sugirió Pavel.

«¿Qué podría conseguir alguien de ella?» Enna se volvió hacia él. Su rostro estaba sonrosado desde este ángulo.

«¿Terrenos y propiedades? ¿Recuerda lo que Coastal Capital estaba dispuesta a pagar en nuestro último caso?»

«No puede comparar las dos cosas, Pavel. Esta zona es tierra de cultivo y siempre lo será».

Era un buen argumento, y Enna conocía a Dietrichsen lo suficiente como para evaluar en qué circunstancias degollaría a su propia oveja. Cualquiera era capaz de asesinar si el motivo era lo suficientemente fuerte. Él mismo había detenido una vez a una madre que había matado para conseguir un órgano para el trasplante de su hijo.

El coche aminoró la marcha. «Hemos llegado», dijo Berger.

Pavel salió, abrió la puerta a Enna y le ofreció el brazo para ayudarla a salir del coche. Pero ella no lo cogió y salió con dificultad por sus propios medios.

Estaban delante de un edificio moderno de dos plantas. Olía intensamente a pescado, lo que no encajaba en absoluto con el rótulo de la empresa. «Zinke's Organic Butchery» estaba escrito encima, junto con «Matadero propio. Sala de curado de jamones. Fabricante de salchichas».

Normalmente, a Pavel se le hacía la boca agua ante tales términos, pero el olor a pescado lo impidió con éxito. Caminó al paso de Enna hasta el edificio, donde la puerta ya se había abierto.

Enna saludó. «¡Hola, Lars!»

«Hola, ¿qué te ha pasado? ¿Has tenido un accidente?» Lars se acercó a ella con pasos ligeros, como si no tuviera también una competición detrás.

Enna refunfuñó. «¡Tú de nuevo!»

«No sé de qué estás hablando». Lars se acicaló como un pavo real. Lo único que no había hecho era una voltereta. ¿No se daba cuenta Enna de que estaba presumiendo?

«Lo admito, estoy celosa», dijo Enna.

«Supongo que necesitas entrenar mucho más».

«Son las trece y un minuto», se oyó una voz detrás de ellos.

Tenía que ser Zinke padre. Era uno de los empresarios más importantes de Fleetstedt y había tomado el relevo de Henriette Meier en la presidencia de la asociación empresarial.

«Ya vamos, papá». Lars suspiró.

«¿Podrías ayudar a Berger con nuestra víctima?», preguntó Enna.

«Yo...» De repente, Lars mostró un poco de reticencia.

«¡Por favor!» Enna entornó los ojos y Lars desapareció tras el portón trasero del BMW. Pavel se dio cuenta de repente de que hoy ni siquiera había mirado los calcetines de Enna. Eran amarillos con camellos marrones desfilando por los bordes.

«¿Siempre huele así?», preguntó Pavel cuando Berger y Lars pasaron junto a ellos con las ovejas. Parecían tener prisa.

Obtuvo la respuesta del padre de Lars. «Es de la planta procesadora de pescado de allí. No se preocupe, una vez que la puerta se cierre detrás de nosotros, sólo olerá a cerdo, ternera y cordero».



«Oh hombre, una oveja en su mejor momento», dijo Lars.

La víctima yacía sobre una mesa metálica con pequeños canales de drenaje en los bordes. Todo el mundo estaba envuelto en ropa protectora. La mesa estaba al final de un pasillo de unos quince metros de ancho, con postes que recorrían el techo a distintas alturas. No se veían animales muertos – salvo Georgina, la oveja.

«En esta mesa cortamos a mano los casos especiales», explicó Zinke padre, que debió de percatarse de la mirada curiosa de Pavel.

«¿Casos especiales?», preguntó Pavel.

«Todo lo que no quepa en las máquinas o sea demasiado valioso».

«¿Tienes un ejemplo?»

«Bueno, algún cerdo caro de raza antigua, por ejemplo. Eso es lo que les gusta pedir a los restaurantes con estrellas Michelin. O venado. Pedidos singulares, en otras palabras».

«O una oveja», dijo Enna.

«Una oveja adulta también es un caso especial. Su carne no es popular entre nuestros clientes. Prefieren el cordero».

«Pero usted sacrificó una oveja adulta el otro día, Sr. Zinke». Enna recordó inmediatamente lo que le había dicho. Muy bien.

«Sí, inspectora. En casa de los Dietrichsens. Un carnero».

«¿Qué le pasaba?»

«Supuestamente tenía una infección en las articulaciones. Pero no fue el Dr. Sörensen ni el veterinario quien lo diagnosticó, sino la propia Sra. Dietrichsen».

«¿Y se notaba algún signo de eso?», preguntó Pavel. ¿Y por qué Sörensen habría hecho el diagnóstico? No era veterinario, ¿verdad?

«Internamente, el animal estaba perfectamente normal», dijo el padre. «No tenía enfermedades ni nada. Sólo tenía unas manchas extrañas en el exterior del pelaje».

«¿Puede describirlas?», preguntó Pavel.

«Marrones, alargadas y deslavadas. Pero olían extrañamente a quemado. ¿Conoces esas cercas eléctricas? Era como si la oveja se

hubiera lanzado repetidamente contra una de esas».

«Probablemente se hayan deshecho de la piel», dijo Enna.

«No, la Sra. Dietrichsen quería deshacerse de la piel y nos la dio. Lars, ¿podrías ir a buscarla? La puse en la cámara frigorífica».

«Pero estaba a punto de empezar la autopsia».

«Ve a buscarla, por favor. Puedo abrir al animal igual de bien, ¿no?»

Lars no contestó, puso los ojos en blanco y se fue trotando.



Zinke padre sabía lo que hacía. Primero afeitó el cuello del animal, que empezaba a descongelarse, para poder examinar el corte. Luego inclinó la cabeza de la oveja hacia arriba.

«¿Puede verlo?», preguntó Zinke.

Por el rabillo del ojo, Pavel vio que Berger se alejaba. Aprovechó el espacio extra y se inclinó hacia delante. Si hubiera tenido delante a un ser humano, habría sido capaz de nombrar sus rasgos anatómicos, pero con una oveja, estaba perdido. «¿Qué se supone que tengo que ver?»

«El corte sangrante. Es perfecto. Tanto la vena como la arteria están seccionadas, pero el corte no es lo suficientemente profundo como para haber llegado a la columna vertebral».

«¿Qué habría pasado si hubiera sido así?», preguntó Enna.

«El cuchillo se desafilaría. Y eso no se quiere. Un cuchillo desafilado cuesta tiempo y dinero y sufrimiento animal. Siempre se lo digo a Lars».

«Me lo dijiste cuando tenía nueve años, papá».

Pavel se sobresaltó porque ni siquiera se había dado cuenta de que el instructor de Sociedad Alemana de Salvamento se le acercaba por detrás. De algún modo, no podía conciliar a las dos personas: el Lars que sacrificaba animales y el que salvaba a la gente. ¿Estaba luchando contra una conciencia culpable en la Sociedad Alemana de Salvamento que tal vez ni siquiera se daba cuenta de que tenía? Pero eso no era asunto de Pavel.

«¿Sufrió Georgina?», preguntó Enna.

Cuando mencionó el nombre de la oveja, a Pavel se le apretó el estómago. Sin duda, la señora Dietrichsen había llamado a Georgina por su nombre y el animal la había seguido. *Mis ovejas oyen mi voz y yo las conozco y me siguen,* Pavel recordó una frase de la Biblia. No era creyente –eso le resultaba imposible, aunque lo intentara,– pero cualquier cosa que contuviera un poco de conocimiento se le quedaba extrañamente grabada en la cabeza casi por sí sola.

«No puedo decirlo todavía. Deme un minuto».

Zinke afeitó ahora la parte delantera de la cabeza del animal, así como una zona lateral del cráneo. Luego sacudió la cabeza.

«Así que no», preguntó Enna.

«Verá, normalmente se aturde a una oveja, ya sea con una pistola aturdidora o eléctricamente. Pero yo no veo un agujero de bala. Se tiene que sujetar firmemente al animal o se resbala. La alternativa es utilizar pinzas metálicas a izquierda y derecha del cerebro. Una descarga eléctrica y el animal queda tan profundamente anestesiado durante treinta o sesenta segundos que ya no siente el intenso dolor causado por el corte sangrante. Pero se deberían poder ver los puntos de fijación de los fórceps».

Pavel tragó saliva. Se lo había temido.

«Francamente, me gustaría ponerle las pinzas anestésicas a la persona que hizo esto», dijo Zinke Senior.

«Pero eso le haría susceptible de ser procesado, Sr. Zinke», dijo Pavel.

Una sombría mirada de reojo. «Valdría la pena para mí. Mire lo que ha hecho aquí ese cabrón». Zinke había rasurado un punto de la pata del animal y pasaba el dedo por encima. «¡Deme su dedo, inspector!»

Pavel le tendió la mano. Zinke la cogió y pasó el índice por la piel desnuda, que sentía casi como la parte inferior de su pierna. Notó una hendidura.

«¿Es de una sujección mecánica?», preguntó.

«Sí, ataduras de cables, diría yo. Debió apretarlas para detener el flujo de sangre a las patas del pobre animal. Como resultado, menos sangre fluiría de los cortes más abajo».

«Gracias, Sr. Zinke, creo que es suficiente para nosotros». Una escena parpadeó en la mente de Pavel, mostrándole cómo había procedido el criminal. Normalmente se alegraba cuando llegaba tan lejos, pero hoy intentaba bloquear las imágenes.

«Hay algo más», explicó el carnicero, levantando la pata delantera izquierda del animal. «Esta pezuña. ¿Puede ver las incisiones?»

Pavel asintió. Se veía una fina línea negra en la parte delantera de la pezuña. Zinke giró ligeramente la pata. También había un corte en la parte trasera.

«¿Qué es eso?», preguntó.

«Se seccionaron el tendón extensor de la parte delantera y el tendón flexor de la parte trasera», explicó Zinke.

«¿Por qué?»

«No tengo ni idea. No hay una explicación razonable. Todas las razones que se me ocurren me dan ganas de buscar unos alicates para amputarle las pelotas».

«¿Podría el animal caminar después de eso?»

Zinke negó con la cabeza. Pavel se dio cuenta de que tenía lágrimas en los ojos. Un escalofrío le recorrió la espalda. El anciano debía de haber visto mucha muerte y violencia. Pero esto era tan... insensato.

«¿Tiene alguna pregunta, Enna?» preguntó Pavel.

«No». Enna estaba pálida.

«¿Abro al animal?», preguntó Zinke.

Eso era habitual en una investigación forense. ¿Pero qué les diría sobre Georgina? No había otras heridas en el animal.

«No, gracias. Pero le agradecería que nos lo guardara. La policía científica la recogerá como evidencia».

Seguramente podría convencer a Doldinger. No era tan terca como Kettler.

«Aquí tengo la piel del carnero», dijo Lars.

«¡Déjame verla!» Su padre le quitó la piel a Lars y se la puso a Georgina. «Al principio no me di cuenta... Las manchas están a los lados del cráneo, a izquierda y derecha, ¿ves? Aquí».

Los ojos de Pavel siguieron el dedo del carnicero. Efectivamente, las manchas estaban distribuidas simétricamente.

«Alguien intentó aturdir al animal», supuso Pavel.

«Así es», confirmó Zinke. «Pero la persona no sabía usar el aparato y lo manipuló indiscriminadamente».

«O querían causar al animal el mayor dolor posible», dijo Enna.

«¿Se da cuenta de lo que significa?», preguntó Pavel.

«Georgina no es la primera víctima», respondió Enna.

Ella lo sabía. Él lo sabía. Probablemente Berger también lo sospechaba: habría más de dos víctimas. Alguien había iniciado un viaje sin final a la vista. Pero sería en su territorio.



Berger conducía el BMW. Enna se sentó en el asiento trasero con Pavel porque quería discutir sus próximos pasos. «¿Sabe lo que me pregunto?»

«¿Qué papel juega Viola Dietrichsen en esto?» sugirió Enna.

«Exacto». La señaló con el dedo y tuvo que controlarse para no pincharla. ¡Estaba tan claro!

«Con la primera víctima, fingió que había sido un accidente», dijo Pavel. «Pero cría ovejas. Debió notar las marcas en el pelaje».

«¿Y si lo hizo ella misma?», preguntó Enna.

Pavel quiso negar con la cabeza, pero Enna tenía razón. Dietrichsen llevaba sola la granja desde el suicidio de su padre. Eso podía haber provocado una sobrecarga mental. Algunas personas lo afrontaban cortándose, otras se desquitaban con los demás. Tal vez la aliviaba ver sufrir a otras personas.

Pavel se estremeció. Le pareció inhumano, pero la realidad no era así. Era una reacción humana. Era culpa suya por haber elegido una profesión que le ponía en contacto con los extremos de ese espectro.

«¿Qué ocurre? ¿Está bien?» Enna le tocó la rodilla. Él se estremeció instintivamente. «Lo siento», dijo ella.

«Lo siento. Su toque fue un gesto de apoyo. No lo pensé lo suficiente».

Enna enarcó las cejas. «Está bien ser espontáneo a veces».

Pavel se mordió los labios. «Esa no es mi experiencia. Sólo causa problemas. Pero respondiendo a su pregunta: estoy bien, por lo que veo».

«¿Por lo que ve?»

«Bueno, estoy sentado en un coche con calefacción, no tengo hambre ni sed, estoy trabajando en un caso interesante, estoy rodeado de compañeros serviciales – debo estar bien».

«Pero, ¿qué dice su cuerpo?». Enna se llevó la mano al corazón y luego al estómago. «Cuando escucho el mío, siento miedo y náuseas. Y rabia, sí».

«¿Escuchar al interior?»

«Cierre los ojos y escuche».

Pavel cerró los ojos y respiró hondo. ¿Qué quería Enna de él? Sus entrañas sólo hacían ruido cuando comía o tenía hambre. Sacudió la cabeza. «No escucho nada».

«¡Ah, Berger, tenemos que girar a la derecha!», dijo Enna.

El coche frenó bruscamente y Pavel fue empujado contra el cinturón de seguridad. El BMW dio marcha atrás y giró bruscamente a la derecha.

«También está a favor de que volvamos a visitar a la señora Dietrichsen, ¿verdad?», preguntó Enna.

Pavel asintió. Era una buena idea. «Pero recuerde que todo conocimiento del crimen debe quedar entre nosotros».

«Por supuesto, Pavel».

Su voz sonaba inusualmente baja. ¿La había molestado de alguna manera? No era culpa suya que su yo interior no le hablara. El niño interior del que todos hablaban obviamente había muerto al nacer.

«Antes de hablar con la Sra. Dietrichsen, quiero comprobar si estamos de acuerdo sobre nuestro asesino».

«Quienquiera que torturara a Georgina conocía la anatomía de las ovejas, pero no el proceso de sacrificarlas», dijo Enna. «Así que

probablemente no buscamos a un veterinario ni a un carnicero, sino a un pastor».

Pavel asintió. «Perfectamente dicho, Enna».

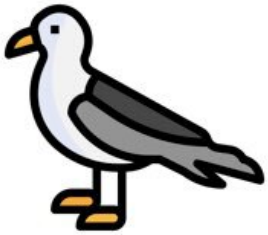
«Si se me permite decir algo...» Berger se dio la vuelta, aunque el coche seguía en marcha. Pavel se agarró inmediatamente el cinturón de seguridad.

«¡Cuando quiera, Berger, pero por favor, mire hacia delante!», gritó, incapaz de reprimir el pánico en su voz.

«Sólo digo – que cualquiera puede buscar en Google cómo es una oveja por dentro. No hace falta ser pastor para hacerlo».

Pavel hizo una mueca. Por desgracia, Berger tenía razón.

Capítulo Cinco



Berger detuvo el coche delante de la verja. Inmediatamente salió corriendo un perro. Le colgaba la lengua de la boca babeante.

«Es Onno», explicó Pavel sin molestarse en salir del coche.

Eso le dio una idea a Enna. «¿Y si hablo con Dietrichsen a solas?»

Pavel alcanzó la palanca que abría la puerta. En ese mismo momento, el perro ladró con fuerza y él apartó la mano. Parecía indeciso, abrió la boca y volvió a cerrarla.

«Está bien», dijo Enna, «sé cómo defenderme».

«Pero si ella es la maltratadora de animales, el siguiente paso podría ser...»

Enna golpeó la funda. «Tengo mi arma reglamentaria conmigo. ¿Dónde está la suya, Pavel?»

«En el armario de armas de la oficina. Pero no puedo sentarme aquí mientras usted...»

«Vaya a casa con Berger. Yo volveré andando desde aquí».

La mejor cura para los músculos doloridos era el ejercicio. Enna conocía los últimos estudios de la ciencia del deporte que decían lo contrario, pero a ella le funcionaba.

«¿Qué? Eso es al menos...»

«Será un agradable paseo por el dique. El clima es perfecto».

«Bueno, vale. Pero, por favor, tenga cuidado».

Enna se levantó. Pavel bajó la ventanilla. «Nos vemos mañana en la oficina».

«De acuerdo. ¡Pero será mejor que no lo encuentre durmiendo bajo mi escritorio otra vez!»

Neuhof había pasado varias noches en vela en su último caso. Pero ahora ni siquiera tenían un asesinato entre manos. Probablemente se comportaría razonablemente.



Mientras el BMW de la policía se alejaba lentamente, Enna se dirigió a la verja.

«¿Así que tú eres Onno?»

El perro ladró. Pero no parecía feroz, sino más bien curioso. Abrió un poco la verja, se coló por ella y volvió a cerrarla. Onno se apoyó en ella. Ella le rascó la cabeza, cosa que a él le gustó. Cerró los ojos y apoyó el hocico en su cadera. Luego se alejó unos pasos, cogió un palito y se lo acercó.

«¿Te lo tiro?»

Onno ladró y dobló las patas delanteras. Enna se balanceó y lanzó el palo al otro lado del patio, casi hasta el montón de compost donde unas gallinas estaban escarbando. Onno echó a correr, casi derribando a una de las gallinas, que chillaron y se dispersaron, y volvió con el palo. Volvió a arañarle. El perro no tenía más de un año y parecía un encanto.

Esperemos que Viola Dietrichsen no fuera la culpable. El dulce Onno no se merecía eso.

«¿Dónde está tu ama?», preguntó Enna.

Onno ladró, recogió el palo y volvió a dejarlo caer. Enna oyó un ruido procedente de uno de los establos.

«Vamos, Onno, vamos a visitar a tu ama», le dijo. Onno movió la cola.



El establo era grande y espacioso. Había ocho establos separados a izquierda y derecha, cada uno con espacio suficiente para un caballo. Pero sólo los tres del fondo parecían estar ocupados. Viola Dietrichsen estaba limpiando los establos. Empuñaba un trinche de tres puntas, y Enna no pudo evitar pensar en la advertencia de Pavel.

«Oiga, ¿qué está haciendo...?» gritó Dietrichsen.

«Soy yo, Enna». Dietrichsen siguió trabajando.

«Ya le he dicho a tu colega todo lo que sé». Viola seguía sin mirarla, lo que habría sido normal con Pavel, pero no con la granjera.

«Pensé que se te ocurriría algo si te contaba los resultados de la autopsia de Georgina».

Menos mal que Pavel no estaba aquí. Realmente quería comunicarle a Viola lo que Neuhof llamaba conocimiento del autor material – cómo habían sido torturadas sus ovejas. Sólo entonces sabría si la mujer estaba siendo sincera con ellos.

«Yo ... el doctor Sörensen me habló de...». Viola Dietrichsen tragó saliva y apoyó el trinche contra una de las vigas. Un caballo resopló. El establo olía a heno fresco.

«¿Cuándo te diste cuenta de que Georgina había desaparecido?»

«Ayer por la mañana, pero eso ya se lo dije a su colega».

Sí, lo había hecho. Pero Pavel también le había contado a Enna lo de las huellas, que no coincidía con la historia de Dietrichsen.

«¿Nos sentamos en algún sitio?», preguntó Enna.

«Lo siento, pero los dueños de los caballos vienen a las cinco y media. Tengo que tener los establos listos para entonces».

«Viola, no pudo haber sucedido de la manera que describiste».

«¿Perdona? ¿Qué...?»

Enna asintió. «Completamente imposible. Lo que, por supuesto, me hace preguntarme por qué mientes». Enna se sobresaltó por la dureza de sus palabras. Pavel no podía haberlo hecho mejor. Debía de ser el examen en casa de Zinke lo que la había sacudido tanto. «Lo siento, Viola», añadió. «Esas heridas de Georgina... No puedo sacármelo de la cabeza. Tengo que averiguar quién lo hizo».

Viola Dietrichsen suspiró, «Bien. La noche anterior me di cuenta de que no estaba en el prado vallado con las demás ovejas. Pero tenía una cita con Martin y no quería hacerle esperar».

«¿Martin?»

«Doctor Sörensen.»

«El animal probablemente seguía vivo el viernes por la noche».

Dietrichsen entrecerró los ojos. «Si hubiera sabido que un loco la había secuestrado, obviamente habría ido a buscarla esa misma tarde».

«¿Qué te hace pensar que el maltratador de animales es un enfermo mental?»

«Bueno, ¿no lo son?»

Enna pensó en las heridas. En cierto modo, Dietrichsen tenía razón. Pero eso no era todo. ¿Cómo encajaba el carnero electrocutado?

«La oveja muerta del otro día ... No estaba enferma. Hablamos con los Zinkes. Murió por electrocución».

Dietrichsen asintió. «El transformador de la alambrada tenía una avería. En vez de veinticuatro, había doscientos veinte voltios en la línea».

«Entonces, ¿por qué la historia?»

«No quería problemas con las autoridades. Por lo demás, mis ovejas están bien. Willy era la primera que moría en el pasto en seis años».

Así que Willy era el nombre de la oveja electrocutada. «¿Así que no ves ninguna conexión entre los dos casos?»

Dietrichsen negó con la cabeza. «Willy no fue torturado. Sólo tuvo un poco de mala suerte».

Un poco. Podrías verlo así. Viola probablemente no quería compartir sus problemas. Lo cual era una pena, porque ciertamente tenía algo que ocultar.

«Gracias, Viola, por la información. Por favor, cuida bien de tus animales, no sólo de las ovejas. Georgina puede no ser la única víctima».

«Gracias. Los llevaré a la granja todas las noches a partir de ahora».

«Es una buena idea». Enna empezó a irse pero se volvió hacia Viola. «¿Puedo usar tu baño un momento? Tengo la regla...»

Era el truco de detective más viejo del libro. Pero de mujer a mujer así, nunca le prohibiría usar el baño.

«Sí, el baño está justo a la izquierda de la puerta principal. También encontrarás tampones y compresas en el armario bajo el lavabo. Voy a terminar de preparar estos dos puestos».



Onno la acompañó mientras Enna se dirigía a la puerta principal. Le abrió paso él solo. Lo único que le faltaba era que la saludara como un gato que asiente. La puerta se abrió. Enna la cerró tras de sí. Viola vivía aquí sola, así que no tendría que ser demasiado cuidadosa. Pero disponía de poco tiempo – el que tardara en asearse.

Del pequeño pasillo, casi cuadrado, Enna pasó a un vestíbulo más grande y embaldosado. En la pared había una lavadora. Una puerta de madera a la izquierda conducía a una cocina anticuada. Enna inspeccionó la mesa, pero no encontró nada de interés. La primera puerta daba a una despensa que olía a salchichas ahumadas. Se le hizo la boca agua. Tras la segunda puerta estaba el salón, dominado por un anticuado mueble de pared. En el centro había un televisor grande, probablemente de 60 pulgadas, con una caja de DVD delante. «Sé lo que hicisteis el último verano» – ojalá fuera cierto.

Delante de la ventana había un escritorio con todo tipo de papeles, que ella miró detenidamente. También había extractos bancarios: Dietrichsen tenía más dinero en el banco que ella. ¿Era de la herencia? El mes pasado había transferido diez mil euros a alguien llamado sólo «D.S.». Enna le hizo una foto. El flash se disparó. ¡Maldita sea! Miró por la ventana. La ventana daba a los establos. Viola Dietrichsen se acercaba a la casa. Tenía un teléfono móvil en la oreja y estaba hablando, pero no miraba hacia la ventana.

¡Suerte para ella! Enna salió del salón por una segunda puerta que daba a un pasillo rectangular. Llevaba a la salida trasera de la casa, pero estaba cerrada. ¡Doble mierda! Ahora oyó pasos procedentes de la entrada.

«Tengo que colgar ahora», dijo Dietrichsen. «Esa molesta mujer policía sigue aquí».

¿Molesta mujer policía? ¡Esa estúpida mujer! Enna sólo quería ayudarla. ¿Por qué no se lo permitía? Una puerta chirrió.

«Todo despejado», dijo Dietrichsen. «Se ha ido».

Aparentemente, sólo había revisado el baño.

Enna se acurrucó a la sombra de un viejo armario de la granja y escuchó.

«Ah, ¿y crees que mi padre tuvo algo que ver?» preguntó Dietrichsen al teléfono.

El padre de Viola era el viejo granjero con demencia que recientemente se había quitado la vida. ¿Qué iba a tener que ver él? Lástima que no pudiera oír lo que decía la otra persona.

«Entonces reunámonos en la biblioteca. ¿Cuándo puedes estar allí?»

El silencio. Enna contuvo la respiración. Viola Dietrichsen había dejado de hablar o se escabullía por la casa tras darse cuenta de que seguía aquí.

«Muy bien. Sólo tengo que quitarme la ropa de cuadra».

Su voz procedía del salón. Enna no había visto ningún armario allí. Abrió rápidamente la segunda puerta que salía del vestíbulo, llegó al dormitorio y se deslizó bajo la cama de matrimonio. Dietrichsen la siguió casi de inmediato.

«Hasta luego», dijo. Algo cayó sobre la cama. Probablemente era el móvil. Enna contuvo la respiración. Era alérgica al polvo y en ningún sitio había tanto polvo como debajo de la cama. Era polvo de siglos, o eso le parecía a ella. Afortunadamente, Dietrichsen tenía prisa. Se dejó caer sobre la cama, haciendo crujir los muelles. Un par de bragas blancas cayeron al suelo. Si Viola las recogía ahora... Pero ella no era tan ordenada. La dueña de la casa salió descalza de la habitación. La puerta chirrió justo cuando Enna no pudo contenerse más y estornudó.

Uf. Esperó otros tres minutos antes de salir de su escondite. Algunas personas no podían evitar volver a una habitación para recuperar algo que habían olvidado. Dietrichsen no era una de ellas. Oyó los ladridos de Onno en la puerta. Enna cerró los ojos y se concentró. Allí estaba, el chasquido revelador de una llave en la cerradura. Viola la había encerrado.

Ah, bueno. Se escabulló por el pasillo, evitando las puertas. Antes de llegar a la entrada, oyó el zumbido agudo de un motor de dos tiempos. Viola se alejaba en un ciclomotor.

Enna respiró hondo y volvió al salón, donde revisó todos los papeles. No podrían utilizar nada de eso legalmente, pero al menos podría ayudarles a entender lo que estaba pasando.



Al cabo de media hora, Enna sabía lo suficiente sobre los Dietrichsen como para descartar dificultades financieras. La granja de caballos iba mal, pero los Dietrichsen compraban estiércol a los granjeros con ganado de los alrededores y luego lo esparcían en los campos de las granjas sin ganado. El viejo Dietrichsen había perfeccionado y ampliado su negocio, que se basaba en el hecho de que sólo se podía aplicar una cantidad limitada de nitrógeno por acre para proteger las aguas subterráneas. Debía de ser una especie de rey de los fertilizantes en la zona. Cualquiera que tuviera algo de lo que deshacerse no tenía que rogar a sus vecinos, sino que simplemente llamaba a Dietrichsen, que le asignaba el espacio que necesitaba.

Al menos esa era la conclusión de los análisis económicos que Enna había encontrado en el cajón del escritorio. Lo que no reflejaban eran los fracasos, envidias y resentimientos que acompañan a cualquier negocio de éxito. Había una excepción: hacía seis años, alguien había denunciado anónimamente a Dietrichsen a Hacienda. Viola guardaba los documentos en una bandeja de plástico sobre su escritorio, aunque el caso hacía tiempo que se había cerrado. ¿O no? En este mundo nada ocurre por casualidad. En la misma bandeja, Enna encontró una copia notarial de una

inscripción en el registro de la propiedad, según la cual Dietrichsen era copropietario de la finca de un tal Schepker. También contenía una consulta de un periodista de Bremen preguntando si la granja de Schepker estaba en venta. Enna hizo una foto de la carta.

Era hora de salir de casa. Enna corrió a la cocina, donde encontró la ventana abierta – sólo un poco, pero lo suficiente para que la señora Dietrichsen pensara después que se había olvidado de cerrarla. Enna se subió al alféizar, se dio la vuelta y se deslizó lentamente hacia abajo, con el vientre contra la pared de la casa.

Choque. Al soltarse, parece que tiró un jarrón al suelo de la cocina. El ruido atrajo a Onno, que saltó hacia ella ladrando. Enna aterrizó a salvo y calmó al perro. No la delataría. La acompañó hasta la puerta, que estaba abierta.

En ese momento, se acercó un Peugeot negro.

El coche se detuvo delante de la puerta. Maldita sea. Enna buscó a tientas su carné de identidad, pero lo dejó en el bolsillo. Tal vez averiguaría más cosas sin él. Se apeó un hombre. Aparentaba unos cuarenta años, tenía el pelo grueso y rizado y cejas prominentes. Llevaba un maletín anticuado que le habría venido bien a Neuhof.

«¡Eh!», gritó.

¿Eh? ¿Qué clase de saludo era ese? La matrícula del coche empezaba por «HB», pero nadie de Bremen saludaría así a alguien.

«Hola», respondió Enna.

«¿Es usted Viola Dietrichsen?», preguntó el hombre.

Enna dudó. ¿Y si era ella? ladró Onno con fuerza. Pero no podía hacerse pasar por otra persona. El mero hecho de estar detrás de la verja, en lugar de delante, como el hombre, era ilegal. Buscó a tientas su identificación.

«Usted debe de ser Viola Dietrichsen», dijo el hombre. «Siento haberle hecho esperar. Hemos hablado varias veces por teléfono».

Maldita sea. Así que no conocía su cara, pero conocía su voz. O mejor dicho, la voz de la Sra. Dietrichsen.

El hombre metió la mano por un hueco de la verja, pero cuando Onno le dio un pequeño mordisco, la retiró rápidamente.

«¿Señorita Dietrichsen? He venido hasta aquí sólo para...»

Qué pena. ¿Por qué tenía que callarse en la parte más interesante? El hombre frunció el ceño y pareció intentar averiguar cómo hacerla hablar.

«Esperaba que mi advertencia le hiciera entrar en razón. Pero creo que me equivoqué».

Métete tu advertencia donde no brilla el sol, pensó Enna, pero se abstuvo de pronunciar la frase. Viola Dietrichsen necesitaba ayuda. ¿Para qué? ¿Y por qué no había acudido a la policía? Georgina, ¿era esa la advertencia? Pero no tenía nada contra ese hombre. Enna memorizó su número de matrícula.

«Sra. Dietrichsen, la verdad saldrá a la luz, incluso si permanece en silencio. Especialmente si permanece en silencio».

¿Qué verdad? Tal vez él la revelaría si ella se mantenía firme.

«Muy bien. Se lo he advertido. Ya verá lo que pasa».

El hombre regresó a su coche y subió. Luego bajó la ventanilla.

«Última oportunidad. Si me voy ahora, nos encontraremos de nuevo en circunstancias diferentes. Realmente no quiere eso».

Tenía razón. Era su última oportunidad de oír lo que él tenía que decir, con voz o sin ella. No sonaban tan diferentes, ¿verdad? «¿De qué verdad está hablando?», intentó ella.

«Usted no es Viola Dietrichsen», dijo el hombre inmediatamente. «Mierda. ¿Qué clase de mierda es esta? ¡No conmigo! Dígale a su amiga que no puede tratarme así».

Enna abrió la puerta. Aquello era una clara amenaza. Tenía que detener al hombre y llevarlo a comisaría para interrogarlo. Pero él fue más rápido. El Peugeot arrancó. Mientras Onno se escabullía por el hueco de la verja y corría hacia el coche, el desconocido ponía la marcha atrás y giraba en U de golpe. Onno saltó a la puerta del conductor e intentó entrar por la ventanilla abierta, pero el hombre le empujó hacia atrás.

«¡Maldito perro!»

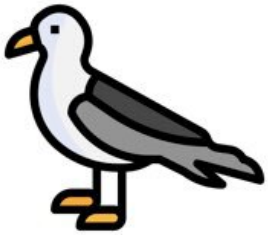
¿Seguro que no...? El Peugeot aceleró hacia delante unos metros mientras el perro lo rodeaba, antes de empezar a correr en círculos, ladrando furiosamente.

«¡Onno, ven aquí, ahora!»

O se trataba de un milagro o el joven perro había recobrado repentinamente la cordura. En cualquier caso, el animal la escuchó y vino corriendo hacia ella mientras el Peugeot pasaba por el lugar donde acababa de ladrar al vehículo.

Espera, bastardo. Enna anotó el número en su smartphone. ¿Debía informar a Pavel de inmediato? No, hoy era domingo. Enna negó con la cabeza. De todos modos, mañana se verían en la oficina. Llevó a Onno detrás de la verja, se despidió de él rascándole detrás de las orejas y se fue a casa.

Capítulo Seis



«¡Moin! Ha llegado algo para usted», dijo Berger cuando Pavel pasó por delante de su mesa.

«Moin Moin» respondió Pavel, que significaba *buenos días, ¿qué pasa?*

Berger le tendió un sobre marrón. Pavel lo cogió y leyó el remitente. *Raphael Montefalcone*. Cierto, ¡había algo! Su viejo amigo de la época en que trabajaba en el Departamento de Policía Criminal del Estado en Kiel probablemente había analizado por fin las muestras del viejo granjero Dietrichsen, para las que nadie aquí había estado dispuesto a darle presupuesto. Probablemente con razón – se había convencido personalmente de que todo lo relacionado con el suicidio estaba en orden.

Entró en el despacho que compartía con Enna. Su compañera ya estaba sentada frente al ordenador.

«Hola», la saludó.

«Hola».

Hoy ha vuelto a decir lo que pensaba. Qué bonito juego de palabras. Le gustó la idea y sonrió.

«Oh, ¿qué he hecho yo para merecer una sonrisa?», preguntó.

«Sólo estaba...» No, no era el momento de ser totalmente sincero. Koopmann le había explicado hacía poco el concepto de la mentira piadosa. No es que él no lo supiera ya, pero era una información importante que ella no sólo aceptara una mentira así,

sino que la deseara conscientemente. Prefería que le mintieran si era por su propio bien.

«Bueno, me alegro de verla después del fin de semana largo», intentó.

Todavía no se le daba muy bien. Se dio cuenta inmediatamente por la sonrisa de Enna.

«Buen intento», dijo ella. «Y si puede hacerlo aún más discretamente, especialmente con más fluidez, probablemente ni siquiera me daré cuenta la próxima vez».

«Lo siento, Enna. Sólo pensé... Quería que se alegrara de que conseguí sonreír».

«Lo ha hecho muy bien», dijo Enna. «El gesto en sí cuenta».

Intentó buscar señales de una mentira piadosa en su rostro, pero no encontró ninguna. Bueno, eso no significaba mucho. No se conocían desde hacía mucho tiempo, y él no podía pasarse cada minuto de su trabajo juntos estudiando la cara de su colega.

«Gracias», dijo. «¿Averiguó algo de Viola Dietrichsen?»

«Yo, bueno, tengo una confesión que hacer». Los dedos de Enna jugaron entre sí.

«Transmitió el conocimiento del crimen, aunque yo...»

«No, registré en secreto la casa de Dietrichsen».

«Oh». Fuera lo que fuera lo que había encontrado, no podían usarlo. Ni siquiera se les permitía ponerlo en los archivos si no querían arriesgarse a que un abogado contrario hiciera un caso de ello.

«¿Sólo oh?»

«Creo que sabe lo que eso significa, Enna. Pero eso no significa que desapruebe esos métodos en principio. Sólo que no deberían pillarla usándolos. Eso no ha pasado, ¿verdad?»"

Enna hizo una mueca, y no era una sonrisa.

«¿La han pillado?»

Enna asintió.

«¿Quién?»

«Berger pasó antes la matrícula de su coche por el ordenador. Pertenece a un tal Martin Jäger. El hombre trabaja como periodista independiente en Bremen, donde vive».

«El nombre no significa nada para mí».

«Encontré una consulta suya en el escritorio de Dietrichsen, preguntando si la granja Schepker estaba en venta».

«¿Schepker?» Pavel recordó la historia que le contó la anciana señora Winkelmann. Era el granjero del que se decía que había vendido su alma al diablo.

«Sí. Yo tampoco sabía nada de él, pero el viejo Dietrichsen está registrado en el catastro de la finca Schepker».

Poco a poco fueron surgiendo algunas piezas del rompecabezas. A Pavel le encantaba el momento en que las primeras piezas empezaban a encajar. Aún no estaría claro si representaban una chimenea, un tubo de escape o una tubería de alcantarillado, pero tenía la sensación de que resolverían el caso.

«Pasé por la granja Schepker cuando volvía de donde mataron a Georgina. El camino hacia el bosque pasa justo al lado. Pero la granja parecía desocupada».

«No me sorprende», dijo Enna. «Nunca he oído hablar de ese Schepker, y llevo mucho tiempo en Fleetstedt».

«La señora Winkelmann, de la granja de enfrente, me contó que Schepker vendió su alma al diablo, pero luego incumplió el trato y perdió a toda su familia».

«Las cosas que dicen las viejas», dijo Enna. «Las historias de fantasmas son perfectas para las largas tardes de invierno».

«Me gustaría investigar la historia de Schepker», dijo Pavel. «¿Sabe si hay una biblioteca aquí?»

«Por supuesto. Hablando de eso, Dietrichsen hizo una cita por teléfono con una persona desconocida para reunirse en la biblioteca».

¿Otra coincidencia? ¿U otra pieza del rompecabezas?

«¡Bueno, entonces será mejor que se lo pregunte a la Sra. Dietrichsen ahora mismo!»

«¿Usted cree?»

Pavel intentó sonreír. «Claro que no. Era una broma».

«Ah, bien».

«Y yo probablemente debería hacerle una visita a ese periodista», dijo. «No debe pasar delante de sus narices».

«Pero entonces podría descubrir que me pilló en casa de Dietrichsen».

«No se preocupe por eso. Sólo alegaré que lo filmaron cerca de la granja y tengo que interrogarlo como testigo. Berger puede llevarme».

«¿Y qué haré yo mientras tanto?»

«Investigará en la biblioteca».

Enna hizo una mueca. No lo entendía. ¿Qué podía haber peor que rebuscar en viejos archivos? Habría cambiado su tarea sin pensárselo dos veces.



¡Querido Waldemar!

Era extraño que se dirigieran a él por ese nombre. Pero Raphael y él habían ido juntos a la escuela. Era el único al que aún se le permitía llamarle así. Al menos no usaba «Waldi», con el que los matones se burlaban de él.

Por fin he tenido tiempo para el prometido análisis toxicológico de las muestras que me enviaste. En primer lugar, no hay ninguna razón para creer que la persona en cuestión no se suicidó. No pude encontrar una sola sustancia que pudiera ser directamente responsable de su muerte.

Pavel se echó hacia atrás. Por un lado eran buenas noticias, porque había clasificado correctamente la muerte del viejo Dietrichsen. Tener que iniciar una nueva investigación semanas después de los hechos no sólo sería embarazoso, sino que causaría todo tipo de problemas, empezando por las pruebas. Por otra parte, se había dejado engañar por sus instintos, sus instintos criminales,

en los que depositaba mucha fe. No en un sentido esotérico. No podía adivinar quién habría sido el culpable. Pero estaba seguro de que su cerebro ordenaba inconscientemente los hechos más rápido de lo que él se daba cuenta, y que su subconsciente le enviaba entonces las señales apropiadas en forma de sentimiento. Por lo general, sólo necesitaba dos o tres piezas más del rompecabezas para dar sentido a todo el conjunto.

Siguió leyendo:

Aun así, fue una buena idea involucrarme en este caso. Pude detectar un nivel relativamente alto de hidrocarburos perfluorados, conocidos como PFC. El nombre es engañoso porque las moléculas ya no contienen átomos de hidrógeno, por lo que en realidad no son hidrocarburos. El hidrógeno se sustituye por átomos de flúor. Los PFC afectan al sistema inmunitario, la función reproductora y el metabolismo de las grasas. También se consideran cancerígenos. Pueden entrar en el cuerpo de una persona de varias maneras. Como son difíciles de descomponer, pueden estar presentes durante mucho tiempo. Los PFC también se utilizan, ilegalmente por supuesto, en el dopaje – ¿era tu víctima un atleta? – y en oftalmología y ventilación. Tu sabrás si debes descartarlos.

El viejo Dietrichsen ciertamente no era un atleta. Pero Pavel tendría que pedir su historial médico. El Dr. Sörensen podría darle esa información.

Hace unos años, hubo casos en los que se habían liberado PFC al medio ambiente en forma de sedimentos.

Pavel siguió leyendo. La frase le produjo un escalofrío.

¿Ha estado el sujeto expuesto a refrigerantes? Si es así, esa podría haber sido una forma de causar la contaminación encontrada. En general, creo que es poco probable. El sujeto no habría muerto pronto con la concentración existente. Sin embargo, las muestras de pelo muestran que la exposición había comenzado recientemente a aumentar más rápidamente. Eso podría haberle quitado algunos años de vida. No habría muerto por envenenamiento, sino por daños secundarios, como una gripe más grave causada por una inmunodeficiencia.

Era un cuadro bastante específico el que Raphael estaba pintando. Obviamente, alguien había estado alimentando al viejo granjero con PFC durante algún tiempo. Podía haber sido cualquiera: el médico, la enfermera que Pavel no había vuelto a ver, la hija, pero también cualquier visitante que pudiera acceder al agua potable de la granja. Muchos granjeros de las afueras de Fleetstedt aún tenían sus propios pozos.

Siento no poder decirte más. Ah, una cosa más. También lo verás en la lista adjunta: La proporción de mezcla de los PFC es inusual. Los contaminantes conocidos eran muy diversos. Pero sobre todo había tetrafluorometano. Más aún cuando calculo las distintas vidas medias y productos de desintegración. Llego a una cifra estadísticamente significativa de más del noventa por ciento de CF4. Esto

significa que la contaminación por algún tipo de residuo no es muy probable. Los residuos que contienen PFC rara vez son tan limpios, así es su naturaleza. Tu mismo puedes juzgar lo que eso significa desde el punto de vista criminológico.

Podía hacerlo. Obviamente, alguien le había dado tetrafluorometano deliberadamente al viejo granjero. Si podían averiguar cómo había sucedido, tendrían al culpable. La gran pregunta, por supuesto, era qué tenía que ver todo esto con los asesinatos de ovejas.

Me temo que no puedo decirte más que eso. Si alguna vez vuelves a Kiel, ¿por qué no te pasas por aquí? Te llevaré al restaurante de mis padres.

Los padres de su viejo amigo regentaban una próspera pizzería en la capital del Estado. Desde que lo conocía, Raphael siempre lo invitaba a la pizzería, pero nunca se había atrevido a ir. Pavel dejó la carta a un lado. Debajo estaba la lista prometida. En la parte superior había varias fórmulas. Los PFC eran fácilmente reconocibles por la "F" de flúor.

Estupendo. Volvió a meter la carta en el sobre y miró a su alrededor. Enna estaba volviendo a colgar el teléfono.

«¿Enna? Parece que podemos hacer una visita oficial a la granja de los Dietrichsen, y esta vez llevar a la caballería con nosotros».

Enna se volvió hacia él y él le explicó lo que acababa de aprender.

«¿Debería avisar al laboratorio criminalístico?»

«Sí, por favor. La orden no debería ser un problema».

Pavel aún no conocía muy bien al fiscal local. Pero sin duda se cumplían las condiciones para un registro según el artículo ciento

tres de la Ley de Enjuiciamiento Criminal.

«¿Y la biblioteca?», preguntó Enna.

«¿La biblioteca?»

«Dietrichsen y su amiga desconocida quedaron en encontrarse allí. Supongo que en la biblioteca de Bruckel».

«¿Y eso por qué? ¿No tiene Fleetstedt una biblioteca municipal?»

«Sí, está en la antigua iglesia. Pero las granjas que nos interesan están en Bruckel. Llamé allí y la archivera tenía hoy una cita abierta en su agenda».

«¿Tienen su propio archivero?» Bruckel era un pequeño pueblo a las afueras de la ciudad.

«No está empleada. La mujer lo hace en su tiempo libre».

«¿Por qué no va allí ahora? ¿Quién sabe cuándo volverá a tener tiempo para nosotros? Yo me encargaré de la búsqueda».

«¿Y el periodista?»

«Probablemente tendrá que esperar hasta mañana».



«Una oveja, señor».

«¿Me está tomando el pelo? Eso son daños a la propiedad. ¿Quiere que registren al agraviado por eso? Quizá es lo que hacen en Kiel, pero aquí ejercemos cierta discreción».

El fiscal Paul Müntefering era un ignorante. Pavel había explicado claramente las numerosas pruebas de que disponía. El objetivo del registro era encontrar pruebas de un delito y/o incautarse de los medios utilizados para cometerlo. También tenían pruebas concretas de que se podían encontrar tanto rastros como pruebas en la propiedad de Dietrichsen.

«En primer lugar, la violación de la Ley de Bienestar Animal es un delito. En segundo lugar, también es importante aclarar las circunstancias en las que murió el viejo Dietrichsen. Al fin y al cabo, estamos hablando de agresión e intento de asesinato».

«Pero Dietrichsen eliminó esos cargos suicidándose. El caso está resuelto, Neuhof. Usted mismo lo escribió en su informe».

«Eso es correcto. Pero nunca habría cerrado mi investigación si hubiera recibido un informe toxicológico».

«Que ahora tiene de un laboratorio no acreditado en Kiel. ¿Tiene idea de lo que podemos hacer con estas supuestas pruebas?»

«Bueno, las muestras no están agotadas. El Instituto de Medicina Forense siempre puede...»

«Olvídelo, Neuhof. Sigue tratándose de una perjudicada a la que quiere crearle problemas además del dolor de su pérdida».

«No le estoy creando problemas a nadie. Se trata de resolver un caso».

«No cree que Viola mató a sus ovejas ella misma, ¿verdad?»

Ahí estaba. El fiscal conocía a Dietrichsen en privado y por eso la estaba protegiendo. Pavel ya no necesitaba discutir con él. Era inútil continuar esta conversación, así que colgó.

Mierda. El fiscal probablemente se tomaría como una afrenta que les hubiera ahorrado a ambos un importante tiempo de trabajo. Pero ya era demasiado tarde. Pavel se quedó un momento mirando el teléfono fijo, pero no sonó.

«¿Berger?», llamó. «¿Puede venir aquí, por favor?»

Berger atravesó la puerta abierta del despacho compartido y se sentó en la silla vacía de Enna. ¿Se sentaba el sargento en su silla cuando no estaba Pavel? A menudo se había preguntado por qué el respaldo estaba todo mal, pero siempre había culpado a la limpiadora. Él la respetaba y no le reprochaba que pasara los descansos en su cómodo sillón. Su madre se había ganado la vida como limpiadora. ¿Pero Berger? Pavel sintió un escalofrío. Le caía bien su colega, pero se sentía incómodo sólo de imaginar el calor del cojín del asiento procedente del cuerpo de otra persona.

«¿Qué pasa?» Berger preguntó. «¿Está usted bien?»

Pavel intentó sonreír. ¡Su colega no estaba sentado en su silla, sino en la de Enna! Todo estaba en su cabeza.

«Espere, le traeré un vaso de agua». Berger se levantó y fue al dispensador de agua del pasillo. Se oyó un gorgoteo y volvió con un vaso, que entregó a Pavel. Por desgracia, Pavel nunca bebía en vasos de plástico, pero si no quería ofender a Berger, tenía que dar

un sorbo. Se llevó el plástico a los labios, tragó rápidamente y lo dejó sobre el escritorio.

«Gracias, estoy bien», dijo. De nuevo, todo esto ocurría en su cabeza, lo que le molestaba porque era ilógico. Las bacterias eran buenas e importantes para el sistema digestivo. Pavel tragó saliva. «Tenemos que ir a casa de los Dietrichsen».

«¿Hay alguna noticia sobre la oveja?» preguntó Berger.

«Me temo que no. Tendremos que registrar la casa sin registrarla».

Berger enarcó ambas cejas, haciéndole parecer un búho. «¿Müntefering está en contra de solicitar una orden de registro?»

«Exactamente. ¿Ha hecho esto antes?»

«Sí. Su predecesor también se quejaba de ello».

Eso le tranquilizó. Tales conflictos solían tener su origen en la personalidad de Pavel, al menos eso le habían dado a entender, aunque era posible que también hubiera que tener en cuenta la personalidad de la otra persona. Kettler era un caso así. Pero, ¿quién tenía derecho a definirse como normal?

«¿Hay algo que se pueda hacer al respecto?» preguntó Pavel.

«Bueno, si tenemos un sospechoso que no sea de aquí, sería más fácil. Müntefering probablemente cree que tiene que proteger la paz social».

«Pero sólo para los locales, ¿o qué?»

Berger se encogió de hombros. «Tal vez sólo es perezoso y utiliza la paz social como excusa».

Eso tenía sentido. Berger era listo, pero no discutía con él como los demás. A Pavel le gustaba trabajar con él. Pero sería aburrido sólo con él en el equipo.

«¿Ha hecho esto antes?» preguntó Pavel.

«¿Qué cosa?»

«Un registro sin orden judicial».

Berger sonrió. «Por supuesto que no. Nunca jamás».

«Respuesta perfecta, Berger. Entonces: uno interroga a Dietrichsen, el otro inventa una excusa para salir de la habitación».

«¿Quién asume qué papel?»

«Seremos flexibles – a veces uno, a veces el otro».

«¿Quiere que yo interrogue a Dietrichsen?»

«Sí, también, Berger. Usted puede hacerlo. Sólo una conversación casual. Ya sabe, soy muy malo en ese tipo de cosas».

Berger asintió. Pavel tuvo que sonreír, pero no estaba seguro de que se le notara.

«¿Qué estamos buscando?»

Una buena pregunta. «El viejo Dietrichsen tenía restos de PFC en su organismo. Son productos químicos tóxicos que deben haber sido introducidos en su cuerpo de alguna manera. Estamos buscando rastros de ellos». Pavel metió la mano en el cajón de su escritorio, donde guardaba varias jeringuillas viejas sin aguja. Le entregó tres a Berger y se guardó tres en el bolsillo. «Si hay algo que parezca sospechoso, las jeringuillas sirven para tomar una muestra».

Berger miró asombrado las jeringuillas, pero asintió y se levantó de la silla de Enna.



Algo iba mal en el portón de la granja de los Dietrichsen. Pavel podía verlo desde lejos.

«Hay algo colgando del portón», dijo Berger.

El objeto era casi tan alto como un hombre. Mientras el BMW avanzaba por el camino de entrada, Pavel se dio cuenta de que estaba cubierto de pelo. Era una oveja. Tragó saliva y respiró hondo. La cabeza y las patas colgaban inertes. El animal estaba muerto. Su asesino lo había atado con bridas a los travesaños de la verja.

«Llame de inmediato al técnico de la policía científica», dijo Pavel.

«¿Y también a Kettler?»

«No. Sólo nos dará problemas otra vez».

Pavel se acercó a la verja. Detrás, Onno, el perro de la granja, no paraba de saltar sobre el metal. Sus ladridos sonaban roncos.

«No pasa nada», dijo Pavel. «Ya estamos aquí y nos aseguraremos de que no pase nada más».

Milagrosamente, el perro le hizo caso y se quedó quieto detrás de la verja. Jadeaba.

¿Cuánto tiempo llevaba ladrando? Dietrichsen no tenía vecinos inmediatos que se quejaran del ruido. Esa era una gran desventaja cuando se investigaba en el campo. En la ciudad casi siempre había testigos.

Obviamente, la dueño de Onno no estaba en casa. Enna había mencionado algo sobre la biblioteca. Había pasado algún tiempo desde entonces. ¿Con quién podría haberse reunido allí? El pensamiento se desvaneció cuando los ojos de Pavel se posaron en la última víctima, la tercera. Ahora Viola Dietrichsen tendría que reconocer a la primera víctima. Con suerte, ahora hablaría con ellos.

Pobre animal, pensó. No podía elegir dónde había nacido, y ahora un humano lo había utilizado para enviar una advertencia – no, una amenaza. Una amenaza seria.

Pavel se puso guantes desechables y examinó al animal. La herida sangrante del cuello le resultaba muy familiar. Los lazos de cremallera alrededor de las patas traseras también los habían encontrado en Georgina. ¿Era posible que la segunda víctima también hubiera sido colgada de la verja? Tal vez Viola Dietrichsen la había visto allí y le había pedido al Dr. Sörensen que la trasladara al centro del prado para que la amenaza fuera menos llamativa. ¿Por qué? Porque Viola Dietrichsen estaba siendo chantajeada. Podía haber dos razones por las que no acudió a la policía: miedo al chantajista, que había mostrado sus intenciones de forma sangrienta – o remordimiento de conciencia por el tema del chantaje.

Pavel se limpió los zapatos en la grava ensangrentada para poder examinar el suelo. La grava estaba recién esparcida, y sólo alrededor de la puerta. ¿Por qué no se habían dado cuenta antes? Por supuesto, la policía científica sólo había inspeccionado los lugares del prado y el bosque. Seguro que había más restos de sangre allí.

En ese momento llegó Viola Dietrichsen. Un coche de color oscuro se detuvo en la entrada, pero inmediatamente dio la vuelta. El conductor debía de haber visto el coche de policía. Por un momento, Pavel pensó en seguir el coche, pero luego se imaginó en el asiento del copiloto durante la persecución y decidió no hacerlo.

Enna había observado la matrícula de un coche de color oscuro. Era igual que éste, así que no se trataba de Viola.

Como por casualidad, un ciclomotor viejo entró en el camino de entrada con un traqueteo. La larga melena de la motociclista ondeaba al viento. No llevaba casco, que era obligatorio, ni ropa protectora, que podría salvarle la vida en caso de accidente, ni siquiera a dieciocho kilómetros por hora. ¿Cómo podía ser tan estúpida?

Pavel corrió hacia ella y levantó el brazo. Viola Dietrichsen se detuvo delante de él, mientras Onno empezaba a ladrar con fuerza detrás de la verja.

«Sí, lo sé», dice Dietrichsen, señalando el casco en el perchero detrás de ella. «Hace una brisa tan agradable ahora mismo, y me encanta cuando mi pelo ondea libremente al viento. ¿No lo entiende, oficial?»

«No soy agente de tráfico».

«Entonces, ¿por qué me detiene aquí, tan cerca de mi jardín?». Dietrichsen apagó el motor y dejó el ciclomotor en el caballete.

«Lo siento, pero no puedo dejarla entrar ahora».

«¿Qué ha pasado? ¿Le ha pasado algo a Onno?» Dietrichsen se balanceaba de un lado a otro, intentando distinguir algo, pero él copiaba sus movimientos, bloqueándole la vista. A veces era útil ser tan alto.

«Su perro está bien».

«Bueno, gracias a Dios».

«¿Por qué está tan preocupado por él?»

«Mire, después del ataque a Georgina...»

«¿Qué le hace pensar que Onno también puede estar en peligro?»

«Siempre hace preguntas tan sutiles». La mujer estaba siendo evasiva. Pavel se lo esperaba. Se había decidido y no quería hablar con él. «¿No se me permite preocuparme por mi perro estos días? Será mejor que me diga qué pasa ahí delante».

De repente apareció en la calle la furgoneta de la policía científica. Eso fue rápido. Pavel saludó y apartó los ojos de Dietrichsen por un momento. Ella lo esquivó rápidamente. Pero no

se esperaba sus largos brazos. Le agarró una esquina de la chaqueta y la retuvo.

«¡No puede ir allí! ¡Es la escena de un crimen!»

«¿Qué es eso que cuelga de la verja?»

Pavel dio la vuelta a la mujer para que le mirara. Tenía los ojos muy abiertos. Estaba claro que siempre había sabido lo que colgaba de su puerta. Pavel casi sintió lástima por ella. Casi, porque también estaba seguro de que Dietrichsen sabía quién había maltratado a la desdichada criatura. El hecho de que siguiera callada le hizo sudar las palmas de las manos y acelerar los latidos de su corazón. Aunque su mente estaba acelerada, su cuerpo estaba furioso con aquella mujer. Tenía que tener cuidado de no expresar esa rabia agarrándola más fuerte de lo necesario para mantener la escena del crimen intacta para los forenses.

«Hola, Pavel», le saludó Maria Doldinger. «Está de suerte: acabo de llegar de otro sitio».

Se sobresaltó porque había estado muy concentrado en Dietrichsen. María pasó junto a él con su pesada maleta. Llevaba un traje blanco desechable.

«¿Igual que la última vez?», preguntó.

«Eso parece», dijo Pavel.

«¿Qué quiere decir?», preguntó Dietrichsen.

«La víctima es una oveja», explicó Pavel.

«¿Quiere observar?» preguntó María. «He traído un traje para usted».

Pavel señaló a la señora Dietrichsen.

«Berger puede vigilarla».

Pavel negó con la cabeza. Por supuesto, podía dejar a Dietrichsen en manos de Berger. Berger no tenía nada que hacer en ese momento y estaba sentado al volante del coche, moviendo la cabeza. Pero Pavel no quería ver más. Ya había tenido bastante por hoy.

«¿Podría calmar al perro, Sra. Dietrichsen?», preguntó Doldinger.

«¿Qué? ¿Qué?» Dietrichsen sonaba aterrado.

«El perro, Onno», explicó Pavel. «No para de ladrar y la policía científica no puede concentrarse en su trabajo».

«¡Ah. Onno, está bien! Enseguida voy!»

El perro ladró una vez más, como en señal de confirmación, y luego se sentó.

«Gracias, Sra. Dietrichsen», dijo la policía científica.

«Berger, ¿viene?» dijo Pavel. Era el momento de la búsqueda. Con suerte, Berger recordó lo que habían acordado.



Volvieron a sentarse en la cocina. Esta vez la granjera no le ofreció café. Caminó arriba y abajo por la habitación de techos bajos. Pavel cerró la ventana. Un jarrón roto yacía en el suelo frente a él. Entre los fragmentos, vio una sola rosa roja. A Viola Dietrichsen no pareció importarle. Comprendió que quisiera saber cuál de sus ovejas había muerto esta vez. No entendía por qué no le decía lo que estaba pasando. Pavel tenía los medios para detener la matanza.

«¿Puedo preguntar de dónde viene?»

Tal vez pudiera calmarla. Además, tenía que ganar tiempo porque Berger se había excusado alegando dolor de estómago. Se suponía que estaba en el baño. En realidad, estaba hurgando en la casa, buscando los productos químicos que habían envenenado al viejo Dietrichsen. Los dos casos estaban definitivamente conectados. Uno había acabado con la muerte de Dietrichsen, y el otro estaba a punto de tener un final similar. La tarea de Pavel era ponerle fin con la menor violencia posible. Sería más fácil si Dietrichsen cooperaba.

«Fui de compras», dijo, lo cual era mentira.

«No llevaba bolsa».

«Sólo unos cigarrillos».

Se metió la mano en el bolsillo y sacó un paquete de Marlboro. En su última visita, no había indicios de que fumara.

«¿Quiere uno?» preguntó Dietrichsen.

«No, gracias. Sabe que fumar mata».

«Lo sé. A veces así es».

Dietrichsen se acercó a la ventana, pisando descuidadamente los cristales rotos, y abrió ambas ventanas. Encendió un cigarrillo y

expulsó el humo al exterior. Parte del humo seguía llenando la habitación como una nube ondulante. El humo hizo cosquillas en la nariz de Pavel.

«¿Qué es lo que está pasando?», preguntó Pavel.

El tabaco brillaba. Dietrichsen se encogió de hombros. Miró al exterior, donde Onno yacía a la vista de todos. El perro movía amistosamente el rabo, aunque el equipo forense seguía trabajando cerca.

«No va a parar por sí solo».

«Lo sé. Voy a...»

«¿Vas a...?»

«Nada. No lo entiende».

Dietrichsen apagó el cigarrillo a medio fumar en el alféizar de la ventana y lo tiró. «¿Qué?», le espetó. «Esta es mi casa y mi propiedad. Nadie me la va a quitar».

Su reacción fue sorprendente. Pavel no había dicho nada, y el hecho de que su rostro rara vez mostrara emoción solía ser un problema. ¿Se trataba de la granja? Pero las cifras de las cuentas bancarias eran positivas.

«Hace unos años, según nuestras investigaciones en la Agencia Tributaria, alguien la denunció de forma anónima», aventuró.

Dietrichsen resopló. «¿Me está investigando? Yo soy la víctima, inspector jefe».

Algo crujió por encima de él. Era evidente que Berger había subido al segundo piso. Dietrichsen, sin embargo, no parecía haberse dado cuenta del ruido, o al menos no se lo hizo saber. Si vivías en una antigua granja como esta, probablemente oías crujir las vigas todo el tiempo.

«Se trata de una investigación rutinaria. Es rutinario que examinemos más de cerca la situación. ¿Qué salió de la denuncia?»

«Nada, por supuesto. Tuvimos una auditoría y muchos problemas, pero al final no tuvimos que pagar ni un céntimo más. Se me dan muy bien las matemáticas, usted sabe».

Muy bien. Probablemente no valía la pena preguntar a Hacienda. Cualquiera que tuviera éxito, incluso con estiércol, tenía vecinos envidiosos.

Pavel tosió. «¿Podría tomar un vaso de agua?»

Su anfitriona cogió sin decir palabra un vaso azul del armario, dejó correr un poco el grifo y le sirvió un poco.

«Bebe agua del grifo, ¿verdad? Es nuestra. ¡De la mejor calidad!»

«¿Y la contaminación por nitrógeno?»

«No hay que creer todo lo que se lee en los periódicos. Nuestro pozo se analiza todos los años. Todo está bien».

Pavel le cogió el vaso, se lo llevó a la boca y bebió un sorbo. Aunque el agua estuviera envenenada, su sabor era excelente, mejor que el de la comisaría de Fleetstedt.

Llamaron a la puerta, que se abrió un momento después. Doldinger estaba en el umbral.

«Sólo quería hacerles saber que hemos terminado. Nos llevamos al animal con nosotros».

Viola Dietrichsen se levantó y corrió hacia la puerta. «El animal es mío. ¿Seguro que puedo opinar?»

«Lo siento, pero tenemos que confiscarlo como prueba», dijo Pavel. «Quiere que encontremos al culpable, ¿no?»

«Al menos déjeme echarle un vistazo. Necesito saber cuál de mi rebaño ha desaparecido».

«Está bien», dijo Pavel.

«Vamos», dijo Doldinger.

Berger se reunió con ellos en el pasillo. «Me temo que yo también tengo que ir al baño», dijo Pavel.

«Haga lo que tenga que hacer. Yo esperaré en la puerta», dijo Dietrichsen y salió de la casa con la policía científica.

Haga lo que tenga que hacer. La mujer sospechaba que iban tras ella.

«Estuve en el sótano y brevemente en el segundo piso», susurró Berger. «Hay una gran colección de vino en la bodega. Probablemente unas cien botellas».

¿Vino? Eso no era habitual. La gente de por aquí prefería el té o la cerveza.. «¿Consiguió una muestra?»

«Sí, jefe. Abrí una botella».

«Muy bien. ¿Y arriba?» Pavel señaló al techo.

«Una especie de cuarto de costura y lo que parece ser un dormitorio sin usar. Nada para nosotros».

«Bien, sal. Echaré otro vistazo al baño».



Pavel salió de casa poco después. Llevaba muestras de agua potable, pasta de dientes y enjuague bucal en el bolsillo de la chaqueta.

Los demás esperaban en la puerta. Se agachó y fingió atarse los cordones. En realidad estaba tomando una muestra de tierra y metiéndola en una bolsita.

«Sin duda recuperarán a Waltraut», dijo Maria Doldinger. «Pero, por desgracia, no será posible hasta que se cierre este caso».

Así que este es Waltraut. El maquillaje de Viola Dietrichsen estaba corrido. Notó suciedad en sus rodillas. Aparentemente se había desmayado por un momento.

«¿Va a estar bien?», preguntó Pavel. «Podemos enviar a un psicólogo».

«Gracias, pero no es necesario. ¿Quién podría ser tan cruel como para hacerle esto a un animal inocente?»

La gente podía ser realmente cruel. Pavel estaba convencido de ello. Sólo dependía de las circunstancias.

«Encontraremos al culpable», dijo. «Pero sería más fácil si nos ayudara».

«Le estoy ayudando», dijo Viola Dietrichsen. «¿O creía que no me daría cuenta de que su colega husmea en mi casa? Sólo espero que haya encontrado lo que buscaba».

A Pavel se le calentó la cara. Se sentía como el pequeño Waldemar, cuando unos chicos más grandes le habían metido un paquete de chicles Wrigley en el bolsillo de la chaqueta y luego lo habían denunciado al tendero. Extrañamente, en lugar de sentirse enfadado con los matones, se había sentido culpable, la culpa de un ladrón.

Maria Doldinger se marchaba con su equipo. Onno manoseó a Pavel. Tenía un palo en la boca y probablemente buscaba un lanzador dispuesto.

«¿María? Espere, tengo que darle algo».

Pavel se apresuró a cruzar la verja hasta la furgoneta de la policía científica, donde puso las muestras recogidas en la mano de Doldinger.

«Por favor, compruebe si hay PFC. También la piel de oveja y las muestras de sangre, ¿lo hará?»

«Lo haremos. Tendrá los resultados mañana».

«¿Bajo la grava fresca junto a la puerta...?»

«Tenía razón, Pavel. Ahí es donde Georgina perdió más sangre».

No es de extrañar que no hubiera rastro de Viola Dietrichsen donde se había encontrado a la segunda víctima. El doctor Sörensen la había trasladado allí.



«¿El mismo procedimiento que antes?» preguntó Berger mientras aparcaba el coche delante del despacho de Sörensen.

«El mismo procedimiento». Pavel salió del coche.

Estaban delante de un edificio industrial de dos plantas con un cartel sobre la entrada que decía *Centro médico*. El despacho de Sörensen estaba en el primer piso, según el cartel del timbre.

«Hola. Me temo que hoy no atendemos a nadie», dijo la recepcionista.

«A nosotros sí». Pavel sacó su identificación. «Necesito ver al médico, por favor. No tardará mucho».

«Está con un paciente ahora mismo. ¿Le gustaría esperar en la habitación de allí?»

Pavel negó con la cabeza. «¿Ha estado el doctor fuera de la oficina hoy?»

«Voy al baño», dijo Berger. Pavel se puso de pie para que la recepcionista no pudiera ver a su colega.

«Sí, claro», dijo la mujer. «Se toma un descanso para comer de doce a tres. Suele ir a correr a la playa durante ese tiempo».

«¿Hoy también?»

«Por supuesto».

«¿Cómo sabe que salió a correr?»

«Porque él me lo dijo».

«¿Así que no sale de aquí en chándal?»

«Por supuesto que no. El Dr. Sörensen conduce su coche hasta la playa y se cambia allí».

«Así que no sabe lo que hace durante su descanso para comer».

«No es asunto mío».

Pavel tuvo que aceptar. Pero también significaba que Sörensen no tenía coartada para el mediodía. Berger reapareció y sacudió la cabeza discretamente. Un joven entró por la puerta junto al mostrador y se alisó la camisa.

«Ya puede pasar», dijo la recepcionista.

«¡Un momento! Llevo esperando mucho más que esos dos», dijo un hombre mayor con perilla desde la sala de espera. Había un sombrero de cuero en la silla de al lado.

«Lo siento, Sr. Michelsen, pero estos dos caballeros son de la policía».

«Y yo soy el Emperador de China».

Pavel entró en el despacho. Berger le siguió y cerró la puerta.



«Hola, Dr. Sörensen», dijo Pavel.

«Hola», dijo Berger.

Ya se habían presentado, así que podían ponerse manos a la obra. Pavel sacó una silla de una mesa redonda de conferencias y se sentó frente al escritorio tras el que estaba el médico. Sörensen era un auténtico médico rural. El centro médico era de los años noventa, pero sin duda su padre y su abuelo habían ejercido en Fleetstedt antes. En las paredes había certificados que indicaban formación complementaria en cardiología y especializaciones en reumatología.

A un lado de la habitación había una estantería de aspecto antiguo con libros de medicina ordenados alfabéticamente. Todo era justo lo que a un paciente le gustaría ver.

«¿Qué puedo hacer por usted?», preguntó Sörensen, inclinándose hacia delante.

«La verdad». Pavel intentó sonreír para que no sonara como un ultimátum.

«Por supuesto. Tengo fama de decir la verdad a mis pacientes. Creo que la inmensa mayoría de la gente la soporta mejor que una bonita mentira que resulta ser una ilusión».

«Comparto su punto de vista», dijo Pavel. Enna había intentado convencerle de que no dijera la verdad a todo el mundo desde que empezaron a trabajar juntos. Pero no había sido del todo convincente, y ahora tenía un aliado inesperado.

Tal vez. Conocía a muy pocas personas que no distinguieran entre la verdad y si les gustaba o no.

Sörensen asintió.

«Conoce muy bien a la Sra. Dietrichsen», dijo Pavel.

«Supongo que usted, como yo, está obligado a la confidencialidad. Así que digamos las cosas como son: estamos durmiendo juntos».

«¿Pero no están en una relación?»

«Cualquier encuentro entre dos personas es una relación. Pero no estamos en una relación convencional, si se refiere a eso, con exclusividad y todas esas cosas que al final arruinan la diversión».

«¿Y la Sra. Dietrichsen piensa lo mismo?»

«Creo que sí. Pero no hablamos de ello. Hablar demasiado puede arruinar las cosas».

Sörensen era todo un filosofillo. Pero Pavel no creía lo que decía. Quizá él mismo lo creía, pero del mismo modo que la gente creía que la fe podía mover montañas. Los terremotos o las placas tectónicas podían mover montañas, y tal vez algún día un multimillonario americano construyera una excavadora gigante. Pero ni siquiera entonces bastaría con creer. Se necesitarían miles de millones de dólares.

«Por supuesto», dijo Pavel. «Pero no decir lo suficiente es igual de peligroso».

El médico bajó un poco la cabeza y luego le miró, como si esperara un ataque pero no supiera de dónde vendría. Y en cierto modo, tenía razón.

«Puede ser», dijo Sörensen. En su mente, Pavel vio al médico moviéndose, con las manos enguantadas por encima de la barbilla.

«¿Por qué no denunció la muerte violenta de la primera oveja?». preguntó Pavel. Fue un golpe directo, dirigido directamente a la cara de Sörensen sin la menor intención de engañar.

«Eso fue un error», admitió el médico. «Me di cuenta demasiado tarde de que estábamos en el terreno de la crueldad animal». Sörensen simplemente había esquivado su golpe, que había fallado.

«¿Y por qué fingió que habías encontrado a la segunda víctima en medio de aquel prado?». Pavel había arrinconado al médico al lado del ring y tenía curiosidad por ver cómo se defendería ahora.

«Viola me lo pidió».

Estaba tratando de desviar la atención. Era como si estuviera gritando, *«¡Mira ahí!»* al cuadrilátero para poder esconderse en otra esquina.

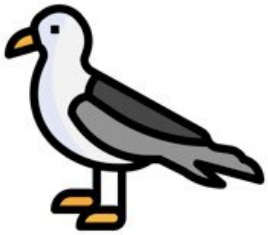
«¿Justificó su petición?»

«No habría sido necesario, pero sí, lo hizo».

Ahora Pavel tenía verdadera curiosidad por saber qué excusa se le ocurriría a Sörensen. «¿Y por qué lo hizo?», preguntó.

«Quería proteger a su hermanastro».

Capítulo Siete



«Dígame, ¿le conozco de algo?», preguntó el archivero.

Enna estaba sentada en un viejo pupitre de escuela que habían habilitado como atril. La silla procedía de una escuela primaria abandonada, según le había contado con orgullo Sontje Winkelmann. Al parecer, la biblioteca de Bruckel no sólo servía para guardar documentos antiguos, sino también como museo.

«¿Fue a la escuela en Fleetstedt?», preguntó Enna.

«Sí, ¿dónde más?»

«Ah, ¿entonces eres la niña rubia que solía jugar en la tiendecita del patio?»

Enna recordaba a Sontje. Siempre había sido la primera en la tienda de réplicas en cada recreo, vendiendo pasteles de arena por dinero para jugar. Eso era todo lo que sabía de ella. Ah, y había ido dos cursos por delante de ella, por eso Enna nunca se había atrevido a preguntarle si podía vender algo.

«Sí, siempre quise ser vendedora». La mujer se quedó pensativa mirando la estrecha ventana con la persiana bajada. Una estrecha franja de sol entraba a raudales.

«¿Pero no te convertiste en vendedora?»

«No, me enamoré de Otto en el décimo grado, y de repente me quedé embarazada, y luego fui ama de casa, y siempre había tanto que hacer en la granja ...»

Sontje Meier. Ahora lo recordaba. La notaria de Fleetstedt era su madre. Sí, había sido todo un escándalo, una embarazada de décimo curso. Su madre la había echado, pero los Winkelmann la habían acogido.

«¿Todavía vives en la granja?»

Sontje negó con la cabeza. «Otto y yo nos hemos separado. Tengo un pequeño apartamento en Bruckel y ayudo en la guardería. Otto también me ayuda, lo reconozco. Ahora es mi hijo quien está en décimo curso».

Enna no recordaba haber estado nunca en casa de los Winkelmann. Poseían una de las mayores granjas de la zona. Como heredero, Otto podía permitirse mantener a su ex mujer.

«Me alegro de volver a verte», dijo Enna.

Sontje sonrió. En sus mejillas aparecieron hoyuelos. «Yo también. Deberíamos tomar algo alguna vez. ¿Sigues yendo a Deichkante?»

Enna se sonrojó. Aquella mujer a la que conocía desde hacía poco tiempo recordaba, obviamente, sus años salvajes. Desde que tenía unos doce años, Enna se había sentido atraída por la animada multitud de la taberna. Aunque su madre le había advertido con regularidad – *te emborracharán, chica, y luego harán lo que quieran contigo* – nunca le había pasado nada. Eso se lo podía agradecer al estupendo dueño del Deichkante. De hecho, ya era hora de volver a arrastrar a Pavel hasta allí. Estaba claro que era capaz de pasárselo bien. Al menos con Berger y su casera.

«Deichkante, por supuesto. ¿Qué tal mañana?»

Las citas siempre tenían que ser inmediatas, o las buenas intenciones no durarían.

«¿Mañana? Tendré que comprobar mi calendario... No, estoy bromeando, ¡está bien!»

«¿A las diez?»

Sontje abrió los ojos. «¿Tan tarde? Normalmente me acuesto a las diez».

«Pero ya conoces el Deichkante...» Ninguna persona sensata iría a un pub como ese mucho antes de las diez. No tenía ningún sentido.

«¿Sabes qué? Tienes razón. Mañana a las diez». Sontje se dio la vuelta y empezó a irse, pero entonces se dio una palmada en la frente. «No has venido hasta aquí para quedar conmigo para el Deichkante».

«¿Quién sabe?» Enna batió las pestañas de forma teatral y sonrió rápidamente cuando Sontje se ruborizó. «Bromas aparte, tengo que investigar».

«¿Cómo qué?»

«Lo mismo que te preguntaron hoy».

«Oh, la extraña pareja del mediodía».

«¿Extraña pareja? ¿Puedes describirlos?»

«Eran el Dr. Sörensen y Viola Dietrichsen. Por extraña me refiero a la combinación. El doctor iba elegantemente vestido, y Dietrichsen olía como si acabara de llegar de los establos. Pero los dos se comportaban como si se conocieran muy bien, ya me entiendes, sobre todo cuando creían que nadie los miraba. Y aquí no hay un solo rincón que no esté a la vista».

Sontje señaló al techo, donde Enna vio varios espejos y dos ojos de cámara rojos y brillantes.

«¿Por qué tanta seguridad?»

«Una vez hubo una intrusión aquí. Lo que guardamos aquí es importante, por supuesto, para rastrear la propiedad de todas las tierras de la zona. A lo largo de los siglos ha habido muchas idas y venidas, y el registro de la propiedad es bastante reciente».

«Es muy emocionante».

«Sí, yo también lo creo. Cuando no tengo nada que hacer, saco un viejo volumen e intento descifrar los archivos».

«Supongo que no es fácil».

«No, entre la escritura antigua y el lenguaje anticuado... pero eso es lo que lo hace interesante».

«Entonces, ¿qué querían ver?» Fue un placer ver a una conocida, pero al final tenía que volver al trabajo.

«Todo lo que tenía sobre la granja Schepker – al menos eso me pidieron».

«¿Y entonces?»

«Me tomé muchas molestias – me remonté casi a la Edad Media. Los Schepker viven aquí desde siempre. Pero sólo se interesaron en los años setenta y ochenta».

Eso fue hace más de cuarenta años. ¿Por qué estaban el médico y la granjera rebuscando juntos en viejos archivos? ¿Y ellos qué tenían que ver con los Schepker?

«¿Puedes enseñarme esos archivos, por favor?», preguntó Enna.

«Por supuesto que puedo. Afortunadamente, aún no los he guardado».

Enna observó cómo Sontje desaparecía detrás de una enorme estantería. El archivo se encontraba en un antiguo granero. Unas anchas vigas de madera lo sostenían. Sin embargo, el pajar había sido retirado, por lo que Enna podía ver las vigas. Dos potentes ventiladores giraban en el centro.

«¡Aquí están!»

Sontje puso sobre la mesa una pila que le llegaba hasta el codo. Se trataba de volúmenes individuales en los que estaban encuadernados por orden cronológico documentos muy diversos. Algunas páginas llevaban los sellos de diversas oficinas. Aparte del orden cronológico, no había ninguna organización reconocible.

«Sí, es un poco frustrante», dijo Sontje, probablemente interpretando correctamente las mejillas infladas de Enna. «Seguro que sólo querían deshacerse de los archivos».

Enna abrió otro volumen. Se levantó polvo y empezó a toser.

«Te traeré un vaso de agua», le ofreció Sontje, y Enna asintió.



«Será mejor que vuelva a casa... Holger probablemente me esté esperando».

Enna se sobresaltó al oír la voz de Sontje. Se había acercado con pasos muy suaves, una habilidad de la que Enna carecía. Cerró la carpeta, levantando polvo por enésima vez.

«Tienes razón. Te he robado demasiado tiempo». Enna se levantó.

«Te ofrecería llevarte el resto, pero no me está permitido. No sin una orden de registro».

«Orden de embargo», corrigió Enna. «Eso no será necesario».

Se había hecho una buena idea. Pavel estaría encantado.

«Pues bien». Sontje sonrió. «¿Nos vemos mañana en el Deichkante?»

«¡Claro que sí! Lo aguardo con impaciencia».

«Yo también».

Las dos se abrazaron como viejas amigas, y Enna abandonó el archivo con la sensación de cosquilleo del polvo en la nariz.



«¿Un hermanastro?», preguntó Enna.

Pavel asintió. «Berger ya lo ha comprobado. Al parecer, la señora Dietrichsen, esposa del viejo granjero, estuvo casada antes con un hombre que tenía un hijo propio».

«Pero la vieja Sra. Dietrichsen lleva muerta mucho tiempo. ¿Diez años?»

«Sí, pero el hijo debe haberse enterado hace poco. Y ahora cree que tiene una demanda contra su madrastra. Contra sus herederos».

Enna negó con la cabeza. Aquello no tenía ningún sentido. Si aquel hombre ni siquiera estaba emparentado con los padres de Viola Dietrichsen, ¿cómo podía reclamar algo? «¿Qué quiere exactamente?»

«Afirma tener un testamento en el que su madrastra le dejó una cuarta parte de sus bienes».

«¿Es eso posible?»

«Bueno, la granja Dietrichsen en realidad pertenecía a la madre de Viola y sólo a ella. El viejo Dietrichsen se casó con ella. Hubo un matrimonio anterior, pero terminó en divorcio después de sólo dos años. El tipo debe haber tenido mucha experiencia. También tenía un hijo de una relación anterior».

Enna se levantó y se acercó a la pared entre las dos ventanas que Pavel utilizaba como rotafolios. Seguro que en alguna parte

había rotafolios de verdad. Su antiguo jefe detestaba este tipo de herramientas. Creía que arruinaban la memoria a largo plazo.

Había varias fotografías pegadas a la pared. Reconoció a Viola Dietrichsen y a su padre, uno al lado del otro. También estaba Sörensen, un mapa con una X y otro con una Y, dispuestos alrededor de los Dietrichsen.

«La X es la periodista, y la Y es el hermanastro», explicó Pavel.

«¿Y dónde están Georgina, Waltraut y Willy?»

«¿Las ovejas? Son sólo un medio para un fin. Alguien las está usando para chantajear a Dietrichsen. Ha encontrado algo que puede usar para sacarle dinero a Dietrichsen en vez de escribir sobre ello en un periódico».

Enna corrió hacia la mesa y cogió un rotulador permanente. No estaba bien que faltaran las verdaderas víctimas. La única cuestión era dónde debían estar en la foto. En cuanto a la periodista, no siguió el razonamiento de Pavel. Había hojeado la carta. El hombre no quería dinero, quería la granja Schepker, por la razón que fuera, y ahora pertenecía a los Dietrichsen. La cuestión, por supuesto, era por qué Viola y su amante habían estado en los archivos investigando a Schepker.

Schepker. Eso era «pastor» en bajo alemán. Ovejas. Los animales estaban en el centro del problema. ¿Y si Schepker todavía estaba vivo? ¿Qué edad tendría? ¿Cerca de los setenta, como el viejo Dietrichsen? No habría sido necesario tener que vender el alma al diablo para ser lo bastante ágil como para colgar una oveja de las patas traseras a esa edad.

Enna dibujó el contorno de una oveja, lo bastante grande como para rodear toda la escena de Pavel. Sólo entonces se dio cuenta de que había dibujado directamente en la pared. El rotulador permanente no sería fácil de borrar. Pero ese problema podía esperar. Cogió una ficha en blanco del escritorio de Pavel, escribió en ella una Z y la pegó entre la X y la Y.

«Esta representa a Schepker», explicó Enna.

«¿Qué hace él ahí?», preguntó Pavel.

«Los documentos que Viola y Sörensen estaban estudiando eran sobre transacciones entre Dietrichsen y Schepker. Negocios de hace

muchos años».

«¿Qué tipo de negocios?»

«Estiércol. Pero no sólo eso. También había residuos de la producción de papel. Todo perfectamente seguro, por supuesto. He visto los análisis. Podrían haberse esparcido esos residuos por la playa si no olieran tan mal».

«¿Pero por qué tanto alboroto?»

«Los rastros de papel nunca mienten». En ningún lugar era más cierto que aquí. «El hecho es que la esposa de Schepker y sus dos hijas murieron en su granja hace mucho tiempo».

«Eso me dijo la anciana señora Winkelmann», explicó Pavel. «Pero sigo sin ver la conexión».

«Yo tampoco. En cualquier caso, debemos averiguar qué le pasó al viejo Schepker».

«Si no se lo llevó el diablo», dijo Pavel en voz baja.

Enna se echó a reír. Pavel no creía en esas historias, ¿verdad? Nunca se sabía si hablaba en serio o no.

«¿Y qué si lo hizo?» dijo Enna. «Entonces invocaremos al diablo. Será mejor que compremos velas. Un ritual así no debería ser muy complicado».

Llamaron a la puerta, que se abrió inmediatamente. Era Berger. «¿Puedo preguntar algo?»

«¿A quién?» preguntó Enna a su vez.

«A los dos».

«Adelante», dijo Pavel.

«Si noto algo, ¿a quién se lo digo?»

«¿Cómo qué? ¿Que me abotoné mal la camisa?»

Pavel volvió a estar en plena forma. Pobre Berger.

«No, una pista en su caso», dijo.

«En nuestro caso, Berger. Usted es parte del equipo. Si nota algo y no está seguro, investigue. Cuando esté seguro, comparta sus hallazgos».

Fue una respuesta sorprendentemente amable. Enna no podría haberlo dicho mejor.

«Entendido, Jefe». La puerta volvió a cerrarse.



El Diablo. La figura cornuda seguía en la mente de Enna cuando entró en su apartamento. Las nubes se habían ido acumulando a medida que caía la tarde, y un viento a tierra soplaba con el olor salado del Mar del Norte. Tenía intención de correr unos kilómetros más, pero ahora le apetecía más entrar en calor.

Enna se preparó una taza de té con azúcar, leche y un poco de canela. Le sentaba bien a la tarde. Encendió la lámpara de lectura, se sentó en su sillón y se subió la manta hasta el cuello. Eso era suficiente para estar cómoda. No necesitaba un libro. Prefería inventarse sus propias historias. De niña, a veces se imaginaba que sería escritora. Pero las historias que se contaba a sí misma parecían tan disparatadas que nadie querría leerlas.

La de hoy trataría sobre el diablo. ¿Qué inducía a alguien a hacer un pacto con el diablo? La codicia o el amor, ¿qué más? En esencia, cada crimen era un pequeño pacto con el diablo. A la larga, no te haría feliz. El millón robado o el rival asesinado adormecían el dolor durante un tiempo, nada más.

¿Cómo podían adivinar lo que Schepker quería, cuando ni siquiera sabían su nombre de pila? El periodista quería dinero. Viola Dietrichsen quería asegurar su granja, que para ella, como para muchos granjeros de la zona, formaba parte de la familia. El Dr. Sörensen quería tener sexo con Viola. El supuesto hermanastro le parecía a Enna una invención, aunque realmente existiera. A menudo, la realidad era la mejor ficción.

Schepker. La mayor amenaza para un agricultor eran las inundaciones. El agua que entraba salaba la tierra. No había seguro contra ello. Pero este agricultor, como su nombre indicaba, se dedicaba principalmente a la cría de ovejas. El agua podía ahogar a las ovejas, por supuesto, pero eso no encajaba. Todavía había ovejas pastando en sus prados. Schepker había perdido algo más: a su familia. Si quería vengarse, con la ayuda del diablo o por su cuenta, no se contentaría con torturar a las ovejas de sus enemigos.

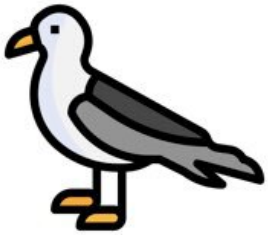
La única pregunta era qué había convertido a los Dietrichsen en sus enemigos.

Enna no obtuvo respuesta. Suspiró en el silencio de su apartamento, buscó la lámpara de lectura y la apagó.

La oscuridad descendió sobre ella. A través de la ventana, vio luces de tormenta distantes sobre el Mar del Norte. Eran destellos de luz horizontales, casi púrpuras, que cruzaban el mar. Por desgracia, no podía ver el mar desde la ventana, pero estaba allí. Enna podía sentirlo. Si se quedaba quieta, podía sentir el eterno latido del mar. Le daría sueño y alegría.

Pero hoy no. Tomó otro sorbo de su té dulce con canela en la oscuridad de la habitación, y observó el tiempo durante largo rato. Por desgracia, se había quedado sin ideas.

Capítulo Ocho



Deberían haber cogido el Polo rojo de Enna. Pavel se agarró a la amplia tapa de la consola central, aunque eso significaba que su brazo estaba en el camino de Enna cuando ella cambiaba de marcha. Antes se había atrevido a mirar el velocímetro. La aguja fluctuaba entre ciento noventa y doscientos kilómetros por hora. Parecía que Enna iba mucho más rápido que eso. El BMW no se desplazaba, sino que pasaba *volando* junto a los camiones del carril derecho.

Mientras él elevaba plegarias al cielo, sabiendo perfectamente que no llegarían a nadie porque nadie les esperaba allí arriba, Enna parecía estar pasándoselo como nunca. Silbaba una melodía que a él le sonaba de la radio. Pavel intentó distraerse leyendo los carteles de la carretera. Él mismo no lo recordaba, pero su madre solía presumir de que a los tres años ya sabía leer todos los nombres de los lugares.

Westerstede. Bad Oldenburg. Delmenhorst. Conducían por la A28, y a cada kilómetro que se acercaban a Bremen, más baches había en la carretera. Los neumáticos tamborileaban con un ritmo inestable. Si su corazón latía así, tendría que ir al cardiólogo. En el próximo viaje, pondría a Berger al volante y alegaría que necesitaba discutir la estrategia con Enna en el asiento trasero.

Eso no había funcionado hoy, porque ella no tenía intención de ir con él al apartamento del sospechoso. Al menos esta vez se habían

puesto en contacto con sus colegas de Bremen, y alguien de la oficina se reuniría con ellos delante de la casa de la Wurster Strasse.

«Ja, ja, sí, es un nombre gracioso», dijo Enna.

¿Escuchaba sus pensamientos? Su colega a veces le resultaba extraña. Parecía capaz de detectar en él sentimientos que ni siquiera podía nombrar. Aunque no estaba muy seguro de si podría tratarse de algún tipo de efecto placebo. Si alguien afirmaba que debería estar triste y él buscaba la tristeza en uno de los rincones más recónditos de su conciencia, ¿no era probable que encontrara algún resto? Era como rociar un suelo aparentemente limpio con luminol para detectar restos de sangre bajo la luz ultravioleta.

«¿Ha oído lo que estaba pensando?», preguntó, para estar seguro.

«No, lo dijo en voz alta, Pavel. Calle Wurster. Es un nombre gracioso».

«Pero no tiene nada que ver con las salchichas. Históricamente, la región de Wursten es una zona situada entre Bremerhaven y Cuxhaven. El nombre procede de sus habitantes. Los Wurtsassen vivían en montículos artificiales llamados Wurte, que les protegían de las mareas de tempestad antes de que se construyeran los diques».

«Lo sé», dijo Enna.

«¿Oh?»

«Sí, vivimos en Bremen durante un tiempo. ¿Sabía que Wursten fue un estado agrícola independiente durante casi tres siglos?»

Pavel cogió su móvil y buscó «Wursten». Enna tenía razón. La zona tenía una historia fascinante que le hizo olvidar su velocidad, entre warp 7 y 8, y dejó que sus dedos previamente apretados ahora hicieran el trabajo de escribir en el estrecho teclado.



Pavel estaba tan ensimismado que ni siquiera se dio cuenta de que Enna salía de la autopista. Sólo cuando ella apagó el motor levantó la vista. Estaban en una zona residencial. Había otro BMW de la

policía aparcado cerca. Pavel se apeó. Como Enna no hizo ademán de seguirle, volvió a abrir la puerta.

«¿Qué pasa?»

«Ya hemos hablado de esto».

Ah, sí, así es. El hombre la había visto en el lado equivocado de la valla. Pavel tragó saliva. Significaba que ahora tenía que investigar con un colega que era un completo desconocido para él.

El colega era una mujer.

«Hola», le saludó. «Inspectora Jefe Schlosser».

«Hola, soy...» De repente su nombre desapareció. *Pavel* le vino a la mente, incluso *Waldemar, ¿*pero su apellido? Nunca pensó en sí mismo como Neuhof, así que... «...Neuhof. También Inspector Jefe».

Su colega entrecerró un ojo. Pavel miró a su alrededor. El barrio estaba formado por casas unifamiliares de ladrillo recocido. Cualquiera que viviera aquí tenía que tener dinero. De repente, algo zumbó sobre su cabeza. ¡Un avión! Instintivamente, agachó la cabeza.

«Son grandes, Neuhof, pero no vuelan tan bajo».

Probablemente era una broma. ¿Debería intentar reírse? Pero eso no solía gustar a la gente que no le conocía.

«¿Vamos?», preguntó.

Por teléfono, habían acordado que él haría las preguntas. Schlosser estaba aquí sólo como una formalidad. La casa tenía un tejado inclinado a dos aguas. La gran ventana del salón parecía estar directamente bajo el tejado inclinado. A través de las cortinas, Pavel podía ver un amplio sofá.

«¿Viene, Neuhof?» Schlosser le abrió la puerta hasta la cintura. No había juguetes de niños a la vista. Martin Jäger, el periodista, probablemente vivía aquí solo. La cortina del salón se movió. Luego abrieron la puerta de un tirón y se dirigieron hacia ella. Pavel comprobó su chaleco antibalas, pero estaba bien.

«Hola. Ya era hora».

«¿Hora?»

«Pensé que iba a asaltar mi casa con un equipo de fuerzas especiales».

«¿Habrá alguna razón para ello?» preguntó Pavel.

«¿Desde cuándo la policía necesita una razón?»

Oh, Pavel sabía la respuesta a eso. «Desde alrededor de 1849, Sr. Jäger. Desde entonces, la policía sólo puede utilizar los medios necesarios para alcanzar el objetivo deseado. Y puesto que sólo queremos hablar con usted, el uso de una fuerza especial no sería justificable bajo el estado de derecho».

Jäger exhaló pero no dijo nada más. Era evidente que Pavel le había convencido. Siempre le gustaba que la gente se diera cuenta de que sus argumentos eran débiles.



«¿Qué le ha traído a nuestro pacífico Fleetstedt?». preguntó Pavel mientras se sentaban en el sofá, desde donde podía ver los dos coches de policía aparcados. Enna lo saludó con la mano, ¿o se lo estaba imaginando?

«¿Fleetstedt? Nunca he oído hablar de él», dijo Jäger. «¿Existe tal lugar?»

Pavel sacó el móvil del bolsillo, inició la aplicación de mapas y dejó que hiciera zoom sobre Fleetstedt. «Aquí, ¿lo ve? Si toma la A28 hacia Leer y luego gira hacia la costa...»

«Oh, ¿la ciudad cuyo nombre nunca puedo recordar?»

Obviamente, Jäger no quería confesar. Pavel suspiró. «Bueno, Fleetstedt tiene veintidós mil habitantes, si mi información es correcta. Eso es ciertamente menos que Bremen, pero...»

«Sigue sin significar nada para mí».

«Pero le vieron allí». Pavel nombró la matrícula del Peugeot que había visto Enna. «Es su coche, ¿verdad?»

«Se lo di a mi ex mujer».

«Eso fue muy generoso. ¿Así que su ex-mujer estaba en Fleetstedt?»

«Tendrá que preguntarle a ella. Estamos divorciados, así que no nos contamos lo que hacemos».

Pavel asintió. «Le preguntaremos entonces, Sr. Jäger».

«Bien, ¿entonces eso es todo? Todavía tengo trabajo que hacer hoy».

«No del todo». Pavel cerró la aplicación de navegación y abrió la de fotos. Esta era un poco complicada debido al dudoso origen del documento.

«Escribió a los Dietrichsen sobre la compra de la granja de un tal Schepker».

«Oh, eso... Fue una idea tan loca. A mis dos hijas les encantaría tener un poni, pero los establos son caros, así que pensé que si tenía mi propia granja...»

El hombre hablaba tanto porque mentía. Eso estaba perfectamente claro. Pero Pavel no tenía más munición. Sólo le quedaba una cosa.

«Un testigo lo vio, Sr. Jäger, en la granja Dietrichsen. ¿Quiere que haga una rueda de reconocimiento?»

Jäger se levantó y empezó a pasearse por el salón. Probablemente no se lo esperaba. Pero Pavel no estaba muy contento porque la presencia de Enna en la granja había sido algo... poco convencional.

«Sr. Jäger, no queremos hacerle daño. Tres ovejas han sido brutalmente asesinadas en la zona, y queremos descartar la posibilidad de que usted haya tenido algo que ver».

Jäger volvió a sentarse. «Descartar, eso está bien. Sólo he estado una vez en Fleetstedt. Así que difícilmente pude haber matado a tres... ¿Quién hace eso?»

El hombre estaba realmente conmocionado, lo que hablaba por sí solo, pero también podía ser una actuación. Pavel buscó signos reveladores en su rostro, pero no encontró ninguno.

Como Pavel no contestaba, Jäger tragó saliva y preguntó: «¿Cuándo ocurrieron... estas cosas?»

«Me temo que no puedo decírselo. ¿Por qué no nos muestra su horario de las últimas tres semanas?»

«Muy bien. Espero que encuentres al cerdo».

Otra persona que quería culpar a *Sus scrofa domesticus* por un acto tan atroz. «Lo haremos, Sr. Jäger. ¿Puedo preguntarle qué buscaba realmente en la granja de los Dietrichsen?»

«Algo sobre la granja Schepker».

Gracias, Enna. Su colega tenía muy buenos instintos.

«Ah, así que era eso», dijo Pavel.

«Realmente quería comprarla». El periodista volvió a pasearse por la habitación. «Quería retirarme allí. Encontré a un experto que sabía tasar granjas como ésa, porque me extrañaba que no se hubiera vendido por mucho dinero hace años. Descubrió que una parte importante de las tierras de labranza estaban contaminadas».

«Con PFCs».

«No sé cómo se llama el contaminante, pero al parecer hay tanta cantidad que los animales no podrían pastar en estas tierras».

«¿Y qué tiene que ver esto con los Dietrichsen?»

«Solo quería que cediesen en el precio, pero no cedieron. ¡Dijeron que yo era un estafador!»



«Podemos tachar al periodista de nuestra lista», dijo Pavel al subir de nuevo al BMW.

«¿Se despidió de su colega de Bremen?», preguntó Enna.

«¿Me estaba mirando?»

«Sí, claro. No tenía otra cosa que hacer».

No tenía otra cosa que hacer. Conocía muy bien esa frase, y había aprendido que significaba exactamente lo contrario. Por un momento, Pavel se quedó perplejo. Enna estaba sentada en el asiento del conductor con el cinturón abrochado. No tenía nada más que hacer. ¿Por qué iba a querer decir lo contrario? ¿O se trataba de una doble negación fallida?

«Bueno, adelante», dijo Enna. «Quién sabe cuándo volveremos a necesitar la ayuda de sus colegas».

«Muy bien, entonces». Pavel abrió la puerta y deslizó su largo cuerpo fuera.

«¿Se le ha olvidado algo?» La inspectora jefe Schlosser estaba apoyada en el compartimento del motor del coche de policía de Bremen, con un cigarrillo encendido, balanceándose al ritmo de la

música que salía de la radio del coche. Pavel se alegró mucho de que Enna no escuchara música mientras conducía.

Hizo una reverencia. «Muchas gracias y me despido».

«¿Has oído eso, Yuri?»

Yuri estaba dentro del coche. Pavel podía ver los galones de sus charreteras a través de la ventanilla abierta. Yuri era sargento, como Berger. La inspectora jefe Schlosser le tuteaba. No era habitual.

«Sí, gracias también por su ayuda, Yuri».

«Ya veo», respondió el hombre del coche. Parecía como si no le hubiera entendido, pero le resultó extraño repetir la frase. Pavel tragó saliva. Odiaba las situaciones como esta, en las que las reglas no estaban claras. Lo mejor sería que volviera al coche.

Pavel volvió al coche. Enna tenía la cara enrojecida. Evidentemente, había estado demasiado expuesta al sol. Se dio la vuelta rápidamente.

«¿Has oído eso?», preguntó la inspectora jefe Schlosser mientras Enna retrocedía haciendo chirriar los neumáticos hasta detenerse justo delante del coche de sus colegas.

«*Muchas gracias y me despido*. Menudo imbécil», dijo el policía al volante.

«Lo siento», dijo Enna, «hizo un gran trabajo».

Su comentario carecía del entusiasmo que ella solía poner en un cumplido. Nadie que él conociera podía celebrar tanto los éxitos de los demás como su colega. En cambio, detectó un tono diferente, que le recordó al cilantro en el curry. Dado que Enna apretaba los labios con fuerza, probablemente no era el mejor momento para preguntar por ello.



«¿Así que el periodista está descartado?», preguntó al cabo de un rato, durante el cual habían ido a toda velocidad por la autopista en silencio. No, no iban a toda velocidad, sino arrastrándose a una velocidad media de ciento treinta por hora según los estándares de

Enna. Esa era una clara señal de que algo le pasaba. Pero, ¿cómo preguntar por ello sin provocar un efecto placebo o nocebo?

«Sí, sólo quería comprar la granja Schepker». Pavel intentó enfocarse en el trabajo. Siempre le ayudaba a disipar un desagradable... bueno, no quería llamarlo estado de ánimo, eso habría sido una exageración, una mala sensación. «Y por el menor dinero posible, porque algunos de los prados estaban contaminados», añadió.

«¿El hombre sabía lo de los PFC?»

«Sí, contrató a un experto».

«Entonces podría ser lo que pasó». Enna apuñaló el aire con el dedo índice derecho. «El periodista está negociando la venta de la granja Schepker. Así fue como Dietrichsen se enteró de que, al parecer, su padre había hecho negocios turbios».

Pavel preferiría que tuviera las dos manos en el volante, pero no quería estropear su frágil estado de ánimo señalándoselo.

«Está investigando los archivos con su amante y...» Enna bajó el dedo. El final de la historia seguía sin estar claro.

«Usted lo ha dicho, Enna. Todo esto son procedimientos normales. Pero las ovejas muertas no encajan».

«Eso es cierto. El intento de envenenamiento del viejo granjero tampoco encaja. ¿Y si estamos equivocados y de hecho hay dos o incluso tres casos aquí?»

Pavel accionó la palanca que liberaba el respaldo del asiento y lo inclinó completamente hacia atrás. Así podía pensar mejor. Esperaba que Enna no le imitara. Intentó pensar en tres casos distintos. Había una granjera codiciosa que pretendía matar a su padre para hacerse con la herencia que pensaba dilapidar con su amante. ¿Quién podría culparla? ¿Quién en su sano juicio querría limpiar para siempre el estiércol de debajo de las grupas de los caballos? Además, había un viejo granjero igual de codicioso que había hecho tratos ilegales para llenar sus arcas. No sería el único. Pavel pensó en el notario de Fleetstedt. Y, por último, había un aborrecedor de animales que había matado a tres ovejas, con o sin motivo, según acabarían determinando los psicólogos.

Respiró hondo. «La vida...»

Enna le interrumpió. «Desde luego, no es tan sencilla».

Ella le había robado el pensamiento, pero no podía enfadarse con ella.

«Tenemos que averiguar el elemento de conexión», dijo. «Todavía nos falta una pieza del rompecabezas».

«O ya la tenemos, pero no hemos intentado utilizarla de la forma correcta».

«Deberíamos intentar localizar al viejo Schepker», dijo Pavel.

«Ya se lo he pedido a Berger».

«¿En serio? Enna, es usted un encanto».

«Sí, sí», refunfuñó ella, y volvió a pisar el acelerador, para consternación de él.



«¡Tiene que probarlos!» gritó Enna y corrió hacia un carro en el muelle.

Pavel la siguió más despacio, ciñéndose más la chaqueta. Se había levantado viento. El puerto de Fleetstedt, con sus muros de piedra natural y las brillantes ventanas blancas de la casa del capitán, solía ser una atracción turística, pero hoy la mayoría de los turistas se habían retirado a sus casas de vacaciones y hoteles. Las vigas de los barcos crujían con el oleaje. Las gaviotas graznaban. El aire olía a algas y madera húmeda.

Matthiesens Fischhuus estaba escrito en letras negras en el tablero encalado encima del mostrador. *Siempre abierto, excepto cuando está cerrado*, se leía en letras más pequeñas debajo.

«¿Qué te apetece?», preguntó la mujer regordeta que había detrás del mostrador. Llevaba un delantal de plástico y un pañuelo en el pelo.

«Esta es la anciana señora Matthiesen», explicó Enna.

«Encantado de conocerle. Inspector Jefe Neuhof».

«Anciana, una mierda», se quejó la vendedora. «Tienes suerte de que seas tú, Enna».

«Siempre digo lo mismo», dijo Pavel. Entonces se dio cuenta de que la ventanilla frente al mostrador estaba entreabierta. *Siempre abierto, excepto cuando está cerrado*. ¿Cuál era? La mayoría de los chistes buenos se basaban en contradicciones como ésa. «¿Sabía usted que es como uno de los gatos de Schrödinger? Está medio abierta y medio cerrada», intentó.

Enna le miró con el ceño fruncido. Esperaba no haber ofendido a nadie.

«¿Schröder tiene un gato? Eso es nuevo», dijo la vendedora.

«Schrödinger», corrigió Pavel.

«Déjelo, Neuhof», dijo Enna. Y a la tendera: «Le gustaría lo mismo que a mí».

Era mejor escucharla en situaciones como esta. Al final, tendría que preguntarle por qué su broma no funcionó.

«Bien», dijo la Sra. Matthiesen. «Un momento, por favor». Se agachó detrás del mostrador.

«¿Es la dueña?», preguntó Pavel.

«No, ese es su hijo. Uno de los pocos pescadores de Fleetstedt que quedan».

«Entonces, dos sándwiches de pescado para ustedes». La mujer les entregó a cada uno un bocadillo envuelto en una servilleta blanca. Un trozo de filete de pescado plateado sobresalía.

Enna mordió el suyo. Goteó un poco de salsa blanca.

«Las cebollas dulces son más fáciles de digerir», explicó, masticando y tragando. «Por eso no son tan picantes».

Pavel también probó el suyo. Sus dientes hurgaron en el bocadillo y cortaron el filete, imaginando que era la espina dorsal de un vertebrado y no un pez. La cebolla quedó atrapada entre sus muelas. El pepino encurtido soltaba un líquido que le recordaba al agua del Mar del Norte. El remoulade añadía acidez y riqueza.

«¿Qué tal?», preguntó Enna.

«Interesante. El panecillo blando y la textura crujiente de la cebolla y los pepinillos armonizan de maravilla».

«¿Le gusta?»

«Bueno, si no me gustara, no podría comerlo. ¿Eso responde a su pregunta?»

«No completamente, pero sí lo suficiente».

Pavel entrecerró los ojos. La respuesta de Enna era una contradicción. Una respuesta incompleta no era una respuesta. ¿Cómo podía ser suficiente? Pero era decisión de Enna, así que dio un segundo bocado.

«Vamos a dar un pequeño paseo», sugirió Enna con la boca llena.

Pavel asintió. ¿Por qué no? Hacía un tiempo perfecto para pasear y nadie les molestaría.

«¿Le importa si invito a Berger? Quizá tenga alguna noticia».

«No, adelante, llámelo». Enna parecía un poco sorprendida, pero no parecía importarle.

Pavel marcó el número de Berger, pero al cabo de un rato oyó el consabido mensaje de que la persona a la que llamaba no estaba disponible. Volvió a guardarse el móvil en el bolsillo. «No contesta».

Enna miró el reloj. A juzgar por la posición del sol, debían de ser más de las seis.

«Probablemente ya habrá terminado de trabajar», dijo Enna.

«Jm».

«¿Pruebo llamar a su casa?»

«No, no se moleste. Ya hemos colmado bastante la paciencia de su familia durante el fin de semana. Es decir, yo».

Enna no tuvo nada que ver. Pavel conocía a demasiada gente cuyos matrimonios habían fracasado por culpa de su trabajo. El trabajo policial tenía una forma de comerte vivo. Menos mal que no había nadie esperándole en su apartamento.

«Me encanta este lugar», dijo Enna señalando al horizonte.

Habían llegado a la punta del muelle. Desde allí, el canal que daba acceso a los barcos más pequeños a Fleetstedt se deslizaba por la marisma. La marea acababa de bajar.

«¿Puede notarlo?», preguntó Enna. «Huele completamente diferente».

Pavel resopló. Tenía razón. El aire salado tenía un componente terroso. Fértil, podría decirse, con cierta cantidad de huevos podridos, pero no tanto como para que le resultara repugnante. Había llegado una bandada de pájaros. Los animales se pavoneaban

por el barro, picoteando como si alguien acabara de esparcir grano en la plaza de San Marcos.

«No sé cómo sobreviviría si no pudiera mirar al mar todos los días», dijo Enna.

Bueno, tal vez podría ver un vídeo en YouTube o mirar una foto en su teléfono. Pero no creía que Enna quisiera consejos ahora mismo. Lo que más le gustaba del Norte era que no se consideraba de mala educación no hablar. Sólo había que alejarse del parloteo constante de los turistas y entonces podías ser tú mismo.

Como ahora. Llevaba varios minutos sin decir nada, pero a Enna no parecía importarle. Estaban uno junto al otro al final del muelle. Pavel había dejado un codo de distancia entre ellos, lo que le parecía poco. Juntos contemplaban el horizonte sin decir palabra. A Pavel le reconfortaba pensar que el mar, que acababa de retirarse, volvería a la mañana siguiente. Daba cierta estabilidad a la vida. Estaba en constante cambio, por lo que uno no se quedaba estancado en un lugar, pero al mismo tiempo era enormemente predecible, lo que hacía imposible cualquier temor sobre el futuro.

Enna se aclaró la garganta. «¿Quiere venir al Deichkante esta noche? Necesito música alta para despejarme otra vez».

¿El Deichkante? ¿Por qué no? No recordaba exactamente qué había pasado la última vez que había estado allí. Desde entonces, su casera le llamaba por su nombre de pila, pero eso formaba parte de las consecuencias tolerables de alojarse en la casa amueblada de una señora mayor.

«¿Prefiere paz y tranquilidad? No se preocupes, claro que lo entiendo».

«¡No, me gustaría ir con usted, y gracias por la invitación!»



Fue justo después de la hora acordada cuando Pavel bloqueó su bicicleta de trabajo frente al pub. Había intentado localizar a Berger, pero no contestaba al móvil del trabajo y no quería molestarle en el número de su casa.

Pavel volvió a revisar a Heino. El neumático delantero llevaba varios días perdiendo aire. Tendría que ocuparse de ello mañana. Se dirigió a la entrada, abrió la puerta y entró en otro planeta.

Era Alicia en el País de las Maravillas. El Deichkante era otro mundo. Sus habitantes respiraban sudor, dióxido de carbono y vapores de cerveza. Incluso había una presión atmosférica diferente aquí. La habitación tenía que estar sellada como un submarino, o su valioso contenido se derramaría.

Encima del bar, un ventilador había intentado mantener el aire en movimiento durante mucho tiempo. Ahora se había detenido. Debía de haberse quedado sin energía. Pavel lo comprendió perfectamente. A él también le costaba moverse por la espesa atmósfera. Las ondas sonoras le golpeaban, le empujaban hacia la puerta, tiraban de él hacia el bar y hacían que sus miembros se crisparan sin control. Era el paraíso y el infierno al mismo tiempo. Se alegró de que su altura le permitiera ver por encima de todo el mundo, o nunca podría encontrar la salida de este laberinto del tamaño de un salón.

Entonces vio a Enna. Estaba de pie junto a una de las mesas del bar, discutiendo con un joven calvo. Una mujer rubia estaba apoyada en la mesa de al lado, mirando fijamente su vaso de cerveza. Era... angelical, sí, ésa era la palabra adecuada. Su rostro reflejaba una vida bien vivida. Quizá tuviera unos años más que Enna. Pavel tragó saliva. ¿La había traído su colega? ¿Por qué no había dicho nada?

La cadera de Pavel chocó contra el mostrador. Por un instante, no había mirado por dónde iba. Salió rebotado de la barra y su trasero chocó contra el taburete de un hombre que acababa de llevarse el vaso de cerveza a la boca y se estaba echando dos o tres grandes tragos por la camisa.

«¡Eh, cuidado!», gritó el hombre. Parecía musculoso y tenía cara de mala leche.

«¡Hola, Pavel!», gritó el casero, que llenaba un vaso que acababa de pulir con cerveza fresca del grifo.

«Este es nuevo», le dijo el casero al hombre musculoso.

«Gracias, Andy. No te ofendas, chico». El hombre puso la mano en el hombro de Pavel. «Le puede pasar a cualquiera».

«Hola, Andreas», dijo Pavel. «¿Tienes idea de quién...?»

El casero se inclinó sobre la barra y susurró. Debía de tener poderes mágicos, porque a pesar del ruido, Pavel le entendió. «No te preocupes, no lo diré».

¿A qué se refería? «¿Eh?» El extraño ambiente que se respiraba en el Deichkante hizo que de repente sólo pronunciara monosílabos.

«Ya sabes», susurró el casero. «La última vez. No diré ni una palabra». Sonrió e hizo ademán con los dedos de coserse la boca, lo que a Pavel le pareció una exageración.

«Cerveza», dijo. «Por favor». Uf, dos palabras. Todavía podía hablar. La cerveza estuvo delante de él en un instante; Alice debió de sentir lo mismo en la fiesta del té. Pavel la tomó, asintió agradecido al dueño y se acercó a Enna. Se había cambiado de sitio y estaba de pie cerca de la salida, donde ella y la mujer rubia tenían las cabezas juntas.

Pavel se dejó llevar por la suave corriente en su dirección. Consiguió detenerse muy cerca de ambas mujeres. Tocó a Enna en el hombro. «Hola».

Se volvió y sonrió al reconocerle. «¡Hola, Pavel! Pensé que me había dejado plantada».

«A ustedes».

«Sí, exactamente. Esta es mi amiga Sontje».

«¿Su amiga?», preguntó Pavel.

«Hola. Encantada de conocerlo, Pavel». Sontje le estrechó la mano. Pavel dudó un momento y luego la apretó. Su apretón de manos era débil y su piel fría, tanto que le hizo pensar en una sirena. ¿Acaso la corriente del Deichkante no fluía a su alrededor como si fuera una criatura del mar?

«Hola», respondió. Tenía muchas otras palabras en la punta de la lengua, pero eran demasiadas sílabas para pronunciarlas. Pavel bebió un buen trago de su vaso. El alcohol le ayudaba en ocasiones como esta. Lo había notado en su última visita. ¡Si tan solo supiera lo que el posadero no iba a decir a nadie!

«No habla mucho», explica Enna.

«Eso no me molesta en absoluto». Sontje sonrió. «Se habla demasiado en general».

Si no le gustaba hablar, eran más palabras de las necesarias. «Demasiado» habría bastado. Pero prefirió guardárselo para sí.

«¿Sabía usted que dos-cinco-ocho-cero es uno de los códigos PIN de cuatro dígitos más utilizados?» preguntó Pavel de repente. Hubiera preferido preguntarle por ella, dónde vivía y si vivía sola, pero su cerebro no se lo permitió. Hacía unas semanas había leído un artículo científico sobre las estadísticas de los códigos PIN. La pregunta se había deslizado directamente de su memoria a largo plazo a la punta de la lengua, de donde había echado fuera a todas las preguntas no triviales.

«No, no lo sabía», dijo Sontje, mientras Enna le miraba con el ceño fruncido. «¿De dónde ha salido eso?»

«Deme su móvil, por favor». La amiga de Enna dudó un momento. «No se preocupe, estoy con la policía. En ningún sitio está su móvil tan seguro como conmigo».

«Oh, bien entonces...» Ella le entregó su teléfono.

«¿Podría abrirlo, por favor?» Sontje ladeó la cabeza, pero accedió a su petición.

«Gracias». Pavel descolgó el teléfono. Sontje había ordenado todas las solicitudes por orden alfabético. Eso le gustó. Tampoco había una estúpida imagen de fondo. Cambió a la aplicación de teléfono, que encontró en la fila inferior. Se abrió la lista de llamadas recientes. El número de Enna estaba arriba. Instintivamente escaneó la lista, pero ningún número había recibido llamadas frecuentes. Con un sentimiento de culpa, pulsó el teclado del teléfono.

«¿Lo ve?» Señaló la columna del medio.«Dos, cinco, ocho, cero».

«¡Qué locura! Nunca me había fijado» Sontje sonrió de repente, como si acabara de decirle los números de la lotería de la semana siguiente. De repente, embargado por la emoción, marcó el cero, luego el uno, luego el siete, y así sucesivamente, hasta que «0172-9925904» apareció en la pantalla. Le devolvió el teléfono a Sontje sin pulsar el botón. Ahora dependía de ella. Y ella podría ignorar la cursilería. Y así lo hizo, porque se limitó a echar un vistazo a la pantalla y guardarse el teléfono en el bolsillo. No importaba. De todas formas era demasiado viejo, demasiado sabelotodo y demasiado estirado. Pero entonces sintió vibrar su teléfono en el

bolsillo. Se le calentó la cara. Se dio la vuelta hasta que las vibraciones cesaron.

«¿Está bien?», preguntó Enna, que no parecía haberse dado cuenta de lo ocurrido.

Pavel, también inseguro, asintió. «¿Sabía que hay peces de aguas profundas que pueden oscurecer su estómago para que los demás no vean que acaban de comer un pez brillante?»

«Uh ... no», dijo Enna.

«Me parece fascinante», dijo su amiga, riéndose de él con los ojos.



«Gracias por una velada tan agradable», dijo Sontje cuando salieron del pub. «Y a ti también, Enna».

Enna hizo una mueca. Podía verlo incluso a la luz de la vacilante linterna del Deichkante.

Pavel ladeó la cabeza. ¿Cuál era la respuesta? ¿Darte las gracias a ti también? Pero ya era demasiado tarde. Lo último que vio de Sontje fue la parte inferior de su pierna y un zapato de tacón alto.

«¿Vienes, Enna?», llamó ella desde el taxi.

«Ve tú», respondió Enna. «Tengo que ocuparme de algo».

«De acuerdo entonces. Estaré en contacto».

La puerta se cerró de golpe. Las luces de freno de la cabina se apagaron y esta se alejó rodando lentamente. El aire puro le secó el sudor de la cara.

«¿Qué ha sido eso?», preguntó Enna.

«¿Qué ha sido qué?»

«Andy estuvo actuando muy raro contigo toda la noche. Con usted, quiero decir».

«No lo sé», dijo. Algunos clientes habituales le habían saludado cordialmente. Uno incluso le invitó a una copa.

«Andy finge que no sabe nada», explicó Enna, «pero yo sé distinguir cuando alguien me miente».

«Realmente no lo sé».

Enna le miró y asintió. «Le creo. Usted es difícil de leer, pero no miente bien».

Eso no coincidía con su propia valoración. A la hora de la verdad, podía perfectamente decir y justificar algo que era manifiestamente falso. Pero sería mejor que Enna se atuviera a su opinión.

«Gracias», dijo. «¿Hay algo más que le gustaría discutir sobre el trabajo?»

«¡Por favor, no quiero discutir nuestro caso después de medianoche! Sólo quería unos minutos a solas con usted».

«Bueno, no fue culpa mía que fuéramos tres esta noche».

«Oh, ¿no le gustó que invitara a Sontje?»

Pavel empezó a acalorarse. Claro que le había gustado. La amiga de Enna había estado pendiente de cada una de sus palabras. Como una esponja seca, había absorbido los excitantes datos que brotaban de su cerebro como un géiser islandés.

«Quiero decir, por Berger», evadió. «Con él, habríamos sido cuatro».

«Ya veo», dijo Enna, «tenía la impresión de que mi amiga le había causado cierta impresión».

Enna usó la misma palabra dos veces en una frase. Eso tenía que ser consecuencia del alcohol. Había bebido casi el doble que él, pero pesaba solo la mitad.

«Ella es agradable, creo». Si era sincero, no tenía ni idea. No sabía casi nada de ella. Había estado hablando todo el tiempo.

«La forma en que le pasó su número de móvil fue magistral. Y siempre pensé que era tímido».

Pavel era tímido. No cabía duda. Pero el hecho de que Enna se hubiera dado cuenta le sorprendió.

«Pero probablemente sea sólo conmigo», continuó.

¿Perdona? Sólo con Enna podía estar horas al final del muelle mirando al mar. ¿No se había dado cuenta?

«No es usted», dijo. «Soy yo».

Enna suspiró y jugó con una piedrecita del suelo con la punta del zapato.

Ahí estaba de nuevo, el inexplicable cambio de humor. ¿No se había alegrado con él porque la velada había sido un éxito? Por

suerte, en ese momento apareció un taxi. El letrero del techo estaba encendido. Pavel saludó y el conductor se detuvo.

«Este es su viaje», dijo.

«Gracias», dijo ella, abriendo la puerta y subiendo sin despedirse. Ahora Pavel estaba completamente confundido. Casi podría pensarse que Enna estaba celosa, pero eso estaba fuera de toda duda. ¿Seguro que habían acordado no poner en peligro su excelente relación laboral bajo ningún concepto?

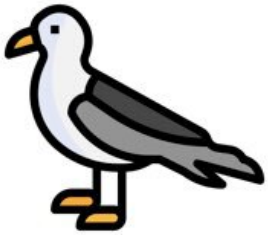
Se volvió hacia Heino, que le había esperado sin un murmullo. «Se puede contar contigo, ¿verdad?»

Entonces se dio cuenta de la rueda delantera pinchada. Maldita sea. Tendría que recogerla mañana con el BMW. Pavel cogió el móvil. Una llamada perdida. Se le encogió el corazón. Guardó el número como «S».

Luego llamó a Berger. Esta vez fue directamente al buzón de voz. «Hola, Berger. Me gustaría que recogiera mi bicicleta de la oficina en el Deichkante y la llevara a Bicicletas Würdinger. La llave de repuesto está en el cajón de mi escritorio. Muchas gracias».

Colgó y se fue andando a casa.

Capítulo Nueve



Cuando Enna se presentó en la oficina a la mañana siguiente, esperaba secretamente no encontrar allí a Pavel, pero éste estaba fuera, en el aparcamiento. Había dado la vuelta a Heino y estaba inclinado sobre la rueda delantera maldiciendo. «Arrgggh... ¡Mierda!»

Nunca le había visto así. Por un momento Enna pensó en ignorarlo. No sabía por qué, pero seguía enfadada con su jefe por lo de anoche. Pero no había razón para ello. Había hablado más con su amiga que con ella, pero era normal. Al fin y al cabo, Enna y él se veían casi todos los días. Y Sontje se lo había puesto muy fácil porque se había mostrado entusiasta hasta con los temas más abstrusos. Una vez que Pavel se ponía en marcha, podía contar historias realmente apasionantes, al menos si te interesaban los insectos sociales o su colección de chapas de rally del Tour de Europa.

Enna se detuvo. «Buenos días. ¿Qué pasa?»

«Heino tiene una rueda pinchada. La empujé hasta aquí pensando que Berger podría ayudarme».

«¿No puede? Eso me sorprende. Berger es un manitas nato».

«No, no está aquí».

«¿Quiere que le llame?»

«No se preocupe. Creo que le hemos hecho trabajar demasiado el fin de semana. No quiero que se meta en problemas con su

familia. Dos de nosotros siendo solteros es suficiente, ¿no?»

Pavel no levantó la vista mientras hablaba. Si lo hubiera hecho, habría visto el ceño fruncido de Enna.

Respiró hondo. No había necesidad de discutir a primera hora de la mañana. «Déjeme intentarlo».

Pavel se apartó. Enna se arrodilló frente a Heino. El asfalto le oprimía dolorosamente las rodillas desnudas, pero era demasiado orgullosa para pedirle a Pavel un cojín cuando él mismo no lo había utilizado. Descubrió el problema: Pavel había intentado introducir el neumático de repuesto cuando estaba desinflado.

«¿Bomba?»

Le entregó la bomba de aire y ella bombeó aire en el neumático de repuesto hasta que formó un círculo.

«¿Palanca de neumáticos?»

«¿Qué?»

«Palanca de neumáticos. Se parece a un tenedor de pastel, sólo con un bucle curvado en la parte delantera».

¿Pavel había desmontado la cubierta sin una palanca? Rebuscó en su bolsa de herramientas y finalmente le entregó la herramienta adecuada.

«Gracias».

Primero tiró del neumático hacia la llanta por un lado, con ayuda de la palanca para neumáticos. Empezando por un lado, enroscó el neumático en la llanta alrededor de toda la circunferencia.

Ahora le tocaba al neumático. Colocó la válvula en el lugar correcto de la llanta y la introdujo por el orificio. A continuación, introdujo el neumático en la cubierta con cuidado de no aplastarlo ni doblarlo. ¡Ja! Sólo faltaba un paso. Utilizando sólo los dedos, puso la cubierta sobre la llanta, empujando con cuidado el neumático hacia el centro de la llanta. El proceso requería algo de fuerza, pero temía utilizar la palanca para neumáticos, ya que una vez había dañado de ese modo un neumático recién instalado en su propia bicicleta. El esfuerzo fue en aumento a medida que se acercaba a la meta, pero finalmente la cubierta se deslizó completamente sobre la llanta. Apretó la válvula, se levantó y entregó la rueda delantera a Pavel.

«Puede bombearla y ponerla usted mismo, ¿verdad?»

Pavel asintió. «Gracias. Tiene gravilla en la rodilla».

Enna miró hacia abajo. Algunas partículas de asfalto se le pegaban a la piel por encima de los calcetines, que hoy eran amarillos, con nubes de tormenta azules y relámpagos rojos a juego con su estado de ánimo. Se las quitó.

«Debería haberle ofrecido un cojín», dijo Pavel, señalando la funda peluda del asiento.

«Hubiera sido una buena idea», dijo Enna con naturalidad, apretando la palanca del neumático contra la mano de Pavel.



Unos minutos después, Enna se quedó pensativa frente a la pared donde Pavel había puesto los nombres de los sospechosos. Estaba el hermanastro. Luego estaba X, el periodista, al que ya casi había descartado. Tendrían que comprobar sus registros telefónicos, pero sólo había estado aquí una vez. Por supuesto, podría tener un cómplice que matara a las ovejas en su nombre, pero eso era demasiado complicado. Esa persona también tendría que saber cómo drenar la sangre de una oveja.

El Dr. Sörensen había metido en el asunto a Y, el hermanastro. Había encontrado en su mesa un expediente que Berger debió de imprimir. Aunque sólo fuera eso, demostraba la existencia de esa persona. La anciana señora Dietrichsen, madre de Viola, se había casado primero con un hombre que había aportado un hijo al matrimonio. Berger había encontrado incluso su partida de nacimiento. Berger era una verdadera baza, y ella no recordaba que se hubiera implicado tanto en una investigación antes. Lo que Pavel podía hacer...

El hermanastro se llamaba Siegfried Dommermuth y seguía viviendo en Fleetstedt. Su padre, el ex marido de la madre de Viola Dietrichsen, había fallecido hacía sólo dos meses, a la edad de noventa y cuatro años. El hijo acababa de cumplir sesenta. No era la edad típica de un criminal serio. Pero, por supuesto, eso no significaba nada.

«¿Ha tenido ya un destello de inspiración?», preguntó Pavel, que acababa de entrar en la habitación.

«La verdad es que no. Tenemos que hablar con el hermanastro».

«Un momento. Necesito lavarme las manos».

Pavel volvió a desaparecer. Enna se miró los dedos. Había logrado evitar la grasa de la bicicleta. Se quitó el polvo de los pantalones cortos.

«¿Qué hay del hermanastro?» preguntó Pavel cuando volvió.

Le entregó el expediente. «Vive aquí en el pueblo. Deberíamos...»

«Ah, qué conveniente», la interrumpió. «¿Le gustaría visitarlo ahora?»

«Pensé que nosotros...»

«Investigaré a este Schepker mientras tanto. No puedo superar lo que me dijo la Sra. Winkelmann. Si hay una leyenda sobre él, debe haber mucho sufrimiento detrás. Imagino que es como una herida supurante. Se puede intentar tapar con un vendaje estéril, pero si no se cambia el vendaje con regularidad, de repente sale todo el pus».

«Gracias, Pavel, creo que hoy puedo saltarme la comida».

«Eso sería una pena. Esperaba que pudiera traernos unos deliciosos sándwiches matjes de Matthiesens Fischhuus».

Enna negó con la cabeza. «Está cerrado por la mañana».

No era cierto. Solamente no tenía ganas de dejar que Neuhof la usara como sirvienta hoy. Ya estaba enfadada porque la enviara a ver al hermanastro y se llevara a Schepker para él, a quien consideraba mucho más sospechoso.

«¿Berger no nos dejó nada sobre Schepker?», preguntó Pavel.

«No. Probablemente tenía tanto que hacer con Dommermuth que no tuvo tiempo para buscar a su adorador del diablo».

«¿Dommermuth?»

¡Pavel ni siquiera había mirado el expediente! Así de importante era el sospechoso Y para él.

«No importa», dijo Enna, y eso tampoco era cierto.



No reconoció la dirección que Berger había anotado. Pero cuando el sistema de navegación del coche de policía la guió hasta allí, recordó dónde estaba la calle. Hacía unos años se habían construido viviendas sociales en el sur de Fleetstedt. Allí vivía Heiner Sattelmacher, un viejo conocido al que había visitado hacía unas semanas en el marco de una investigación. Por alguna razón, tenía debilidad por los casos de asistencia social.

Dommermuth vivía en un edificio de cuatro plantas que tenía mucho mejor aspecto que el bloque donde Heiner tenía su apartamento. Los balcones estaban pintados de colores vivos y el yeso estaba como nuevo. El hueco de la escalera, al que entró tocando el timbre, no olía a orina y humo de cigarrillo, sino a incienso. Era como si un chamán estuviera practicando allí dentro. ¡En Fleetstedt! Tuvo que sonreír. Aquí la gente tenía los pies en la tierra. No tenían tiempo para tonterías esotéricas.

Subió al tercer piso. El pasillo que salía de los apartamentos estaba enmoquetado, por lo que sus pasos apenas se oían. *¡Casi como un hotel!* También había una ventana en cada extremo. La que daba al sur dejaba entrar la luz y daba al pasillo un ambiente hogareño, al menos en lo que al vestíbulo se refería. Los pensamientos corrían por su cabeza como el texto de una revista del hogar. Probablemente era lo que el arquitecto tenía en mente.

De vuelta a Dommermuth. El nombre estaba grabado en letras doradas en el timbre. Enna pulsó el botón y dejó que sonara el Big Ben. Intentó no pensar demasiado mal del gusto de Dommermuth, pero no lo consiguió. Al principio no pasó nada. Volvió a llamar. Como no la esperaban, no había garantía de encontrar al hombre en casa. Sabía por el expediente de Berger que se había jubilado anticipadamente. Supuso que por motivos de salud. Berger no había podido acceder al expediente, pero no era necesario.

Enna llamó al timbre por tercera vez. Sin hacer ruido, la puerta se abrió un centímetro, pero se quedó enganchada a la cadena. Probablemente, el hombre llevaba tiempo observándola a través de

la mirilla. Enna casi se enfadó por no haberle dado un pequeño espectáculo. Podría haberse hurgado la nariz y haber hecho algunas muecas.

«Hola», dijo una voz grave desde el interior.

«Hola, soy la detective inspectora Enna Koopmann y me gustaría hablar con usted».

Ya tenía su identificación en la mano, pero Dommermuth no se la pidió. En lugar de eso, la puerta volvió a cerrarse, la cadena sonó y la puerta se abrió del todo. Detrás había un hombre barbudo, más o menos de su estatura pero el doble de ancho. Sonreía. Era una auténtica sonrisa. ¿Podría un hombre así matar a tres ovejas?

«Adelante», dijo Dommermuth. «Probablemente sabe quién soy mejor que yo».

Enna entró. El pasillo tenía una gruesa moqueta. Tuvo que arrastrar la puerta por encima.

«Por favor, quítese los zapatos», dijo el hombre. «Me gusta tumbarme en la alfombra y soñar despierto».

Ella podía entenderlo. La alfombra de pelo largo parecía muy apetecible. Enna se quitó las zapatillas y las colocó en una cubeta de plástico que ya contenía un par de botas de cuero negro. Estaban cubiertas de tierra y hierba, como si alguien hubiera caminado con ellas por el bosque justo después de llover. Enna olfateó, pero no olían a oveja. En cambio, toda la casa olía a incienso y, cuando siguió a Dommermuth hasta el salón, se dio cuenta de que probablemente ése era el origen del penetrante aroma. La ventana estaba cubierta con una cortina naranja. Había velas y lámparas aromáticas esparcidas por las mesitas, de las que salían finos hilos de humo. Enna ahogó un estornudo. Del techo colgaban atrapasueños, farolillos chinos y una flor de Pascua.

«Por favor, siéntese», dijo el hombre, señalando un sillón.

Enna se sentó y se hundió en los mullidos cojines. Tuvo que utilizar los dos reposabrazos para volver a una posición que le permitiera mirar al sospechoso a la cara.

«¿Quiere un poco de té?»

«¿Por qué no?»

«Tengo un té de hierbas con jengibre. ¿De qué signo es?»

«Ni idea. ¿Caballo?»

Dommermuth sonrió ampliamente, mostrando los dientes, lo que no causó una buena impresión. «Me refiero a los signos zodiacales occidentales. Pero tiene razón, señora Koopmann, pensamos de forma demasiado eurocéntrica. Permítame adivinar – usted es Virgo».

Enna asintió, aunque había nacido el tres de agosto y, por tanto, era Leo.

«¡Lo sabía! Entonces le aconsejo que no añada azúcar al té. Para los nacidos en Virgo, las sustancias amargas del té son...»

«En realidad no me gusta el azúcar en el té», dijo Enna. «¿Tiene leche?»

«¡Oh!» El hombre se tocó la barba, con los ojos muy abiertos. «La leche sólo es buena para los terneros. Será mejor que se mantenga alejada de ella».

«Ya veo».

Dommermuth desapareció en una habitación contigua, probablemente la cocina, donde traqueteaban la vajilla y los cubiertos. Enna se volvió al verle regresar y buscó su arma. Parecía inofensivo, pero las apariencias engañan.

«Su té». Dommermuth llevó una bandeja al salón y la colocó sobre una mesa baja. Luego vertió líquido humeante de una gran tetera dorada y reluciente en dos tazas. Puso unos terrones de azúcar en una de las tazas.

«Soy un Tauro», dijo. «Como Tauro, necesito mucha energía».

Enna asintió, se inclinó hacia delante con dificultad y tomó la taza destinada a ella. Si Dommermuth había añadido gotas de nocaut al té, él también las tomaría. Esperó a que él lo probara y bebió un sorbo. Sabía muy aromático, pero demasiado amargo. Una o dos cucharadas de leche lo habrían arreglado, pero no había leche disponible.

«No recibo visitas muy a menudo», dice Dommermuth. «Así que, por favor, tómese todo el tiempo que quiera. Pero por lo que veo, tiene prisa».

«Es cierto, Sr. Dommermuth. Estoy trabajando en la investigación de un delito grave del que no estoy autorizado a hablarle. Como su

nombre se cruzó en mi mesa durante las comprobaciones rutinarias, me gustaría descartar la posibilidad de que tenga algo que ver con mi caso».

«No tengo ni idea de lo que está hablando, pero tengo una confesión que hacer: No podré proporcionar una coartada. Verá, vivo solo y ya casi no salgo desde que murió mi padre».

«Tiene un lugar muy acogedor aquí».

«Gracias, inspector. Desde que ya no puedo trabajar en el astillero, intento darle un sentido a mi vida. Un significado real o superior, ¿sabes?»

Enna asintió. Mucha gente buscaba eso. Ella había encontrado su propósito en atrapar criminales. No podía ni quería pensar en nada más elevado.

«Su padre... ¿Le dijo que se había casado?»

«Sí, por supuesto, con mi madre y con esa mujer».

Entonces así llamaba a su madrastra. Dommermuth no parecía pensar mucho de ella.

«Su madre murió joven, según mis registros».

«Ha hecho su investigación. Por desgracia, yo sólo tenía dos años entonces. Mi padre, me dijo más tarde, fue incapaz de lidiar conmigo y terminó encontrando a esa mujer».

«Sra. Dietrichsen».

Dommermuth hizo una mueca. «He estado intentando quitarme su nombre de la cabeza».

«¿Por qué? ¿Qué ha pasado?»

«Ella era... no muy amable conmigo. Afortunadamente, no recuerdo los detalles porque era demasiado joven, pero recuerdo que le tenía miedo todo el tiempo».

«¿Abusó de ti?»

Dommermuth se levantó y se arremangó la camisa como si tuviera intención de boxear con ella. Enna estaba buscando a tientas su arma cuando vio la cicatriz de su antebrazo. Iba desde el pliegue del codo hasta el dorso de la mano.

«Agua hirviendo. Ella dijo que la derramé de la estufa. Pero yo era demasiado pequeño para alcanzarla».

El hombre alto y fuerte tenía lágrimas en los ojos. Asintió y se sentó. Enna estaba conmovida por dentro y por fuera, pero también era un motivo de peso – salvo que la mujer que le había atormentado ya no estaba viva.

«Lo siento», dijo Enna. «¿No podía intervenir su padre?»

Dommermuth negó con la cabeza. «Se metió con la gente equivocada y acabó en Santa Fu seis años».

Santa Fu era la prisión de Fuhlsbüttel, en Hamburgo.

«¿Y se quedó con su madrastra?»

«Por supuesto. Todo parecía estar bien por fuera, así que las autoridades probablemente no vieron razón para entregarme a otra familia, aunque no fuera su hijo biológico. Incluso cuando mi madrastra se divorció de mi padre, me quedé allí».

Enna hizo cuentas. Debían de ser finales de los años sesenta. Los divorcios no eran tan comunes entonces como ahora, pero desde el punto de vista de las autoridades, era comprensible que la madrastra de Dommermuth no quisiera tener nada que ver con un delincuente.

«Su madrastra se volvió a casar y tuvo una segunda hija, Viola».

«Correcto. Eso empeoró aún más las cosas».

Oh tío, ese pobre niño. Enna aún podía verlo en Dommermuth. No era de extrañar que nunca hubiera tenido una relación.

«¿Su nuevo marido, su padrastro, también era violento?»

«No. Dietrichsen era un hombre sencillo. Por encima de todo, quería que le dejaran en paz, incluso su mujer. Amaba a su hija y a su negocio. A su esposa probablemente menos, y ella descargó su frustración conmigo. La gente no se divorciaba por cosas tan triviales en aquellos días».

«Pero eventualmente logró salir de ahí».

«Sí. Cuando mi padre cumplió su condena y salió en libertad condicional, vino a buscarme. No teníamos mucho – a veces sólo había pan para comer, muy diferente de la granja – pero no tenía que tener miedo todo el tiempo. Tuve que llevar pañales hasta los siete años. Cuando volvió mi padre, de repente eso dejó de ser un problema».

«Su padre vivió hasta una edad muy avanzada».

Enna quería volver al presente. ¿Cómo lo había llamado Neuhof? Una herida supurante de la que de repente brotaba pus. Se dio cuenta de que hoy pensaba en su colega más como «Neuhof» que como «Pavel» y apartó inmediatamente el pensamiento. Era una coincidencia.

«Sí, es verdad. Tuvimos una buena vida juntos. Nunca volvió a delinquir. Cuidé de él en sus últimos años».

«Debe haber sido agotador».

Dommermuth se rió. «Después de tanto tiempo en el astillero, fue como tomarme un descanso físico. Y tuve el apoyo espiritual de una chamán local. Podría ponerle en contacto con ella».

¿Chamán? No, gracias. Ya estaba suficientemente atormentada por Neuhof. Le vendría bien la ayuda de un sanador espiritual. ¿O estaba siendo injusta?

«Cuando murió su padre, ¿cambió algo?»

«¿Algo? ¡Todo! Habíamos pasado la vida juntos, permanecido juntos, bueno, hoy lo llamaría más bien *vivido juntos*», Dommermuth sonrió pensativo, «vimos documentales en la televisión, asistimos a conciertos de shanties – a mi padre le encantaban – e incluso tomamos una copa juntos».

«En el *Deichkante*?» Enna no recordaba haber visto nunca a Dommermuth allí.

«No, a papá no le gustaba el dueño, Andy. Deben haber discutido una vez. Es por eso que siempre fuimos al *Hafenecke*». Aquel bar ya no funcionaba; en su lugar se había construido un lujoso hotel.

«Este apartamento de aquí...»

«Sólo lo alquilé tras la muerte de mi padre. Ya no podía vivir en el piso que compartíamos. Le veía por todas partes. Ni siquiera un ritual de despedida fantasmal ayudó».

Era extraño que un hombre así creyera en esas cosas. Pero no había habido mucho en lo que valiera la pena creer en su vida. Era un caso de agarrarse a un clavo ardiendo.

«El lugar parece ... solemne».

«No podría haberme permitido este lugar sin mi padre. Le estaré eternamente agradecido por ello».

«¿Tanto ahorró?»

¿No había dicho Dommermuth que vivían de cheque en cheque? Un ex preso difícilmente habría podido encontrar los mejores trabajos.

«Yo ... Yo mismo me sorprendí».

«Si lo compruebo con el Banco Popular, ¿tendré confirmación?». Enna se sentó erguida, lista para saltar, esperando una reacción del gigante barbudo, pero no ocurrió nada, salvo que el hombre negó con la cabeza.

«Vale. No debería mentir. No es bueno para mi karma, y puede que no tenga mucho tiempo para mejorarlo».

«A mí también me gusta más la honestidad».

«Sabe, del atraco al banco por el que mi padre fue a la cárcel, el botín nunca se encontró. Se lo embolsó el amigo que cometió el atraco con él. Nunca vimos ni un centavo».

«Si todo se adquirió honestamente, no tiene nada que temer».

«Bueno, mi padre era el dueño del apartamento al que nos mudamos con Dietrichsen. Antes de ir a la cárcel, se lo cedió, con la condición de que si alguna vez lo vendía, me daría una parte».

«Pero no lo hizo».

«No, cuando salió no quedaba dinero. Vivíamos en la granja de los padres de mi madrastra. El dinero probablemente se usó para renovaciones».

«¿Por qué no se quejó su padre?»

«Le pregunté lo mismo. ¿Pero quién va a creer a un ex convicto? Nunca me lo dijo, y entonces empezó de nuevo. Nos teníamos el uno al otro, eso era lo principal».

A finales de los años sesenta, un preso contra una familia de agricultores establecida – Dommermuth tenía razón, su padre no habría tenido ninguna posibilidad de conseguir su dinero. ¿Pero hoy? ¿Vio Dommermuth una oportunidad?

«Nunca se lo dijo, pero me lo está diciendo a mí».

Dommermuth asintió. «Pops rompió su silencio justo antes de morir».

«¿No le hizo enfadar?»

«¡Claro que sí! Entonces tampoco tenía guía espiritual».

«Así que presionó a Dietrichsen».

«Bueno, yo no lo llamaría así. Le enseñé a mi hermanastra el contrato que mi padre había hecho con su madre. Creo que entonces pidió asesoramiento jurídico».

«¿Cuánto dinero había en juego?»

«El apartamento costó veinticinco mil marcos».

¿Cuánto valdría el contrato hoy, con intereses y revalorización?

«¿Su hermanastra te ofreció algo?»

Poco a poco fueron llegando al meollo de la cuestión. Un anciano que acababa de perder a su padre y de descubrir que su madrastra no sólo le había atormentado, sino que además le había robado mucho dinero – y al otro lado había una mujer en una situación similar, pero no tan desesperada. En la transferencia había escrito «D.S.». Enna había pensado en Schepker al ver la «S», pero, por supuesto, también podía significar Siegfried. Dommermuth, Siegfried. Así era como te referías a la gente si no la conocías bien.

«No, sólo se rió de mí. Dijo que tenía problemas más grandes que los contratos viejos».

«Y entonces le demostró que no era verdad».

Dommermuth se incorporó. Sus ojos se abrieron de golpe. «Me está acusando de... Inspectora, eso no está bien. Casi creo que usted no es Virgo».

«Eso no es una respuesta a mi pregunta».

«No ha hecho ninguna pregunta».

De nuevo tenía razón. Puede que Dommermuth no fuera muy culto, pero no era estúpido.

«¿Presionó a Viola Dietrichsen?»

Dommermuth levantó los brazos. «¿Lo hice?»

«Dígamelo».

«No estaba muy contento con su falta de ... empatía. Tal vez me puse un poco ruidoso. No la culpo de que su madre me torturara. Incluso creo recordar que Viola intentó defenderme de vez en cuando. Pero ella era varios años más joven que yo. ¿Qué podía hacer? Aun así, se beneficia del dinero que me habría correspondido».

Enna podía entender a Dommermuth. Probablemente habría gritado si estuviera en su lugar. La única pregunta era...

«¿Amenazó a la Sra. Dietrichsen? ¿Y llevó a cabo esa amenaza?»

«La amenacé con que volvería con un abogado. Que volvería a saber de mí y que no estaría contenta con su vida mientras estuviera sentada sobre dinero obtenido ilegalmente. Cosas así».

Uno podría tomárselo como una amenaza, sobre todo viniendo de aquel hombre con aspecto de oso. Dommermuth lucía como si siempre hubiera llevado personalmente la quilla de los nuevos cargueros hasta y desde el astillero.

¿Pero lo había hecho realmente? Por el momento parecía inocente, pero su apariencia podía ser engañosa.

«Y luego electrocutó a Willy para respaldar su amenaza».

«¿Quién es Willy?»

Preguntó por el nombre, no por el método de asesinato.

«Willy es una oveja que pertenece a la Sra. Dietrichsen. Electrocución, ¿significa algo para usted?»

«Por favor, parte de la soldadura en el astillero se hacía con electricidad. Ese es uno de los grandes riesgos. Tengo todos los certificados de soldadura que hay, MIG, MAG, TIG, incluso los que ya no existen, y por supuesto arco eléctrico. Si no se tiene cuidado, uno se puede electrocutar. Es bastante desagradable».

Eso era comprensible. Tal vez incluso apuntaba lejos de Dommermuth. Willy había sido claramente tratado de manera poco profesional. Suspiró. Por desgracia, las cosas nunca quedaban claras hasta que el presunto autor confesaba, e incluso entonces el trabajo no estaba hecho – estadísticamente, una de cada diez confesiones era falsa. Al menos con Dommermuth podían descartar la posibilidad de que estuviera intentando proteger a alguien. No le quedaba nadie más que él mismo.

«¿Mató a las ovejas?»

Dommermuth negó con la cabeza. «Sé que tiene que preguntar eso. Pero sigo una dieta vegana. ¿Cree que podría matar a una oveja?»

Enna oyó hablar a Neuhof. *El porcentaje de veganos entre los asesinos – ajustado por sexo y educación – no es inferior al del conjunto de la población*. ¿Realmente había dicho eso, o le había implantado un mini-Pavel en la cabeza que le hacía pensar esas

cosas? Al principio, tenía que escribirlas para recordarlas. Ahora se le escapaban de la lengua. La diferencia probablemente siempre iba a ser que a Neuhof nunca se le ocurría nada por accidente.

«Sí, creo que podría matar a una oveja, Sr. Dommermuth. Sólo depende del motivo».

«Esa es una actitud triste, Inspectora, si me permite decirlo. Realmente debería hablar con mi chamán...»

«No, gracias, Sr. Dommermuth. Creo que es todo por ahora». Dejó la taza de té sobre la mesa. Una migraña comenzaba a formarse en sus sienes. Debía de ser el intenso olor que había aquí. Los vapores le nublaron la vista cuando se levantó. Se sintió mareada. ¿Había intentado envenenarla? Todavía quedaban restos de PFC en la sangre de Dietrichsen por los que ni siquiera había preguntado. Pero eso no podía dejar inconsciente a alguien tan rápido. Enna estaba a punto de caerse, pero Dommermuth estaba allí, tendiéndole un brazo. Se agarró a él como a un pasamanos y aguantó hasta que el mareo cesó.

«Uf», dijo ella.

«No debería haber fingido ser Virgo», explicó Dommermuth. "El té tiene un efecto demasiado fuerte en otros signos. Por cierto, me planteé chantajear a mi hermanastra. Pero no matando ovejas inocentes. Mi intención era publicar mi historia en el periódico. Pero por alguna razón, ella no estaba preocupada por eso. Y entonces mi animal de poder me dijo que no malgastara mi karma con los Dietrichsens. Ya les había tocado la muerte».

«Tu animal de poder».

«Exactamente. Pero no puedo decirle cuál es».

«Gracias, Sr. Dommermuth. Si pudiera acompañarme a la puerta, le estaría muy agradecido».

«Todos estamos conectados en un ciclo universal de la vida». Con estas palabras, la condujo hasta la puerta y la cerró tras ella sin una palabra de despedida.



El aire fresco del exterior hizo maravillas. La migraña remitió. Dommermuth no había tenido una vida fácil, pero eso no significaba que estuviera libre de sospecha. No tenía coartada, y tenía un motivo de peso: una compensación por años de sufrimiento y una cicatriz permanente. El asunto esotérico podría ser una actuación. No creía que lo hiciera a propósito, pero a menudo los autores se entrenaban a sí mismos para creerse incapaces de los crímenes que cometían.

Esa es una mentalidad triste. Las palabras la habían golpeado más fuerte de lo que estaba dispuesta a admitir. Siempre había creído que su trabajo la había hecho dura. Pero, ¿se había vuelto dura? No, seguía creyendo que las personas eran buenas por naturaleza. Todo el mundo podía elegir hacer lo correcto – o lo incorrecto.

Enna corrió hacia su coche de policía. Lo había aparcado en la única plaza libre. Había un cartel que decía «Reservado para Dommermuth», pero allí no había ningún coche. En comisaría averiguaría si el hombre tenía coche. Tal vez encontrarían rastros de él. Lástima que no pudiera llevarse las botas. Habría sido como ganar la lotería si hubieran encontrado rastros de una de las ovejas en ellas. Pero las pruebas no eran lo bastante concluyentes como para justificar un registro.

Una vez en el asiento del conductor, sacó el móvil. Una llamada perdida de Neuhof. Le devolvió la llamada.

«Gracias, Enna. Estoy un poco preocupado por Berger».

«¿Aún no ha aparecido?»

«No. ¿Quizás está enfermo? ¿Un ataque al corazón o algo así? Espero no haberlo estresado demasiado. No está acostumbrado a trabajar conmigo así».

Qué bonito. ¿Quizás Neuhof también debería preocuparse por ella?

«Su mujer me lo habría hecho saber. Conozco a Christine. A menudo se enfada cuando su marido tiene que hacer horas extras, pero también sabe que él no quiere otro trabajo».

«¿Podría ir a ver cómo está?»

¿Y si Berger tenía una aventura? Mientras su esposa pensaba que estaba en el trabajo, en realidad se reunía con alguien en una pequeña casa de huéspedes. Christine podría ser bastante difícil a veces. Eso no era excusa para mentir y engañar, pero era una posible explicación. Una posible explicación en la que ella no quería verse envuelta.

Pero no, eso no encajaba con Berger. Su familia siempre había sido muy importante para él.

«Muy bien, Neuhof, iré a hacerle una visita. También deberíamos hacer otra visita a Viola. He oído algunas cosas de su hermanastro que ponen las cosas en una luz diferente».

Enna informó de lo que Dommermuth le había dicho.

«Eso ya es algo», dijo Neuhof. «Ha hecho una investigación excelente. Es verdad, Viola Dietrichsen nos debe una explicación».

Aún quedaban algunas preguntas sin respuesta sobre el periodista. ¿Por qué Viola no le había dicho a Neuhof lo que quería de ella?

«Y luego está el asunto de la transferencia a D.S., que por supuesto encaja con *Dommermuth, Siegfried* perfectamente».

«Berger debe haber llegado a una conclusión diferente. Vi algunas de las notas en su escritorio».

«¿Qué?» exclamó Enna. «¡Jefe, eso no está permitido! Privacidad, ¿ha oído hablar de ella?»

«Pero estaban al descubierto, y estoy preocupado».

Ella suspiró. «¿Y qué decían?»

«Que la D.S. en el recibo significa Dieter Schepker. Pero no mencionó cómo llegó a eso».

«¿Y está seguro de haber entendido bien la nota?»

«¡Oh, por favor! Dice, y cito: 'D punto S punto signo igual Dieter Schepker'. ¿Está lo suficientemente claro?»

«Bien. Lo dejaré así. Entonces lo que Dommermuth me dijo es verdad».

«Pero eso no significa que esté libre de sospecha», dijo Neuhof. «Al contrario. No le pagaron nada por su dolor. Eso le habría enfadado aún más».

Enna se acunó la cabeza. Era demasiado pronto para descartar a nadie. Dommermuth había querido acudir a la prensa. Era un mundo pequeño. ¿Y si se hubiera encontrado con Martin Jäger, de Bremen?

«¿Puede comprobar si hay un vehículo registrado a nombre de Dommermuth?», preguntó ella.

«Lo haré. Me alegro de que lo mencionara. El laboratorio criminalístico llamó. Han identificado huellas de un vehículo en el pequeño bosque donde al menos una oveja fue herida. Probablemente eran de algún tipo de autocaravana».

«¿Se puede saber por las cubiertas de las ruedas?»

«Sí. Yo tampoco lo sabía. Se llaman neumáticos CP. No se dañan al conducir sobre bordillos más altos, y tienen una presión de aire mucho más alta».

«Interesante». Enna sólo escuchó la primera parte. *Yo tampoco lo sabía.* ¿Cuándo había dicho Neuhof algo así? Tendría que escribirlo en su diario.



El corazón de Enna latió con fuerza después de que el timbre de los Berger callara. Olía a fruta madura. El otoño no parecía estar lejos. Pero, ¿por qué estaba tan preocupada? Sólo era una visita rutinaria.

Los ojos de la mujer de Berger se abrieron de par en par al abrir la puerta a Enna. «¿Qué haces aquí? Olaf no está aquí».

Enna intentó no mostrar su consternación, pero era dudoso que lo consiguiera. «Entonces nos hemos cruzado», dijo decepcionada. «¿Cuándo se fue?»

«¿A trabajar? Muy temprano. Llevó a nuestro hijo mayor al colegio y luego iba a ir a la oficina. Dijo que tenía una gran idea». Christine Berger, en traje de chándal, estaba en la puerta de la casa que los Berger alquilaban. Sostenía un trapo de limpieza.

«¿Cómo te pareció que estaba él?», preguntó Enna.

«Muy bien – parece que le gusta mucho su trabajo. Hoy tengo el turno de noche y podría haberse quedado dormido, pero le apetecía

mucho ir a la oficina. ¿Por qué me lo preguntas? ¿Debería preocuparme?»

A Enna le resultaba cada vez más difícil no fruncir el ceño. Seguramente Berger estaba registrando el bosquecillo en busca de más huellas. Tendrían que decirle que les avisara de tales acciones en el futuro.

«No, sólo quería preguntarle algo». Enna se dio la vuelta para volver a su coche patrulla.

«Espera un minuto, Enna. Me dirás si pasa algo que deba saber, ¿verdad?»

Conocía bastante bien a Christine y la consideraba una especie de amiga, así que asintió. «Pero sabes que no se me permite hablar de una investigación contigo».

«Por supuesto que sí. Sólo estoy preocupada. Olaf me contó lo de las ovejas que mataron. No dejes que se meta en problemas, por favor. Cualquiera que sea capaz de hacer eso es capaz de cosas peores».

«¿Se ha puesto en contacto contigo desde esta mañana?»

Christine se acercó unos pasos. «Sí, sí, ahora lo recuerdo. Me pidió el número de Leonie».

«¿Leonie?»

«Es mi sobrina».

«¿Es su cumpleaños o algo así?»

«No, sólo dijo que quería preguntarle por su cuñado».

«¿Quién es su cuñado?»

«Otto Kammerer. Le conoces, ¿verdad?»

Enna asintió. Kammerer era de la sucursal local del Volksbank. Había participado en su último gran caso. ¿Qué quería Berger de él? Christine no podía decírselo.

«Gracias, Christine. No te preocupes. Le diré a Olaf que se ponga en contacto contigo».

«Por favor, recuérdale también que no se olvide de la cita del pequeño con el traumatólogo a las tres. Hoy ha cogido el coche».

«¿Alguna vez olvida cosas así?»

«No, nunca, pero no quiero que hoy sea la primera vez».

«Entiendo. Sí, se lo recordaré».

Christine agitó su trapo de limpieza. «Tengo que irme ahora».



«Berger no está en casa», le dijo Enna a Neuhof por teléfono menos de dos minutos después, mientras se dirigía al centro de la ciudad en medio de un tráfico intermitente.

«Oh. No está bien. Estoy muy preocupado», dijo Pavel.

«Su esposa dijo que le pidió a su sobrina el número de Kammerer. Ya sabe, el director del banco».

«Sí, sí, le seguí hace tiempo. Pero eso no tiene sentido. El número está en la web del banco».

Tal vez Berger necesitaba el número de móvil de Kammerer por alguna razón. Eso seguramente no estaba en el sitio web. Enna dejó que el coche avanzara unos metros para acortar distancias. Hoy no le apetecía tomar uno de los atajos que sólo conocían los lugareños. Podía pensar mejor en un atasco y, cuando se hartara, encendería las luces azules. *Activar la luz de advertencia intermitente*, Pavel interrumpió sus pensamientos.

«¿Sigue ahí?», preguntó Pavel.

«Sí. Berger debe haber estado en la oficina muy temprano hoy», dijo ella.

«Esa es la impresión que da su puesto de trabajo».

«Probablemente ha descubierto algo que se nos pasó por alto y está haciendo su propia investigación. Pero por qué no contesta al móvil...». Enna suspiró.

«Llamaré a Kammerer y le preguntaré qué discutió con Berger. Tal vez eso nos ayude. Tengo mis sospechas».

«¿Dieter Schepker?», preguntó Enna.

«D.S.», eso es. ¿Qué le parece si nos reunimos en la granja de los Dietrichsen? Nos debe algunas respuestas, y la granja Schepker está cerca.

«¿Lo recojo?»

«No, Heino ha vuelto a funcionar gracias a su ayuda, así que iré en bici hasta allí».

Enna tuvo que sonreír. Últimamente, Neuhof prefería pedalear en su bicicleta antes que sentarse en el asiento del copiloto con ella. Era mejor para su salud.

«Ah, sobre la cuestión de la propiedad del coche», dijo Neuhof. «Dommermuth tiene a su nombre una furgoneta Ford Transit convertida en autocaravana».

«¿Una autocaravana? ¿El tipo de vehículo con neumáticos CP que estaba en el bosque?». Enna pensó en las botas cubiertas de tierra del apartamento de Dommermuth. El hombre le había parecido inofensivo, pero tal vez estaba actuando. Si era así, había desperdiciado a un buen actor.

«Sí», dijo Neuhof. «Parece que sus sospechas eran correctas después de todo».

Se alegró de oírlo, por supuesto, así que no corrigió a su jefe. Enna activó el intermitente y giró por una calle lateral. «Nos vemos en la granja Dietrichsen».



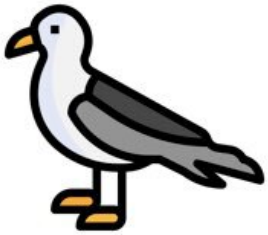
En el camino rural detrás del dique, el tiempo de finales de verano mostraba sus verdaderos colores. Enna llegó pronto, así que aparcó el coche patrulla junto a la carretera y subió los escalones hasta el dique. La marea estaba alta y el oleaje era mínimo. El mar parecía de un azul tan cursi como el de las postales de un centro de información turística, y el cielo estaba salpicado de motas blancas que podrían haber sido una versión abstracta de las ovejas de los prados que había detrás de ella.

Enna respiró hondo. Se moría por ir a nadar. El agua fría activaría su circulación. Aquí no necesitaría bañador. Estaban bastante lejos de la playa de arena más cercana. Pero no había traído toalla y probablemente no tendría tiempo. Mientras bajaba las escaleras, vio a un ciclista a lo lejos.

Al mismo tiempo, sintió un ligero golpecito en el hombro izquierdo. Enna levantó la vista. Una gaviota la sobrevolaba, chillando como si se riera de ella. Sacó un pañuelo del bolsillo y

limpió los excrementos lo mejor que pudo. Este debía de ser el karma del que hablaba Dommermuth. No estaba aquí para divertirse, sino para resolver un caso. La gaviota intentaba recordárselo. Enna le hizo un gesto con la mano y, como respuesta, otra mancha de caca aterrizó justo delante de sus pies.

Capítulo Diez



Como era de esperar, el patio parecía vacío. Berger aparcó su coche personal en la entrada. Había decidido deliberadamente no utilizar el coche de policía para no llamar la atención. No era fácil de convencer. Había conseguido localizar un número de teléfono móvil de un tal Dieter Schepker. Recientemente había sido utilizado varias veces en la zona de Fleetstedt.

Berger estaba orgulloso de sí mismo. Había descubierto el número de cuenta de un «D.S.» en las ampliaciones de las fotos ilegales de Enna. Al principio le había sorprendido que ni Enna ni Pavel se hubieran fijado en este detalle. Sobre todo teniendo en cuenta que Dietrichsen había transferido una suma de cinco cifras a esta persona.

Pero no le pareció oportuno ponerlo en conocimiento de ninguno de sus jefes. Probablemente tenían sus razones, que él simplemente no entendía. Y luego estaba la orden directa del inspector jefe. *Si nota algo y no está seguro, investigue un poco*. No estaba seguro de lo que significaba la instrucción, así que había investigado.

El primer paso había sido fácil. Los Dietrichsen, por supuesto, tenían todas sus cuentas en el Ostfriesische Volksbank de Fleetstedt, y Otto Kammerer, el director de la sucursal local, era cuñado de la sobrina de su mujer. Kammerer no se había mostrado muy entusiasmado con su petición, pero tras algunos ruegos y un poco de chantaje – Berger se había enterado de una supuesta aventura

que había tenido Kammerer – había accedido a darle al menos el nombre de pila del destinatario de los diez mil euros.

Como Berger aún tenía en el cajón la lista de teléfonos de Dietrichsen de la investigación de su suicidio, sólo tuvo que cotejar el nombre completo con ella y – sorpresa – resultó que el susodicho Dieter Schepker no se había escondido en algún lugar del país, como había supuesto, sino que había estado apareciendo en la costa una y otra vez. Y definitivamente no de vacaciones, porque sus huellas digitales rara vez se encontraban en la playa, sino más bien en los campos de los alrededores de Fleetstedt.

Probablemente viajaba en una caravana. Berger lo encontraría y lo invitaría a la oficina para charlar. Neuhof y Koopmann se quedarían asombrados. Berger estaba muy contento de que el inspector jefe le hubiera aceptado tan cordialmente en el equipo.

Berger sacudió la verja. Chirriaba en sus goznes como si no se hubiera abierto en años. Pero las bisagras dejaban claro que no era así. Encontró marcas en ambas alas donde el óxido había sido parcialmente raspado. Las acarició. Quedó un residuo marrón en la yema del dedo. Todo el peso del ala de la puerta debía de estar sobre la bisagra para rasparla de ese modo – la lluvia por sí sola no podía haberlo hecho.

Se dirigió a la puerta principal. Las ventanas eran tan altas que no podía ver el interior. Todo lo que podía ver era un techo blanco grisáceo. Intentó ver desde la pequeña plataforma frente a la puerta principal, pero había un arco de ladrillo en medio, tapiado alrededor de la entrada. Escuchó la puerta. Dentro oía el tic-tac de un reloj. Le recordó al reloj de su abuela, accionado por una pesa en una cadena. Alguien debía de haberle dado cuerda hacía poco. Berger llamó al timbre, pero no hubo respuesta. Probablemente la casa no tenía electricidad. La compañía eléctrica local podría confirmarlo.

Caminó por fuera de la propiedad. Era una granja del norte de Alemania, no una antigua fortaleza frisona. Tenía que haber una entrada en alguna parte. Había algunas dependencias junto a la casa. Schepker había criado ovejas, para las que debía de tener algún refugio en invierno. La ley exigía al menos un refugio techado

y protegido por tres lados, e incluso entonces sólo se permitía salir al exterior a los animales sanos y bien alimentados.

Pasado el granero y el refugio, llegó a un alto prado vallado. La valla estaba hecha de tablas anchas, pero ya no estaban bien sujetas. Berger se las arregló para apartar una, colarse por el hueco y volver a colocarlo en su sitio. De ese modo, nadie sospecharía que se había colado.

El prado estaba bastante embarrado. No se podía dejar pastar aquí a las ovejas – se pondrían enfermas. Desgraciadamente, llevaba puestos sus zapatos buenos del uniforme en lugar de unas botas, y cuando llegó a la verja que debía impedir que los animales que pastaban entraran en el corral, ya tenía agua en el zapato derecho. La verja sólo tenía un metro y medio de altura y estaba formada por barrotes metálicos horizontales por los que podía trepar fácilmente. Berger siempre se había enorgullecido de su forma física; en la academia de policía había estado entre los diez primeros de su promoción en educación física.

El patio estaba seco y tenía un aspecto muy extraño. Era como si todos los habitantes se hubieran marchado a la vez – no sólo las personas, sino todos los animales, hasta el gusano más pequeño. Incluso el estercolero era un cascarón estéril. Las gallinas ya no se rascaban en él. Ni siquiera olía, porque la microfauna había consumido todos los nutrientes y se había muerto de hambre.

Berger inspeccionó los edificios, que estaban agrupados como una familia. Allí estaba la madre, la casa. Al lado estaba el granero, el padre, con un característico tejado en voladizo. Berger entró en el granero. El suelo era sólido como la piedra. No había paja que indicara que allí se había trillado grano. Probablemente, los Schepker habían cultivado muy poco grano. Sin embargo, en el pajar había algunas balas de paja.

Intentó entrar en la casa. La puerta trasera también estaba cerrada, pero la cerradura era vieja. Si la llave no hubiera estado bajo el felpudo, sólo habría tenido que encontrar un trozo de alambre resistente. Junto a la puerta había un par de zapatos de madera bien gastados pero limpios. A Berger le recordaban a su infancia. Recordaba los zuecos que llevaba cada vez que tenía que ir

a la pocilga y atravesar el patio cubierto de estiércol hasta el establo. Más tarde, su padre pavimentó la mitad del patio.

Berger entró en la casa. Incluso el pasillo olía a moho. Nadie había ventilado la casa en mucho tiempo. ¿Por qué los propietarios, los Dietrichsen, no mantenían la casa en mejores condiciones? Había visto un cartel de alquiler en la entrada. ¿Quién querría alquilar una cripta como esta? Porque eso es lo que era. Los muebles estaban cubiertos de sábanas, lo que hacía que pareciera una colección de fantasmas congelados esperando la medianoche para volver a la vida.

Un escalofrío le recorrió la espalda mientras exploraba las habitaciones. En el salón encontró el reloj que había oído desde fuera. Todo el reloj estaba cubierto de polvo, pero la llave que abría la tapa que ocultaba la pesa estaba brillante y limpia. Berger sacó el móvil del bolsillo y lo iluminó con su luz el suelo. No había marcas en la moqueta, pero sí en los tablones de madera pintados de marrón que había entre las tablas del suelo.

Inspeccionó el dormitorio. Al principio, dudó en apartar la gran sábana que cubría la amplia cama de matrimonio. Por alguna razón, tuvo la sensación de que debajo encontraría los cadáveres de la pareja. Lo cual, por supuesto, era una tontería, porque la señora Schepker estaba muerta y enterrada, mientras que el señor Schepker deambulaba con un teléfono móvil. Difícilmente se escondería aquí en la cama.

Como no quería ceder a su miedo infundado, Berger retiró por fin la sábana – y se sobresaltó. Había alguien tumbado en el centro, en el pliegue donde él había dormido a menudo de niño. Su corazón latió con fuerza, aunque sólo se tratara de un anticuado oso de peluche de color marrón amarillento. Las camas estaban hechas. Las sábanas las habían protegido del polvo, así que prácticamente podía tumbarse en ellas. Berger habría elegido dormir en cualquier sitio menos en esta cama.

A la derecha de las dos camas había una pequeña puerta que revelaba dos tramos de escaleras que conducían a una pequeña habitación. Probablemente era donde habían vivido los criados cuando los Schepker tenían criados. Las dos camas estaban

separadas y eran mucho más estrechas, pero más largas que las camas de los niños. La granja de los Schepker sería un buen lugar para alquilar como casa de vacaciones una vez retiradas las cosas espeluznantes.

Atravesó el dormitorio y el salón hasta llegar a la cocina. Los Schepker habían cambiado a una cocina eléctrica. El grifo del fregadero funcionaba, aunque al principio escupía agua marrón. Esto sugería que no tenían pozo propio, sino que estaban conectados a la red pública de suministro de agua. La despensa estaba junto a la cocina. Estaba vacía, pero aún olía a salchichas ahumadas. La mayoría de los granjeros de la zona ahumaban su propia comida, ya fuera pescado, salchichas o jamón.

Berger salió de casa. No parecía que nadie hubiera estado allí recientemente. Pero probablemente alguien venía de vez en cuando a ver cómo estaban las cosas. Tal vez fuera Dietrichsen.

Los dos niños estaban encajonados entre su padre y su madre – dos edificios mucho más pequeños. El primero resultó ser un establo. Probablemente, Schepker había criado conejos en las habituales cabañas de varios pisos. Los animales ya no estaban, pero había unas cuantas tablas colgando del techo con pieles extendidas sobre ellas. Probablemente nunca llegó a venderlas. El otro edificio tenía una puerta doble en la parte delantera asegurada con un candado. Berger cogió una barra metálica del granero y golpeó la argolla que sujetaba el candado. Un solo golpe bastó para romper la argolla.

Abrió el portón. Detrás había una caravana de color rojo brillante. No, más bien una autocaravana. *Ford Transit* estaba escrito encima de la matrícula. El vehículo estaba matriculado en el distrito de Wittmund y aún conservaba los papeles de matriculación. Pero no había encontrado ninguna matrícula a nombre de Dieter Schepker. ¿Schepker vivía con una identidad falsa – o le habían robado la furgoneta? Berger pasó por delante de la furgoneta y trató de echar un vistazo al interior. La puerta del conductor estaba abierta. Berger entró y buscó a tientas la llave. Estaba en el contacto. En teoría, podría irse, pero le costaría atravesar el portón. Buscó detrás de los parasoles, pero sólo encontró los papeles de la matrícula. En la

guantera sólo había un par de guantes extrañamente rígidos. Los olió y se le revolvió el estómago. Seguramente era sangre lo que había hecho que los guantes estuvieran tan rígidos. Por desgracia, no había traído las bolsas estériles que Neuhof y Koopmann utilizaban para este tipo de hallazgos. Pero no pasaría nada si la policía científica los recogía más tarde.

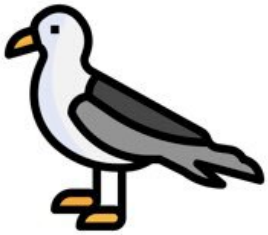
Berger volvió a salir. Ya había dejado demasiadas huellas. Echó otro vistazo al interior de la autocaravana, pero no pudo ver gran cosa. La cama no parecía estar hecha. Un... cuerpo yacía inmóvil sobre ella.

¡Mierda!

Berger contuvo la respiración y parpadeó. Maldita sea. No era un cuerpo, era un saco de dormir, nada más.

Dejó escapar un suspiro de alivio, salió del cobertizo, sacó el móvil y fotografió la matrícula. Pediría a Tráfico que la comprobara de inmediato, aunque ya sabía a quién pertenecía. Berger se llevó el teléfono a la oreja. Al mismo tiempo, sintió un dolor agudo en la nuca. Extendió los brazos y los agitó como si pudiera volar, pero ni siquiera consiguió frenar la caída, sino que cayó hacia atrás como un árbol derribado.

Capítulo Once



Pavel detuvo a Heino a pocos metros de la verja del patio. La verja estaba abierta, creando un estrecho pasillo. Enna ya estaba allí, arrodillada en el suelo, hablando con el perro de Dietrichsen.

«Vale, Onno, eres mi niño grande. Sí, eso te gusta, ¿verdad?»

El perro respondió con gruñidos y jadeos. Pavel no sabía si le gustaba el trato o no. Pero, de nuevo, casi no tenía experiencia con perros. Sus únicas mascotas habían sido peces, y no le habían permitido acariciarlos. Pero como Onno no se resistía, parecía que no le importaba.

«Ejem».

Onno saltó y ladró. Enna se volvió hacia Pavel mientras mantenía el contacto con el perro con la mano izquierda.

«Tranquilo, Onno. Este es Neuhof, mi jefe. Es un amigo».

Un amigo. A Pavel le gustó cómo lo dijo. También parecía funcionar con Onno, porque de repente se puso boca arriba y agitó las cuatro patas en el aire.

«Lo siento, amigo», dijo Enna, «pero ahora tengo que trabajar».

«¿Le entiende?», preguntó Pavel. En realidad, quería saber si Onno le dejaría en paz. No tenía nada en contra de los perros, siempre que no saltaran sobre él.

«Si quiere saber si Onno le dejará en paz – sí, siempre que lo ignore. Intentará que juegue con él, pero si le ignora, se dará cuenta

de que no es su compañero de juegos. Un perro listo, ¿verdad?»

Enna se levantó y rascó al animal detrás de las orejas. Onno sacó su larga lengua y miró a Enna con sus grandes ojos oscuros.

«La verja estaba abierta y Onno vino corriendo hacia mí», dijo Enna. «Por eso aparqué el coche patrulla más lejos».

Pavel asintió. No le gustaba. «¿Seguro que Dietrichsen no deja su puerta abierta deliberadamente?»

«No. Onno es todavía muy joven. Podría haberse escapado».

Pavel tragó saliva, con un nudo en la garganta. «Entonces, vamos», dijo. Quizá el mal presentimiento de sus entrañas le estaba engañando.



«¿Sra. Dietrichsen?», llamó Pavel. «Es la policía». Había empujado la puerta principal, que no estaba cerrada. Salía un agradable olor a patatas recién hervidas, pero por lo demás todo estaba tranquilo.

«¿Viola? Por favor, salga», intentó Enna. Entre los dos, su voz era la más alta, pero tampoco obtuvo respuesta.

«Creo que dadas las circunstancias podemos...» Pavel empezó, pero Enna ya había desenfundado su pistola y había entrado al pasillo.

La siguió, contento de no haber venido solo como había planeado en un principio. Cuando se enteró de que Dommermuth poseía una autocaravana, se sintió culpable por haber enviado a Enna a verle a solas. Por haber juzgado mal al hermanastro, su colega podría haber estado en peligro. Tendrían que evaluarlo. Más tarde.

«Eche un vistazo», dijo Enna, que había abierto la puerta de la cocina.

Todo tenía el mismo aspecto que recordaba de su última visita. Pero algo iba mal. Una silla se había caído. Pavel se tapó la boca con la mano. Aquel detalle lo cambiaba todo. Un vaso podía estar vacío, un ramo de flores marchito, una puerta de armario abierta – pero eso no le habría asustado tanto como la silla tumbada de lado en el suelo. Pavel la vio volcar en su mente. Viola Dietrichsen había estado

sentada en ella. Quizá había discutido con su captor. En algún momento, él se había enfadado tanto que había pateado la silla y la había hecho caer.

«Hay bridas sobre la mesa», dijo Enna con voz tensa.

Por supuesto. Habían atado a las ovejas con ellas. Pavel se arrodilló y apoyó la mejilla en el cálido suelo de madera para poder ver directamente a través del suelo. Allí, a unos treinta centímetros del respaldo de la silla, ¿qué era eso? Se acercó sigilosamente. ¿Una mancha de sangre? Eso parecía. Viola Dietrichsen se había golpeado la sien contra la madera. ¿Y después qué? ¿La habían noqueado y arrastrado por la casa? Pero entonces habría marcas de arrastre en el patio.

«El secuestrador debe de estar armado», concluyó Pavel en voz alta. «La obligó a ir con él».

O con ella, esperaba que Enna hubiera respondido. «Pondré una orden de búsqueda sobre Dommermuth y Schepker», dijo su colega.

«Por favor, avise también a la policía científica. Puede haber pistas aquí que apunten al secuestrador»

«Lo haré. Y tenga cuidado, jefe». le gritó Enna al salir de la cocina.



Pavel se arrastró por la casa. Las tablas del suelo crujían. Enna tenía razón. Se había convencido de que habían secuestrado a Viola Dietrichsen. Pero también podía estar escondida aquí, en la casa – y con ella el secuestrador armado al que habían avisado de su llegada. La cuestión era: ¿qué quería el secuestrador?

Estos casos suelen implicar chantaje. ¿Pero quién era el objetivo? A Dietrichsen ya no le quedaba familia. Sörensen, el médico rural, podría tener dinero, pero su interés por Viola no parecía provenir de un amor verdadero. Con suerte, el secuestrador no había calculado mal. ¿O sufriría Viola Dietrichsen el mismo destino que sus ovejas? Pavel desenfundó su pistola. Su mundo se centró en lo que tenía delante y detrás. Eso al menos le hizo sentirse un poco más seguro.

Llegó al dormitorio. La cama no estaba hecha. Se había dormido en ambos lados, así que Viola probablemente había tenido un invitado por la noche. Maldita sea. ¿Ahora buscaba a dos personas? Pavel se aseguró de que la habitación estuviera vacía, se colocó de modo que pudiera vigilar la puerta y sacó el móvil del bolsillo. Sörensen era fácil de encontrar en la red. Marcó su número mientras su atención seguía recorriendo la habitación.

«Oficina del Dr. Sörensen, Lisa al habla, ¿en qué puedo ayudarle?»

«El doctor, necesito hablar con él».

«Está con un paciente en este momento. Podría...»

«Es la policía», interrumpió. «Es una cuestión de vida o muerte».

«Yo ... Está bien».

Al menos el propio Sörensen no estaba en peligro.

Hubo un clic en la línea, luego sonó la voz del médico. «Aquí Sörensen».

«Pavel Neuhof. ¿A qué hora salió de casa de Viola esta mañana?»

«¿Qué está...?»

«Viola ha sido secuestrada. Necesito saber cuándo ocurrió».

«¡Es terrible! He tenido que salir muy temprano esta mañana. Tuve una operación ambulatoria a las siete y media. Parece que he tenido mucha suerte».

Justo lo que pensaba Pavel. Sörensen sólo se alegró de no haber sido afectado.

«¿Hay algo más que pueda hacer por usted?», preguntó el médico.

«Si alguien contacta con usted para intentar chantajearle, avísenos, ¿quiere? Somos los únicos que podemos salvar la vida de su amiga».

«Lo haré».

La llamada terminó. El interés de Sörensen por su amante era aún menor de lo que Pavel había supuesto. Estuvo a punto de vomitar, pero se controló.

Salió de la habitación, con la pistola preparada, y recorrió con el hombro la pared hasta la escalera. Había olor a moho. Pavel lo conocía de las viejas granjas de la zona. Si tenían sótanos, se

inundaban a menudo con las aguas subterráneas o las lluvias torrenciales. Algunos utilizaban deshumidificadores para combatirlo, pero si las paredes llevaban en pie más de cien años, no era buena idea intentar secar de repente las paredes que se desmoronaban.

Lo que no le gustaba tanto era la luz parpadeante. De niño le daba miedo la oscuridad. Lo había superado hacía mucho tiempo. Hoy le preocupaba el estado del cableado eléctrico. Cables roídos por el tiempo o las ratas, humedad y doscientos veinte voltios no eran una combinación agradable. Por eso prefirió no agarrarse a la barandilla, que era una barra de metal oxidado.

Pavel pudo ver el suelo de adoquines grises cuando uno de los escalones se derrumbó bajo su peso. De repente, su pie derecho se quedó sin apoyo y resbaló hacia delante, mientras la parte superior de su cuerpo caía hacia atrás. Por un segundo, tuvo la opción de sacrificar el cúbito y el radio o el sacro. Eligió el trasero, ya que podía trabajar de pie, pero no pudo contenerse y cayó con fuerza sobre el borde de un escalón.

El dolor le atravesó hasta tal punto que su visión se volvió negra. Cuando despertó, la oscuridad permanecía. Maldita sea. ¿Se había llevado el cable de alimentación al caer? Si era así, ahora tenía que tener mucho cuidado. Buscó a tientas, pero sólo encontró polvo y su arma, que se le había caído de la mano. Probablemente los Dietrichsen habían instalado luces temporizadas aquí abajo. Pavel hizo un gesto con la mano, pero la luz no se encendió sola.

Algo chirrió y luego unos pasos se acercaron a él. Pavel agarró la pistola. No había tenido tiempo de memorizar su entorno, por lo que le resultaba difícil calcular la trayectoria de las ondas sonoras que llegaban hasta él. Pavel cerró los ojos un momento para concentrarse. ¡Alguien venía de arriba! Se mordió los labios para que no le castañetearan los dientes y contuvo la respiración.

«Pavel, ¿es usted?» Era Enna. ¡Uf!

Una luz brillante le cegó. Levantó los brazos y, al mismo tiempo, oyó dos pasos rápidos y el chasquido metálico del seguro de una pistola de servicio.

«No, Enna. Soy yo».

La luz recorrió su cuerpo. «¿Por qué no lo dijo, Neuhof? Me asusté mucho cuando se movió de repente».

«Lo siento, asumí que lo sabría...»

«Pavel, tenemos un secuestrador aquí y no había oído de usted durante varios minutos. ¿Cómo podría...?»

Un chirrido repentino. El sonido procedía de arriba. Desde allí, oyeron el sonido de la madera chocando contra la piedra.

«¿Qué ha sido eso?», susurró Pavel.

«Espere un momento». El haz de la linterna giró y salió disparado escaleras arriba.

«La puerta está cerrada», dijo Enna, subiendo las escaleras mientras su sombra se alargaba hacia abajo. El olor a moho era más fuerte que nunca. La puerta traqueteó cuando Enna la sacudió.

«El pestillo está atascado», dijo ella.

«¿No se puede abrir desde aquí?»

«No lo parece». Enna se agachó. «La llave está por fuera».

«Somos dos auténticos profesionales», dijo Pavel. «Encerrarnos en el sótano cuando tenemos que resolver un secuestro».

Se oyó un golpe. Enna se había lanzado contra la puerta, pero esta debió de aguantar. «¿Puede echarme una mano?»

Pavel se puso en pie, pero gimió de dolor al intentar agacharse. Tuvo que arrodillarse, levantar el trasero y subir las escaleras contoneándose. Logró subir la última parte con la ayuda de la barandilla de hierro, que no lo electrocutó. Fue un alivio.

«Debo haberme roto el coxis», dijo.

De repente, Enna tenía el móvil en la mano. En la oscuridad, Pavel sólo podía ver la brillante pantalla.

«No hay señal», refunfuñó Enna.

Eso era evidente.

«¿Y ahora qué?» preguntó Pavel.

«Vamos a morir de hambre y sed aquí abajo».

Probablemente era una exageración. La mayoría de los granjeros guardaban sus provisiones en la bodega – conservas de fruta, zumos, patatas o manzanas. Se relamió los labios al pensar en el rumtopf que su abuela había preparado a lo largo de los años. De niños, se habían servido regularmente. Sin que se dieran cuenta,

pensaban, hasta que un día la abuela confesó que sabía desde hacía tiempo que se estaban sirviendo. Al fin y al cabo, era fácil llenar un rumtopf de fruta y ron.

«¿Por qué se cerró la puerta?», preguntó Pavel.

«¿No sintió la corriente?» respondió Enna. «Alguien debió abrir la puerta principal, provocando una corriente de aire, y...»

«¿Alguien?»

Llamaron a la puerta. «Hola, ¿están ahí?»

«Por supuesto, la policía científica», dijo Pavel con alivio.

La puerta volvió a abrirse con un chirrido. Un haz de luz brilló en el interior, iluminando la silueta de Enna.

«Gracias por salvarnos, María», dijo Enna. «Iré a enseñarte la casa». Enna subió corriendo las escaleras. Poco después, las luces volvieron a encenderse en el sótano.

«¿Y usted, Neuhof?», sonó su voz. «¿Necesita ayuda con las escaleras?»

Era una buena pregunta. Ahora que estaba de pie, no sentía ningún dolor. Pero la corriente de aire le había despertado la curiosidad. Debe haber una salida abierta aquí abajo que no habían notado desde el exterior. De lo contrario, la puerta no se habría cerrado.

«No, gracias, Enna. Miraré por aquí abajo. ¿Puede poner cinta adhesiva en el interruptor de la luz para que no me vuelva a sumergir en la oscuridad?»



El sótano constaba de cuatro habitaciones, pero era mucho más pequeño que la superficie de la casa. Probablemente se añadió más tarde. Pavel descubrió un pequeño cuarto de servicio donde se encontraban la calefacción de gasoil y las bombas de agua. En dos habitaciones se almacenaban alimentos. En una de ellas se almacenaban patatas y manzanas. Había suficiente para alimentar a cuatro personas hasta la primavera. Viola Dietrichsen nunca utilizaría tanta cantidad, pero probablemente su padre había insistido en ello.

Los viejos granjeros recordaban los días posteriores a la guerra y el valor de unos pocos alimentos sencillos.

Pavel levantó el dedo índice. Todavía corría una ligera brisa. Probablemente, Doldinger o Enna habían puesto un calzo en la puerta del sótano para que no pudiera volver a cerrarse. La corriente de aire condujo a Pavel al segundo almacén. Aquí, una abertura enrejada daba a una lumbrera. La rejilla era fácil de apartar. La lumbrera era un poco más ancha que el cuerpo de Pavel y tenía al menos dos metros y medio de profundidad. Había telarañas en las paredes, pero no tantas como él habría esperado de una lumbrera que no se había utilizado en años. Los peldaños empotrados en la pared izquierda estaban sorprendentemente limpios. Pavel gimió al subirlos. Llegó a una cubierta transparente que pudo empujar hacia arriba y a un lado. Alguien que conociera el lugar podría entrar o salir de la casa por aquí en cualquier momento.

Siegfried Dommermuth había vivido en esta casa durante varios años. Schepker, en cambio, no conocía tan bien el patio de su antiguo socio. La autocaravana. El conocimiento local. El motivo. ¡Y le había puesto al hombre su mejor ayudante en bandeja!

Pavel volvió a bajar al sótano. Su trasero lo soportó sorprendentemente bien. Quizá sólo fuera un moratón. Por una vez podría tener suerte. Dos veces, en realidad, porque Dommermuth no le había hecho nada a Enna. Por eso, de repente se sintió muy agradecido.

Examinó las provisiones en los estantes de acero. Los tarros estaban alineados como soldados: fresas, grosellas, cerezas, guindas, ciruelas. Debió de ser un trabajo duro. Algunos de los tarros estaban tan polvorientos que debían de llevar allí años. Pavel contó las filas y los estantes, los multiplicó y llegó a unos doscientos tarros. ¿Quién iba a utilizarlos? La gente estaba acostumbrada a comer fruta fresca del supermercado. En conserva, sabían, bueno, diferente... Luego había varias mermeladas y un rumtopf.

No, dos. Eso era realmente inusual. Pavel se puso guantes desechables y examinó los tarros, que eran de barro cocido. Cerca, debajo de la tapa en uno, y más o menos en el centro en el otro, flotaba un plato en la preparación de ron, que se suponía empujaría

al fondo cualquier fruta flotante. Obviamente, la olla medio vacía estaba lista para comer, mientras que la otra se reservaba para el otoño. Así lo confirmaba el relleno: la olla medio llena tenía trozos de pera en la parte superior, aunque la cosecha de peras de este año aún estaba por llegar. Un rumtopf siempre se llenaba en el orden de la cosecha y, si era posible, no se removía.

Ninguno de los rumtopf tenía polvo, señal inequívoca de que alguien los había manipulado. Pavel se preguntó si debería probarlo. El dulce aroma le había abierto el apetito. Pero entonces recordó lo que su amigo había encontrado en las muestras del viejo granjero. Cogió un bote, luego otro, pero nadie había puesto una etiqueta con la dirección del propietario. Habría sido demasiado fácil para el culpable dejar un rastro tan evidente.

«¡Oh, ahí está!» Pavel se dio la vuelta. Enna y Maria Doldinger habían entrado en el sótano.

«Huele bien», dijo María.

«Prefiero no probarlo», dijo Pavel. «Encontramos PFC en el cuerpo de Dietrichsen».

«¿Tu colega Kettner tuvo a la pobre Viola sobre la mesa?»

«No, se refiere al viejo Dietrichsen», explicó Enna.

«¿Pero nunca hubo un toxicológico...?»

Enna suspiró. «Mejor que no preguntes, María».

La policía científica enarcó ambas cejas mientras Pavel decía:

«Quisiera pedirle, Sra. Doldinger, que analice los dos rumtopf en busca de perfluorocarbonos. ¿Cuánto tiempo le llevaría?»

«Oh, Si estoy buscando algo específico, puedo hacer una prueba rápida. Tendrá los resultados media hora después de que vuelva al laboratorio».

«¿Y cuándo volverá al laboratorio?»

«Si es tan urgente, puedo hacer que mis colegas terminen aquí por su cuenta».

«Excelente», dijo Pavel, señalando las escaleras. «Es una emergencia. Tenemos una... situación aquí. Pongámonos a trabajar rápidamente. ¿Tenemos huellas dactilares de alguno de nuestros sospechosos en el ordenador?»

Enna negó con la cabeza.

«Lástima. Muy bien, iremos primero al apartamento de Dommermuth y luego a la vieja granja Schepker. Organizaré una patrulla para conseguir algunos refuerzos».



«No tiene mala pinta», dijo Pavel.

Enna asintió y aparcó el coche patrulla en el espacio reservado para Dommermuth. Probablemente, la autocaravana seguía en la carretera. ¿Había huido el sospechoso? Un patrullero había llamado al timbre de su apartamento, pero nadie había respondido.

«Vamos a entrar», decidió Pavel. «¿Tiene un chaleco para mi colega?»

El agente uniformado de más edad le entregó un chaleco antibalas en la mano y Pavel se lo entregó a Enna, que negó con la cabeza.

Pavel imitó su gesto. «Así, o de ninguna manera», dijo él.

Enna arrugó la nariz, pero no dijo nada y se puso el chaleco.

«Eso ayudará», dijo Pavel. «No quiero perderla por un gilipollas».

Por supuesto, un chaleco no ofrecía protección absoluta, especialmente a corta distancia. Si Dommermuth le apuntaba a la cabeza, sería su fin. Pero al menos podían minimizar el riesgo.

Cuando todos estuvieron listos, señaló con la cabeza la dirección de la casa. Se movieron al unísono.



Pavel tocó el timbre.

No hubo respuesta. El pájaro parecía haber volado del gallinero. ¿Deberían irrumpir en el apartamento y tomar algunas huellas dactilares?

«Espere», dijo Enna.

Los dos patrulleros se apoyaron en la pared del pasillo. Parecían aburridos, pero quién sabía, tal vez había un asesino de ovejas al

otro lado de la pared.

Enna llamó a la puerta y se colocó frente a la mirilla.

«Soy yo, Siegfried», dijo. «Por favor, abra la puerta».

No hubo respuesta.

«Sólo queremos hablar con usted. Es sobre su hermanastra».

Estaba en silencio detrás de la puerta, pero a Pavel le pareció ver pasar una sombra por la mirilla. Enna tenía visión directa. Hizo una señal de aprobación con el pulgar levantado.

«Viola no está en casa. Probablemente ha sido secuestrada. Encontramos sangre en el suelo. Tenemos que encontrarla».

No se escuchaba ningún sonido. Los patrulleros hablaron en voz baja. «¡Shh!», siseó Pavel.

«Siegfried, siempre he sido honesta con usted, ¿no? Encontramos rastros de su autocaravana cerca de la escena del crimen».

Era mentira. No habían podido comparar las huellas de los neumáticos con las del bosque. Necesitaban la autocaravana para hacerlo. Lo único que sabían era el tipo de neumático. Pavel comprendió lo que Enna intentaba hacer. Quería remorder la conciencia de Dommermuth. Pero no funcionó.

«¿Le conté lo brutalmente que alguien atacó a las ovejas? Es la misma persona que tiene a Viola Dietrichsen en sus garras ahora mismo».

Enna era buena. Si Dommermuth no era el culpable, no podía dejarlo pasar. ¿Acaba de oír un ruido? Sonaba como una cadena cayendo.

«Siegfried, necesitamos su ayuda», volvió a intentar Enna. «No tengo ni idea de cuánto tiempo tenemos o cuánto tiempo de vida le queda a su hermanastra. Pero ella no es responsable de su sufrimiento. Me habló del karma. ¿Qué pasará con su karma si Viola tiene que sufrir o incluso morir por su culpa?»

Algo crujió. Un ruido metálico, luego la puerta se abrió. Pavel se agachó, sacó su pistola y empujó la puerta con fuerza.

«¡Ay!», dijo Siegfried Dommermuth, tapándose la nariz.

«¡Manos arriba!», gritó Pavel.

«Está bien», dijo Enna. «Está desarmado. Hablemos».



«Yo no quería nada de esto», explicó Dommermuth. El hombre alto y fuerte se sentó encorvado en el sofá, como si quisiera hundirse en él.

«¿Qué le dijo Schepker?», preguntó Enna.

«Que tenía una cuenta pendiente con los Dietrichsen. Desde hace mucho tiempo. Fue culpa de ellos que el diablo se llevara a su familia».

«Pero debe saber que eso es pura locura», dijo Pavel. Enna le dio una patada en la espinilla. Miró a Dommermuth, pero éste no se había dado cuenta.

Dommermuth sollozaba. «El hombre estaba realmente desesperado, y lo único que quería era mi vieja autocaravana por unos días. Me reuní con él en casa de los Dietrichsen».

«El diablo», dijo Enna, «¿aparece en su mundo, Siegfried?»

«Diablo, maldad, fuego eterno, no creo que exista, en el sentido de una existencia demostrable», dijo Dommermuth lentamente. «Pero sé que algunas personas son atormentadas por él».

El sospechoso susurraba. Su voz era tan penetrante que a Pavel se le erizó la piel.

«Todo esto me parece muy vago», dijo Pavel, quitándose de encima la extraña sensación, levantándose de la silla junto al sofá y paseándose por la habitación. «¿De qué hablaron exactamente Schepker y usted? ¿Para qué utilizaba su autocaravana? Y lo más importante, ¿dónde está ahora?»

Otra patada en la espinilla al pasar junto a la mesita. Entornó la cara y miró a Enna, pero ella le devolvió la mirada con un brillo en los ojos que él no había visto antes.

«¿Dónde vive el diablo?» preguntó Enna. Parecía casi una hechicera, pues el enorme cuerpo de Dommermuth se relajó visiblemente bajo su voz. «¿Qué está tramando?»

«Sospecho que es un ritual», susurró Dommermuth. «Schepker cree que el diablo va tras su alma, pero que él puede ofrecerle un sustituto. Sé que suena extraño, ya que ningún diablo se

conformaría con menos que el objeto del trato, pero creo que Schepker se ha convencido a sí mismo de ello».

Por supuesto que era una patraña. Sólo había un diablo, en la cabeza de Schepker, y tenían que detenerlo.

«¿Le dio el hombre una dirección?», preguntó Enna. «¿Un lugar donde piensa realizar el ritual?»

Dommermuth negó con la cabeza.

«¿Dónde ha estado Schepker todo este tiempo?», preguntó Pavel.

«En su granja, ¿dónde más?»

Maldita sea. Habían estado tan cerca del monstruo. Probablemente los había estado observando desde dentro de la casa.

«Vamos a llevarlo con nosotros ahora», dijo Pavel.

Enna se levantó y se puso a su lado. Le hizo un gesto para que se agachara un poco. «Si Dommermuth le llama, quizá podamos encontrar a Schepker», le susurró al oído.

«Pero eso no tiene sentido», dijo Pavel. «¿Usted cree esa leyenda urbana sobre el rastreo de la señal?»

En algunos dramas policíacos de televisión, los malos tenían que permanecer en la línea durante cierto tiempo para poder ser localizados. Pero eso ya era obsoleto en casi todo el mundo. El número de teléfono se transmitía inmediatamente con cada llamada y, si se disponía de la tecnología necesaria, se podía leer y averiguar a qué torre estaba conectado el propietario.

Pero eso podría llevar tiempo, porque el proveedor necesitaría una orden judicial. Para entonces, Schepker haría tiempo que habría matado a su víctima, como las tres ovejas. Pavel sudaba y tenía los brazos cubiertos de manchas rojas, como siempre que estaba estresado.

Enna lo arrastró al pasillo, donde habló más alto. «¿Es eso realmente lo que piensa de mí?»

«Siente pena por el tipo del sofá. ¡Pero él suministró el vehículo usado para un secuestro! Está implicado. No podemos dejarlo aquí. Y llamar a Schepker no ayudará. No tenemos tiempo para una solicitud de identificación de llamadas».

«En primer lugar – tenemos que darnos prisa», dijo Enna. «Él no es un riesgo de fuga. Haremos que la patrulla lo vigile. En segundo lugar – ¿qué hay del buen trabajo policial a la antigua usanza? Escucharemos qué otros sonidos llegan a la línea».

Pavel respiró hondo. Ahora no podía cometer ningún error. Y eso incluía no intentar algo que pudiera ayudar.

«De acuerdo, entonces. Que haga una llamada».



Pavel se quedó en el pasillo. Tenía la ligera sensación de que Enna agradecería su ausencia. Aquellas patadas en las espinillas probablemente no habían sido un accidente. Sacó el móvil y llamó a la policía científica.

«Aquí Doldinger. ¿Es usted, Pavel?»

«Seguro que sí».

«Estaba a punto de llamarlo».

Su teléfono vibró. Era una segunda llamada. El prefijo era Fleetstedt. No importaba. Tendría que esperar. Desechó la llamada.

«Eso es maravilloso. ¿Tiene algo para mí, María?»

«Sí. La prueba rápida para PFCs fue exitosa. La concentración es tan alta que no pudo provenir de la fruta».

«Alguien envenenó el rumtopf», resumió Pavel.

«Exactamente».

«Es una verdadera lástima».

«¿Lástima? No estoy segura de que sea la palabra adecuada».

«Olía tan delicioso, María. Pero probablemente tenga razón. ¿Qué efecto tendría una dosis tan grande en un humano?»

«No sería mortal. El consumo diario de, digamos, doscientos mililitros dañaría el hígado y el sistema inmunológico durante un año más o menos».

¿Era eso lo que le había ocurrido a la familia de Schepker, sólo que durante un período de tiempo más largo? Si es así, el granjero probablemente no podía esperar para vengarse. Primero el veneno, luego las ovejas, luego... Con suerte Enna averiguaría algo.

«¿Algo más?»

«Sólo encontramos las huellas de Sörensen y Dietrichsen».

Pavel asintió. El culpable probablemente había llevado guantes.

«Y la sangre pertenecía a la Sra. Dietrichsen».

Ya lo sospechaba. «¿Puedo pedirle algo? María, sé que esto no forma parte de tu trabajo, pero ahora mismo no puedo pedírselo a Berger. Necesito que me consiga el permiso para rastrear un número de teléfono, que le enviaré enseguida. Y una vez hecho eso, necesito que envíen dos patrullas y una ambulancia a ese lugar. La mejor manera es a través del fiscal del distrito».

Doldinger suspiró. «También eso... Pero lo comprendo. ¡Espero que encuentre a Berger!»



«Ha colgado», dijo Dommermuth cuando Pavel entró en el salón.

«¿Qué ha dicho?», preguntó Pavel.

«Sólo que no era un buen momento», explicó Enna.

«¿Estaba conduciendo?»

«Lo grabamos», dijo Enna. «¿Podría darme su móvil, Siegfried?»

Dommermuth se lo entregó. Enna tecleó en él. Sonó el tono de llamada.

«¿Qué pasa?» Tenía que ser Schepker. No había ruido de motor en el fondo, pero un golpeteo rítmico.

«Soy yo, Siggi».

Una pausa. Otra vez el golpeteo. «Olas rompiendo en una playa de guijarros y...» Pavel dijo hasta que Schepker le interrumpió.

«Ahora mismo no puedo», dijo Schepker. Allí, de fondo, ¡el grito de una gaviota! Pavel pinchó el aire con el índice derecho.

«Es... más difícil de lo que pensaba».

«No tienes que hacer esto, Dieter». Otro grito de gaviota.

«Te lo he explicado. Tengo que hacerlo. Si no, me llevará a mí también».

Schepker realmente parecía pensar que estaba en peligro del diablo.

«¿Necesitas ayuda?» preguntó Dommermuth en la grabación.

«Tengo que pasar por esto por mí mismo». El repiqueteo volvió a oírse claramente. Era el sonido que hacía una ola que había rodado hasta la playa y se retiraba. «No vuelvas a llamarme. Te veré al otro lado».

«Dieter, déjalos ir. Viola es inocente, y el policía aún más».

Enna debió contarle a Dommermuth la desaparición de Berger. Era lógico que Schepker tuviera algo que ver. ¿Fue eso lo que hizo que Dommermuth traicionara a su amigo? De pronto se oyó un gruñido. Pavel se imaginó a Schepker pateando a un hombre amordazado en el estómago con su bota. Sus manos se apretaron alrededor del respaldo de la silla frente a la que estaba. Ese cerdo. No, eso era injusto. Los cerdos no torturaban a los de su especie. Ese cretino.

«Basta, Dieter».

Algo aullaba en el fondo. ¿Quizás un perro, muy lejos?

«¿Detenerlo? ¿Estás loco?», preguntó Schepker. «Es demasiado tarde para eso. La policía está contigo, ¿no? ¡Traidor!»

La conexión se cortó. Pavel miró su propio móvil. ¿Cuánto se tardaría localizar el móvil de Schepker? Berger probablemente ya tendría las coordenadas. Era un trabajo poco habitual para la jefa de la policía científica, y aún tenía que convencer al fiscal, pero el peligro era inminente. Tenían que encontrar a Berger inmediatamente. Enna conduciría, y él tendría que ignorarla cuando ella pisara el acelerador.

«¿Lo has vuelto a intentar?», preguntó en voz baja.

«Sí, *no disponible*», dijo Enna.

«Ese gruñido...» dijo Dommermuth.

A Pavel se le apretó el estómago. Probablemente Schepker había pateado a su colega. ¿Quién sabía qué clase de ritual se le había ocurrido a aquel hombre? ¡Y estaban aquí parados!

«¿Qué hay del gruñido?», preguntó Enna.

«Me sonaba familiar».

«¿Quiere decir que ha reconocido a Viola?», preguntó Pavel. Dommermuth nunca había oído la voz de Berger.

«No, a un pájaro», dijo su sospechoso.

«Has reconocido un pájaro», dijo Pavel. Bueno, eso fue genial.

«Podría ser una espátula», explicó Dommermuth. «El aullido del final también encajaría. Son esas grandes aves blancas con pico en forma de cuchara que a veces se ven pavoneándose en las marismas. Sólo se oyen gruñidos y aullidos».

«¿Cuántas colonias hay por aquí?», preguntó Enna. De repente parecía aún más emocionada que antes.

Dommermuth se encogió de hombros. «¡Frank lo sabría!»

«Frank, ¿quién más?», preguntó Pavel.

«No lo sé. Solía ayudar en un santuario de aves cerca de aquí, y él lo dirige. Espere, tengo su número».

Enna devolvió el teléfono a Dommermuth. Escaneó la lista de contactos y pulsó el botón de marcación.

Sonó una vez y luego contestaron.

«Soy yo, Siggi».

Habló la otra parte.

«No te entretendré mucho. Sólo una pregunta».

Pavel formó la palabra «altavoz» con gestos, pero a Dommermuth no se le ocurrió cambiar al modo altavoz.

«Gracias. Es sobre la espátula. ¿Qué colonias conoces?»

Dommermuth asintió mientras Frank hablaba. «No, las islas no, ¿verdad?»

Pavel asintió. Difícilmente Schepker habría cogido el ferry a una de las islas con dos prisioneros en el coche. Para estar seguros, tendrían que comprobarlo de todos modos. Al menos tenían la matrícula.

«Ya veo», dijo Dommermuth. «Hay dos en un radio de treinta millas. Por favor, envíame las coordenadas».

«¿Hay alguna playa de guijarros cerca de una de las dos colonias?», preguntó Pavel. Dommermuth repitió la pregunta y luego asintió. «En la primera colonia, sí. No molestaremos a los pájaros, no te preocupes».

Dommermuth se echó hacia atrás. El sudor le brillaba en la frente. Entonces vibró su teléfono móvil.

«Las coordenadas. Te las pasaré».

«Gracias, Siegfried», dijo Enna. «Nos has ayudado mucho».



Mientras Enna avanzaba por la estrecha carretera detrás del dique en el BMW de la policía, Pavel lamentó por un momento el estar sentado a su lado. Pero luego se concentró en Berger. Su colega, que estaba en las garras de un criminal evidentemente enloquecido. Pavel cerró los ojos para no tener que mirar en la siguiente curva, pero no sirvió de mucho, ya que las fuerzas de aceleración le devolvieron la realidad.

Su teléfono móvil vibró. «Pavel Neuhof, ¿qué pasa?»

«Aquí Hannemann. Hemos llegado a la antigua granja Schepker, pero a primera vista el lugar está vacío».

«Gracias. Por favor, acordonen todo para que la policía científica pueda hacer su trabajo más tarde».

«Sí, señor».

Pavel colgó, pero el móvil volvió a sonar. Esta vez reconoció el número – era Maria Doldinger, del laboratorio criminalístico.

«¿Qué tiene para mí?», preguntó.

«La última localización conocida del móvil de Schepker».

No está mal. No habían pasado más de veinte minutos. Tanto el fiscal como la operadora de telefonía debieron responder inmediatamente.

«Gracias, María. Algún día tendrá que contarme cómo lo hizo».

«Yo sólo...»

«Hoy no. Por favor, perdóname, pero estoy un poco fuera de mí en este momento».

«Mis disculpas, Pavel. No lo parecía».

Pavel asintió. Ése era el problema. Estaba al borde de un ataque de nervios, pero aún así se las arreglaba para mantener la fachada.

«No estoy orgulloso de ello», dijo. «No puedo evitarlo».

Comparó las coordenadas de la célula con las de la colonia de Löffler. Eran casi idénticas.

«Envíen un equipo a esas coordenadas, por favor», le dijo.

«Lo haremos. ¿Y qué hay de Kettler?»

El forense. Caramba. Sólo lo necesitarían si llegaban demasiado tarde. Esa no era una opción.

«No, no lo involucre, María».

«He oído que no se caen bien».

¿Ah, sí? No tenía nada contra Kettler. No era culpa de Pavel si a Kettler no le caía bien.

«Eso no tiene nada que ver», dijo Pavel. «Sólo creo que sería un mal presagio si lo trajéramos ahora».

«Entendido. Hasta luego. ¡Buena suerte!»

María colgó.

«¿Lo he oído bien?», preguntó Enna.

«¿Qué?»

«Es supersticioso. No quiere a Kettler allí para que las posibilidades de Berger y Dietrichsen no empeoren».

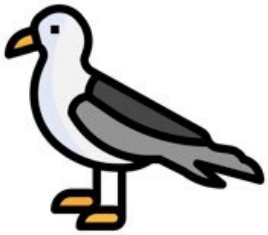
Mierda. Enna tenía razón. Kettler no era un hechicero. No cambiaría nada si lo llamaran ahora. Pero todo en Pavel estaba en contra. Decidió no comentar lo que había dicho Enna. Como estaban en una larga recta, podía consultar su móvil. Faltaban veinte minutos. ¿Qué había en su lista de llamadas? Ah, había rechazado una llamada en el apartamento de Dommermuth.

«¿Le dice algo este número?», preguntó y lo leyó en voz alta.

«Sí, es de Sontje. ¿Ella le llamó?»

Pavel no contestó. El hecho de que el largo tramo recto terminara en una curva cerrada en aquel momento era la excusa perfecta.

Capítulo Doce



Lo primero que vio Berger fue una vieja rueda de carreta. Estaba justo enfrente de él, apoyada contra la pared del cobertizo, que por lo demás estaba lleno de viejas redes de pesca y herramientas. La luz se filtraba por una ventana de dos hojas llena de telarañas. El suelo era de tablas toscas. Berger se dio la vuelta todo lo que pudo. Estaba sentado en medio del cobertizo, atado a un poste que llegaba hasta lo alto del tejado.

«¿Qué demonios?», dijo. Maldita mordaza. Intentó escupirla, pero estaba asegurada con un trapo o algo así.

No contestó. Probablemente estaba solo. Pero había una zona detrás de él que no podía ver. Quizá el atacante tenía allí el cuerpo de Viola... Sacudió la cabeza. Sus compañeros vendrían a rescatarlos a los dos. Berger se impulsó hacia la derecha con las piernas. Consiguió sortear el poste. La pared detrás de él estaba vacía, excepto por una segunda ventana.

Desde donde estaba, no podía ver lo que había detrás. Pero le pareció oír el océano. Se oía el traqueteo característico de los guijarros cuando las olas retrocedían. Esta no era la granja Schepker. Berger pensó en la autocaravana Ford. Debían de estar en alguna playa de guijarros. Probablemente el matón lo había traído hasta aquí. Pero eso significaba que sus colegas no podrían encontrarlo.

La puerta se abrió. Entró un anciano.

«Espera un minuto, muchacho. Si prometes no gritar, te quitaré la mordaza».

Berger asintió. Probablemente no era una playa turística. Gritar no le llevaría a ninguna parte. El hombre se inclinó hacia Berger. La funda con su arma reglamentaria colgaba del cinturón del anciano. Maldita sea.

Unos dedos huesudos rodearon el cuello de Berger. La tela cayó. Escupió la mordaza.

«Usted es Schepker».

«Sí, muchacho. Y tú eres Olaf Berger. Encantado de conocerte».

«Si eso es cierto, entonces desáteme».

«Me temo que no puedo hacer eso. Perturbarías el ritual».

«Yo no haría eso».

Schepker soltó una carcajada. «Claro que sí. Eres policía. Tendrías que impedir que lo hiciera. Pero no lo conseguirás».

Schepker se enderezó y se puso delante de la rueda de la carreta. Agarró un radio, tiró de él y la hizo rodar lentamente hacia la puerta.

«¿Qué va a hacer, Schepker?»

«Voy a realizar el suplicio de la rueda».

«*¿Perdón?* ¿Perdió la razón? ¿O es algún tipo de sádico?».

Schepker negó con la cabeza, pero se detuvo en seco. Evidentemente, aún se podía razonar con él. ¿Se aplicaba eso también a los argumentos? «No lo entiendes, muchacho. Ese es el precio. Tengo que pagarlo».

«Pero Viola Dietrichsen es inocente».

«Al igual que mis hijos eran inocentes. *Tráeme la sangre de los inocentes después de vengarlos.* Eso es lo que ÉL exige. No debo negarme».

Schepker lo creía de verdad. No podría convencer al viejo granjero con la razón. Pero tal vez podría retenerlo hasta que llegaran sus colegas y el equipo SWAT. ¡Si supieran dónde estaba!

Schepker empezó a moverse de nuevo. «El suplicio de la rueda, ¿qué es eso?» Berger preguntó. Cada minuto que pudiera retrasarlo ayudaría.

«Les rompes los miembros y luego los pones en la rueda», explicó el anciano.

«¿Le rompes los huesos mientras aún están vivos? ¿Cómo puede ser tan cruel?»

«No es fácil. Nunca pensé que sería fácil cuando hice el pacto. Pero debo confesar que nunca imaginé que sería tan duro»

«Siempre hay otra manera», ofreció Berger.

«La hay. ¿Significa algo para ti el *golpe de gracia*?»

Negó con la cabeza.

«En la Edad Media, los condenados eran a veces liberados de parte de la tortura con un fuerte golpe en el cuello. ¿Qué te parece, puedo usar el *golpe de gracia*? ÉL no dijo nada al respecto».

«¿Yo...? No lo sé». Si Schepker mataba a su víctima al principio de la tortura, reduciría sus posibilidades de ser rescatada. Pero entonces podría torturar a Viola durante horas antes de matarla finalmente. «No», dijo Berger. Confiaba en Enna y Pavel. Eran un buen equipo y llegarían a tiempo.

«Entonces, ¿sin un *golpe de gracia*? Gracias, Olaf Berger. Eso es lo que pensaba. Por cierto, ¿quieres unos tapones para los oídos? Todavía está dormida. Pero puede ponerse ruidoso más tarde. No te preocupes, no te pasará nada. No eres el sacrificio que ÉL quiere. Sólo cállate y déjame hacer mi trabajo. Tienes una familia, ¿verdad?»

Berger asintió. «Una esposa y dos hijos».

«Entonces piensa en ellos. Acabaré con esto y me iré. Al final te encontrarán aquí. Si eres bueno, les dejaré una pista».

Algo zumbó. ¡Un móvil!

«Tengo que responder a eso. Ni un sonido, o si no...» Schepker señaló el arma de servicio.



«¿Detenerlo? ¿Estás loco?», preguntó Schepker. «Es demasiado tarde para eso. La policía está contigo, ¿no? ¡Traidor!»

El viejo granjero colgó. Berger se sintió avergonzado. No se había atrevido a llamar la atención sobre sí mismo y Viola durante toda la conversación. Al parecer, un amigo de Schepker estaba al teléfono y tal vez sus colegas habían estado escuchando. Pero, ¿qué podría haberles dicho? Lo único que sabía era que estaba en una vieja cabaña de pescadores cerca de una playa de guijarros.

«Lo hiciste bien», dijo Schepker. «Pero ahora tengo que ir a tratar con ella».

Nunca dijo su nombre. Probablemente ella simbolizaba algo más para él. Neuhof sería capaz de explicarlo psicológicamente. Era bueno en eso.

El granjero sacó la rueda de la cabaña. Berger echó un vistazo a la playa. Si venía alguien, Schepker lo vería desde lejos y mataría a su víctima más rápido. Viola Dietrichsen. Llamaría a la mujer por su nombre. Merecía respeto.

Berger probó sus ataduras. Eran bridas de plástico. Se lo había temido. Juntó las muñecas detrás de la espalda, pero las ataduras estaban demasiado apretadas para separarlas. Necesitaba más fuerza. Berger acercó los pies y los apoyó contra el suelo. Luego apoyó la parte superior del cuerpo contra el poste y se impulsó lentamente hacia arriba. Otro paso y otro. Poco a poco se deslizó hacia arriba. Sus piernas soportaban cada vez más peso. Berger sudaba. Tuvo que obligarse a no gruñir por el esfuerzo para no alertar a Schepker.

Por fin estaba de pie. ¡Sí, de pie! Aún tenía los brazos atados, pero eso era un problema solucionable. Sobre todo si eran bridas normales de ferretería que no estuvieran reforzadas con metal. Pero no confiaba en Schepker. El poste que tenía detrás era de madera, las ataduras de plástico. Frotó el material contra la estaca, cada vez más rápido. Al mismo tiempo, tensó los músculos de los brazos. Sudaba profusamente, pero el calor era su amigo. Reblandecía el plástico.

De repente, Berger perdió su agarre. ¡Las ataduras se habían soltado! Estaba libre. Pero el granjero no se andaba con tonterías y llevaba el arma reglamentaria de Berger. ¿Cómo podría neutralizarlo sin poner en peligro a Viola Dietrichsen o a sí mismo? Berger miró a

su alrededor. Había algunas herramientas viejas en el cobertizo. Cogió un martillo, pero el mango parecía podrido. ¿Quizá una de las redes? Las revisó lo más silenciosamente que pudo. El material parecía muy resistente. Se imaginó a sí mismo como un retiarius, un gladiador romano con una red arrojadiza. No tenía un tridente, pero no quería matar a Schepker – sólo incapacitarlo.

Un fuerte gemido interrumpió sus pensamientos. Berger miró por el ojo de la cerradura. Vio al viejo granjero balanceando un poste de la valla. Cuando rebotó, oyó otro gemido. Dietrichsen. Schepker debía de haberla amordazado. Berger no podía ver a la víctima, pero sí la cara pellizcada de Schepker. No había placer en ello. El hombre no era un sádico. Las palizas le dolían, pero no lo suficiente como para detenerlo.

Tenía que acabar con esto. Si esperaba a sus colegas, Dietrichsen ya no tendría salvación. Berger agarró la manilla de la puerta. Pero si salía ahora, la red no le ayudaría. Schepker le dispararía. Necesitaba el elemento sorpresa de su lado.

La cabaña sólo tenía tres salidas posibles. Ya había descartado la puerta. ¿Ventana izquierda o derecha? La derecha lo pondría en un punto ciego a espaldas de Schepker. Así que a la derecha. Tenía que sincronizar sus acciones con los golpes de Schepker. Su estómago se apretó con cada gemido, sabiendo lo que estaba pasando. Y aún así tuvo que abrir la ventana lentamente para que el viejo granjero no se diera cuenta. Se ató la red a la espalda, abrió el lado izquierdo y luego el derecho, se subió al marco de la ventana, trepó por él y bajó al suelo.

Primer paso. Mientras continuaban los golpes, Berger se aventuró a salir de detrás de la cabaña. Viola Dietrichsen seguía gimiendo, pero el ritmo estaba disminuyendo. Schepker ya no era joven y probablemente se estaba cansando. Aun así, Berger tenía que poner fin al ritual antes de que Viola callara para siempre.

Muévete. El viejo granjero llevaba gafas que probablemente limitaban su visión. Berger se acercó a él por el lateral. Pronto estaría al descubierto. Echó un último vistazo a la playa. A la derecha de la cabaña, el mar retrocedía. Un saliente rocoso lo separaba de una especie de mar interior. Debía de ser salobre, pero

no demasiado, porque allí crecían juncos. Una gran ave blanca acababa de despegar. Los sobrevoló y se dirigió a mar abierto.

El siguiente golpe. Un gemido de dolor. Berger logró dar dos pasos completos. Unos siete pasos más. Vio a Viola Dietrichsen frente a él. Estaba tendida en la grava en ropa interior. Tenía los brazos y las piernas extendidos. Tenía una máscara quirúrgica sobre los ojos. Tenía la piel llena de verdugones. No podía moverse porque tenía las extremidades atadas a los postes de la valla con bridas. Schepker sujetaba otro poste.

Ahora había un trozo de grava delante de Berger. Schepker le oiría si lo pisaba. Pero era factible. El hombre no era un tirador profesional. Tendría que soltar el poste para agarrar el arma. Luego tendría que sacarla de la funda, quitarle el seguro, apuntar y disparar. Berger tenía al menos cinco segundos para llegar a él.

Se oyó un gruñido detrás de él. Berger se volvió instintivamente. Un pájaro con pico de cuchara acababa de posarse en la cabaña. El animal era curioso. Schepker también. Miró hacia la cabaña y Berger vio que su rostro cambiaba al reconocer al policía. Berger se arrancó la red de la espalda y corrió por su vida – y por la de Dietrichsen. Un paso, dos, tres. Schepker dejó caer su dispositivo de tortura. Todo sucedió como Berger había imaginado, salvo que el maldito pájaro le había robado el elemento sorpresa. Schepker ya tenía la pistola en la mano, la levantó y apretó el gatillo – olvidándose de quitar el seguro.

Berger ya estaba allí. Saltó sobre él, cubriendo al granjero bajo la red y con su cuerpo. Schepker forcejeó, empujando y pataleando, pero Berger era más joven, más ágil y más fuerte. Se arrodilló sobre la mano de Schepker que sujetaba la pistola hasta que la soltó, y tiró de la enmarañada red con más fuerza, atrapándolo como a un gran pez que se retuerce. Pateó la pistola fuera del alcance de Schepker y consiguió envolverlo completamente con la red. Los movimientos del granjero flaquearon, pero incluso cuando dejó de moverse, Berger tiró de las cuerdas de plástico de la red cada vez con más fuerza.

El ritual había terminado. Justo entonces oyó el ulular de una sirena a lo lejos. Debían ser Pavel y Enna. Estaban sorprendentemente cerca. Con suerte, habían llamado a una

ambulancia. Berger se levantó, jadeante. Viola Dietrichsen no se movía. Se inclinó sobre ella. Tenía muy mal aspecto, aunque sangraba poco, pero tenía el brazo y la pierna izquierdos doblados en ángulos imposibles. Berger no podía ayudarla. Cualquier contacto sólo le causaría más dolor. Era un milagro que estuviera consciente, como revelaban sus débiles sollozos.

«El médico llegará pronto», susurró.

Entonces oyó un chasquido metálico. Schepker, envuelto en la red, había conseguido rodar sobre un costado. Sostenía un trozo de metal negro en la mano. Berger reconoció el fino cañón. Tenía que ser una pistola antigua, quizá de la Primera Guerra Mundial.

Pero la tecnología era sólida. Pólvora más bala igual a balística. Eso era todo lo que se necesitaba. Hubo una explosión. Un pájaro aleteó detrás de él, graznando. Berger cayó al suelo. Le pareció oír la bala pasar zumbando por su cráneo. Schepker había apretado el gatillo. La grava crujió. Una sombra se acercó volando a grandes zancadas. Apareció una sombra gemela, una larga pierna que se abalanzó hacia delante y golpeó al tendido Schepker, haciéndole girar sobre su eje unas cuantas veces. Neuhof.

Uf.

«¡Por aquí!», gritó Pavel, dirigiendo a dos médicos con una camilla. «¡Necesitamos dos más!», gritó tras una rápida mirada a Berger, que negó con la cabeza.

«Estoy bien». Berger se levantó y se arrastró por la grava hasta la cabaña. Por alguna razón, quería saber cómo le había ido a la espátula, pero al parecer no había sido alcanzada por un rebote, ya que estaba volando en círculos por encima de ellos.

Pavel le cerró el paso y le puso una mano en el hombro. «Gran trabajo, Berger».

El elogio fue inesperado. Berger se sonrojó. ¿No se había puesto en peligro innecesariamente? «Lo siento, jefe. Debería haberme quedado».

Pavel negó con la cabeza. «Entonces Viola Dietrichsen estaría muerta ahora. Piénselo – suponga que nos hubiera esperado con su información. Habríamos ido a casa de Schepker horas más tarde,

pero no habríamos encontrado a nadie allí, porque él ya habría terminado su ritual aquí».

Sonaba bien. Quizá demasiado bien, porque si no hubieran tenido que buscarlo, quizá habrían podido salvar a Dietrichsen de la tortura. Pero Berger no tenía ganas de discutir. Berger sólo quería volver a casa con su familia.

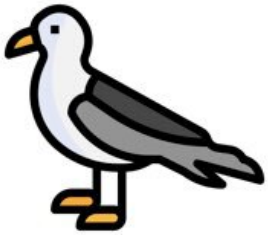
«¿Puede... llevarme a casa?», preguntó cansado. De repente estaba tan cansado que apenas podía mantener los ojos abiertos.

«Lo que quiera, Berger. Tiene el resto del día libre. ¿Seguro que no necesita atención médica o psicológica?»

Sí, necesitaba ayuda psicológica. Casi le habían disparado. Por eso quería volver a casa. «Estoy seguro», dijo.

Pavel se levantó e hizo señas a un patrullero. «Por favor, lleve a este oficial adonde quiera ir. Hoy ha salvado una vida».

Capítulo Trece



«Debería haber hablado con nosotros, señora Dietrichsen», dijo Pavel.

«Sí, ha sido una estupidez. Pensé que sería mejor resolver el problema sin armar un gran alboroto».

«Sin un alboroto... claro».

Viola Dietrichsen hizo una mueca. Tenía que pagar la descontaminación de los prados contaminados por los turbios negocios de su padre. El fiscal se había negado a procesar a Viola porque no podía probarse que hubiera tenido conocimiento de las transacciones. Al fin y al cabo, habían ocurrido hacía mucho tiempo. Pero como heredera de la finca, había heredado el pasivo.

«Siegfried me ayudará», dijo. «Le daré la mitad de la granja. A cambio, él ayudará a pagar la limpieza».

«Es muy amable por su parte», dijo Enna.

Pavel no estaba seguro de que Dommermuth actuara por mera amabilidad. Le había prestado a Schepker su autocaravana, aunque debía de sospechar que había sido él quien había matado a la oveja. El laboratorio de criminalística había concluido que las huellas de los neumáticos en el bosque correspondían a la Ford Transit. La mala conciencia también era un motivo. O karma, como lo llamaba Dommermuth.

Pero al final, no importaba por qué Dommermuth estaba siendo tan generoso. Como el hombre había ayudado voluntariamente a

evitar un asesinato ritual, el fiscal había retirado el cargo de complicidad. Sin Dommermuth haciendo la llamada, estaba claro que habrían encontrado la vieja cabaña de pesca demasiado tarde. Aunque ... Berger ya había tomado el control de la situación.

«¿Cómo están las fracturas?», preguntó Enna.

«Codo izquierdo y derecho, espinilla izquierda. Los médicos dicen que estaré de baja en unos días. Luego otro par de días escayolada y estaré como nueva».

Dietrichsen había sobrevivido sorprendentemente ilesa. «Schepker obviamente no investigó», explicó Pavel. «El suplicio de la rueda es un método de tortura extenuante, incluso para los profesionales. En el pasado, a veces utilizaban pesadas ruedas de carreta y martillos. Si hubiera utilizado una herramienta con una masa de al menos veinticinco kilogramos y la hubiera dejado golpear los huesos desde una altura de metro y medio – puedo hacer un cálculo rápido – podría haber hecho el trabajo en mucho menos tiempo».

Dietrichsen estaba pálida. «Me alegro de que mi secuestrador no fuera tan culto como usted».

Llamaron a la puerta. «Adelante», dijo la mujer convaleciente.

La puerta se abrió y el enorme cuerpo de Dommermuth apareció en el umbral. «Oh, ¿he llegado demasiado pronto?»

«No, pasa, hermanito. Los dos policías ya se iban».

Dietrichsen tenía razón. Aún tenían que redactar muchos informes y Berger no estaba disponible para ayudarles. Se había ido de vacaciones con su familia una semana entera para celebrar su supervivencia. Pavel había accedido sin pestañear, y Enna le había elogiado por ello.

«Una última pregunta», dijo Pavel. «¿Sabe algo del Dr. Sörensen?»

Habían pasado tres días desde el incidente en la playa.

«No, el buen Dr. Sörensen no está por ningún lado. Probablemente ya no soy una compañía adecuada para él».

«Pero ahora me tienes a mí», dijo Dommermuth. «¿Qué te parece si te doy una vuelta por el jardín en silla de ruedas?»



«Dommermuth es muy amable», dijo Enna mientras dirigía el coche hacia la oficina.

«No me siento del todo cómodo con él», dijo Pavel.

«Sí, porque no tiene miedo de mostrar su lado femenino».

¿Su lado femenino? ¿Debería preguntar sobre eso, o le haría parecer completamente incompetente? De niño, siempre se le había dado bien adivinar los cambios de humor de su madre. En ese sentido, pensó que podía entender *el lado femenino*. Pero eso no era lo mismo que demostrarlo por sí mismo. Reconocía algunos movimientos de judo cuando veía los campeonatos del mundo por televisión, pero era incapaz de ejecutarlos él mismo.

«Dietrichsen debería estar contenta de haberlo cambiado por Sörensen», dijo.

«Estamos de acuerdo en eso. ¿Qué pasa con la llamada de Sontje que descartó en el camino?»

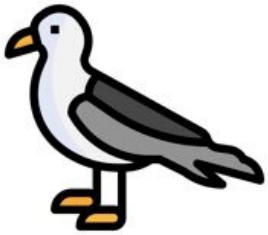
En ese momento no era importante, pero después se dio cuenta de que sí lo era.

Tenían una cita para pasado mañana. El propio Pavel se sorprendió de que ella le hubiera llamado. Eso era nuevo. Habían quedado en un restaurante italiano, pero Enna no tenía por qué saberlo. De lo contrario, su colega podría vigilarlo en secreto. No le extrañaría que fuera tan curiosa como él.

«Ah, sí, la llamada telefónica», dijo.

«Sí, la llamada», confirmó Enna, e intercambiaron una mirada cómplice.

Capítulo Catorce



«¿Y fue realmente una espátula la que te dio la respuesta?», preguntó Sontje.

Era un tema estupendo. A Pavel le preocupaba fracasar en una conversación trivial con una mujer a la que apenas conocía, pero ella seguía haciéndole preguntas tan fascinantes que podía pasar días enteros.

«Sí, una espátula», dijo. «Tuvimos mucha suerte. Solían volar al sur en agosto, pero ahora, con los veranos más cálidos, se quedan hasta septiembre. ¿Y sabías que son criaturas muy silenciosas? Sólo hacen algunos ruidos cerca de sus lugares de cría. Aparte de eso, se quedan buscando forraje».

«¿Forraje? ¿Qué es eso?»

Por extraño que parezca, no le molestaba que Sontje no supiera algunas palabras. Le pasaba lo mismo con los sentimientos. Además, era voluntaria en una biblioteca y, sobre todo, no tenía miedo de hacer preguntas. *Si no preguntas, te quedas tonto*. ¿Quién lo había dicho? No lo recordaba. Normalmente, eso significaba que tenía que buscar la frase en Google. Pero eso sería de mala educación, ¿no?

"¿Pavel?"

Sontje deslizó la mano izquierda sobre la mesa. Probablemente necesitaba una servilleta. Aún no había comida en la mesa, pero a algunas personas les gustaba limpiarse la boca. Empujó la servilleta en su dirección.

«Ah, la búsqueda de forraje. Por supuesto. Lo siento».

Ella entrecerró los ojos brevemente. «Estás pensando en algo completamente diferente, ¿verdad?» De nuevo, el brillo en sus ojos.

«Uh, no. Estoy pensando en la búsqueda de forraje. La espátula mueve la cabeza y el pico de un lado a otro. Los sensores de la punta del pico le indican lo que encuentra». Pavel se metió un poco de vino tinto en la boca, agachó la cabeza y la movió de un lado a otro, pasando el vino de una mejilla a la otra. Sontje soltó una risita y él tragó el vino. «Algo así».

«Qué dulce», dijo Sontje. «Probablemente serías una buena espátula».

«Pero entonces solamente podría gruñir y aullar».

«Lo cual sería una pena».

Su mano volvió a moverse hacia el centro de la mesa. Debía de ser para coger el tenedor. Pavel lo movió hacia ella.

«¿Sabías que la espátula prefiere los peces pequeños? Pero no desdeña los caracoles, los mejillones ni los insectos acuáticos. ¿Y sabías que hay un asteroide que lleva el nombre de la espátula?»

«¿En serio, hay un asteroide llamado espátula?»

«Bueno, casi. Se llama 8754 Leucorodia, que es el nombre latino de la especie».

«Es un nombre complicado», dijo Sontje.

Su móvil vibró. Una arruga apareció en la frente de Sontje. Era Enna. Había puesto tonos de vibración distintos para Enna y Berger.

«Lo siento, tengo que contestar. Es importante».

Enna sólo le llamaba fuera del horario de oficina si era urgente.

«Hola, habla Neuhof».

«¡Hola, Pavel! Espero no molestarle demasiado».

Pavel miró a Sontje, que estaba ensimismada mientras doblaba la servilleta que él le había entregado.

«No, está bien». Era mentira.

«Lo siento mucho, pero hay una madre aquí buscando a su hijo. Sólo tiene cinco años».

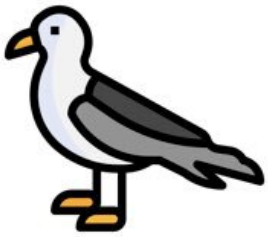
Pavel asintió. «Tiene razón, Enna. Tenemos que ocuparnos de esto. Voy para allá».

«¿Tienes que irte?», preguntó Sontje, afirmando lo obvio. «Qué lástima».

«Desgraciadamente, sí. Hay un niño desaparecido. Es mi trabajo». Pavel sacó cincuenta euros de la cartera, los puso sobre la mesa y se levantó. «Quizá puedas comprar algo de comida para llevar a casa. Hablaremos por teléfono, ¿vale?»

Vio a Sontje dejar la servilleta arrugada sobre la mesa. Luego se dio la vuelta y se marchó.

Una taza de té



Queridos lectores,

Es la segunda vez que tengo el placer de escribirles aquí. Por supuesto, hay mucho sobre mí y mis seres queridos en la historia que Pavel, Enna y Berger te contaron esta vez. Exactamente que de cada uno, lo debo mantener en secreto para su protección. El otro día mi marido dijo: *Has descrito bien a Pavel. Le entiendo. Pero ese no soy yo*. Eso me hizo feliz porque cada uno es especial a su manera. Quiero seguir retratando a mis personajes con esmero y espero que os gusten tanto como a mí.

Por cierto, la contaminación química descrita en el libro ocurrió de verdad. Al parecer, empresarios sin escrúpulos vertieron lodos procedentes de la producción de papel en 470 hectáreas de campos, el equivalente a unos 660 campos de fútbol (¡!), contaminando el agua potable de la zona. Durante años, los residentes han tenido que beber agua embotellada. Aún no está claro quién vertió los lodos. Como las toxinas penetraron en el suelo hasta diez metros de profundidad, ha sido imposible simplemente retirar la tierra contaminada.

Después de *Aguas profundas* (enlace: heidihinrichs.es/links/4893480) algunos lectores me preguntaron dónde está exactamente Fleetstedt. Esta pequeña ciudad sólo existe en mi imaginación. Está situada en el Mar del Norte, Alemania, al noreste de Leer, en el distrito de Wittmund. Para mí, Fleetstedt es la personificación de una pequeña ciudad costera con encanto turístico. Cuando escribo, puedo construir mi propio pequeño cosmos, lo cual es una gran ventaja. En una ciudad real, la farmacia se encuentra en la calle X y la regenta la señora Y. El banco, la asociación de comerciantes, el cuerpo de bomberos y la Asociación Alemana de Salvamento tienen ubicaciones fijas y nombres específicos, pero legalmente tendría que cambiarlos. Así que si mis libros estuvieran ambientados en un lugar real, nunca serían exactos al cien por ciento. Con Fleetstedt es diferente: como sólo existe en mi cabeza, todo es cien por ciento correcto.

En lo que sí puedes confiar es en mi investigación. Mi pasado periodístico me obliga a ello. Ya sea la cuestión de los PIN más utilizados, las competiciones en la Asociación de salvamento, la técnica de lucha en el judo, las llamadas de la espátula o la estructura anatómica de las patas de una oveja – todo ello es ciencia exacta. Lo mismo ocurre cuando los protagonistas visitan lugares reales. Entonces, por ejemplo en Bremen, Hamburgo o Leer, todo tiene que ser correcto. Incluso algunos lugares de Fleetstedt tienen modelos reales, como el Deichkante, cuyo modelo es un pub de Leer.

Por cierto, en el capítulo nueve, Pavel teclea su número de móvil en el smartphone de Sontje. Me sorprendió que se atreviera a hacerlo. ¿Has intentado marcar alguna vez ese número? No te preocupes, no llamarás a nadie. Las autoridades reconocieron que los guionistas y directores necesitaban números de teléfono que tuvieran la garantía de no ser utilizados nunca. En cada una de las cinco redes locales de Alemania (Berlín, Hamburgo, Múnich, Colonia y Fráncfort) se han reservado mil números que nunca se conectarán. Lo mismo ocurre con las redes móviles. Marcar números como 0152-28817386, 0172-9925904, 0174-9091317, 0176-04069001 y 0171-3920012 siempre dará como resultado el mensaje «El número que ha marcado no ha sido asignado».

¡No dudes en probarlo! (añade +49 si llamas desde EE.UU.)

Por cierto, siempre puedes ponerte en contacto conmigo en heidi@heidihinrichs.es y te aseguro que espero con impaciencia cada mensaje.

Si quieres volver a encontrarte con Enna y Pavel, puedes encargar por adelantado su tercer libro aquí:

heidihinrichs.es/links/4893588

Esta vez comienza de forma misteriosa – para su horror, el pescador Matthiesen captura en el Mar del Norte el cadáver de una mujer, marcado con extraños símbolos, junto con pescado fresco. ¿Qué ha ocurrido y quién es el responsable de su muerte? ¿Y qué pasará con Pavel y Sontje? ¿Debería pasar algo? ¿Es algo que desean para ellos? ¿Y cómo se sentirá Enna al respecto?

Si estás de acuerdo conmigo en que los dos detectives merecen aún más fans, por favor deja una reseña en heidihinrichs.es/links/4893509.

Las reseñas, aunque sean de pocas palabras, son la guinda del pastel.

Por último, una invitación – no al Deichkante, pero sí muy personal – si no quieres perderte ninguna de las futuras aventuras de Enna y Pavel, suscríbete a mi boletín aquí:

https://heidihinrichs.es

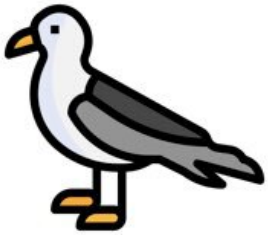
Como bonificación especial, recibirás las fichas personales de los dos detectives, que obtuve para ti directamente del ordenador de su departamento (muchas gracias al sargento Berger por ello, aunque cometiera un pequeño error; bueno, ya lo verás).

Saludos cordiales,

Atentamente, Heidi Hinrichs



Extracto: Señales oscuras



CAPÍTULO 1

El Mar del Norte estaba furioso esta mañana. Las olas chocaban contra el cúter como si quisieran superarse unas a otras. Cada vez que golpeaban, el rocío se elevaba varios metros y salpicaba las ventanas y el techo metálico de la estrecha cabina.

Dirk Matthiesen permanecía imperturbable bajo el resplandor apagado de las luces del puente, dirigiendo el cúter a través de las estribaciones de la tormenta matinal. Llevaba una taza de té humeante en la mano.

Otra ola chocó contra el casco, salpicando agua contra el parabrisas. Los limpiaparabrisas la quitaron rápidamente.

Era una tormenta violenta, de las que se producen más a menudo al final del verano, pero normalmente más mar adentro. Incluso el experimentado pescador se sorprendió de que la tormenta fuera tan violenta.

Pero no le importaba. Su padre y su abuelo siempre decían que la mejor oportunidad para una buena pesca era en una tormenta. Dirk no podía decir si era verdad, pero lo creía, igual que creía en su jersey gris de lana de oveja con el logotipo del club de fútbol Fleetstedt bordado. Lo llevaba a todos los partidos importantes, sin perderse ni uno solo. La única vez que no se lo puso, su club perdió... con la pesca pasaba lo mismo.

Cuando el cúter llegó a la cresta de la siguiente ola, Dirk bebió un trago de té. El sabor ácido lo vigorizó. Decidió mantener el rumbo media hora más y luego dar la vuelta y regresar. En cuanto amainara el oleaje, utilizaría el cabrestante para recoger las redes. Luego averiguaría qué había pescado. Esperaba encontrar bacalao, solla, caballa y abadejo. El arenque estaba muy solicitado, pero estaba a punto de ser sobreexplotado y la temporada ya había terminado. Había oído recientemente que la temporada de desove de este año había sido especialmente mala. Queda por ver cómo continuará la pesca del arenque en la costa alemana del Mar del Norte.

Una vez más, el mar golpeaba contra el parabrisas y sofocaba la luz de proa. Dirk comprobó brevemente la señal del GPS, hizo una ligera corrección del rumbo, luego dejó su taza magnética y sacó un paquete de cigarrillos.

Era hora de hacer una pausa.

Se puso un cigarrillo entre los labios, se enfundó su traje impermeable engrasado, se caló el sombrero de ala ancha y se dirigió a la puerta.

El viento aulló con fuerza e inmediatamente embistió su traje, pero Dirk permaneció impertérrito. Salió, cerró la puerta con cuidado, se puso de espaldas al viento y sacó su mechero de tormenta. La punta azul brillante resplandeció, inhaló y el humo llenó sus pulmones.

Dirk suspiró satisfecho, aspiró profundamente dos veces, invirtió el cigarrillo entre los dedos para proteger las brasas y se acercó a la barandilla.

Hacia el norte, la tormenta se alejaba lentamente de la costa, pero seguía siendo una oscura torre de nubes con relámpagos. El mar estaría agitado durante mucho tiempo. Incluso ahora, le saludaba con una bofetada de rocío frío.

Se agachó mientras le caía más agua. Con un rápido movimiento del brazo se quitó el agua de la pescadora. Dio otra calada a su cigarrillo.

Dirk aprovechó la depresión de la ola para avanzar hacia la proa. El barco se dirigía hacia el este, paralelo a la costa. El cielo era de un gris apagado con una raya plateada. Si tuviera que arriesgarse a

adivinar, diría que sería un día hermoso. Ventoso, pero frío y despejado.

Hizo otra pausa, protegió su cigarrillo de la siguiente ola y se acercó al cabrestante. El aparejo de la red desaparecía en el agua oscura, tenso.

Dirk sonrió. Lo sabía. Sería un día maravilloso y lucrativo.

Empujó la palanca del motor y éste traqueteó, acercando la red unos centímetros. Se sacudió y sonó con fuerza desde el alojamiento del motor. Dirk habría dado mucho por tener ahora un barco más moderno, pero el *Berta* todavía estaba en buena forma. Además, no podía permitirse un barco nuevo. Tenían todas las campanas y silbatos, desde sonares hasta GPS, detectores de bancos de arena y otras tonterías. Nada de eso tenía que ver con la pesca.

Siguió jugueteando con el cabrestante, ajustando la guía del cable, viendo cómo el pálido cable se deslizaba fuera del agua centímetro a centímetro.

Entonces llegó la red. Estaba llena a reventar, lo que sorprendió incluso a Dirk. Parecía ser una gran pesca. Si la red ya estaba llena, podía tirar de ella y vaciarla, girar al *Berta,* dar la vuelta, volver a echar la red y pescar más en el camino de vuelta.

Parecía que iba a ser un día muy, muy bueno.

Excitado por la perspectiva, Dirk se puso manos a la obra. Redujo la velocidad del cabrestante, corrigió el curso de la cuerda y sacó el resultado de la pesca cada vez más lejos del agua.

La red era de color azul oscuro, remendada en varias partes, pero seguía haciendo un buen trabajo. Dentro estaban los cuerpos relucientes de cientos de peces. El espectáculo aceleró el corazón de Dirk – hasta que vio algo pálido.

De repente, el corazón le latió con fuerza en el pecho y Dirk paró el motor. Dio dos golpecitos más y el cabrestante se detuvo.

Dos tercios de la captura colgaban fuera del agua. El resto subía y bajaba con las olas, al compás del barco.

Dirk tragó saliva y se acercó a la barandilla. Incluso se inclinó peligrosamente sobre la barandilla para ver mejor, y sus temores se confirmaron.

Una de las mallas reparadas de la red se había vuelto a romper. Los peces que había detrás se retorcían y luchaban contra su prisión, pero no podían salir porque una mano humana pálida y con el antebrazo tatuado estaba metida por el agujero.

CAPÍTULO 2

Cuando la inspectora de policía Enna Koopmann bajó de su Polo rojo, todavía soplaba un fuerte viento en la costa. Había aparcado justo delante del puerto, que se extendía ante ella bajo la luz gris de la mañana. Varios pescadores se dedicaban a sus faenas; algunos transportaban cajas, otros descargaban sus pescas, otros reparaban los desperfectos de sus embarcaciones, pero todo parecía apagado, casi como envuelto en una niebla silenciosa.

La noticia de la captura de Dirk Matthiesen ya había corrido como la pólvora.

Un cuerpo, le había dicho Berger. Afortunadamente, Berger había tenido la presencia de ánimo de escuchar la llamada de Matthiesen y ordenar al pescador que dejara la pesca intacta. Pero probablemente él mismo ya se había dado cuenta. Cualquiera que tuviera un televisor y lo viera de vez en cuando sabía por innumerables novelas policíacas que no se debía tocar un cadáver que fuera claramente reconocible como tal, o cualquier prueba podría ser destruida. *Me pregunto cuándo llegarán.*

Enna apartó el pensamiento; no podía hacer nada al respecto. Se metió las manos en los bolsillos de los pantalones cortos – hoy llevaba calcetines azules con huevos fritos – y se dirigió al camarote de Matthiesen.

Vio el barco desde lejos. Varios pescadores se habían reunido en el muelle para ver a la mujer muerta.

Enna se enfadó de inmediato y aceleró el paso. «¡Eh!», dijo casi gritando cuando aún estaba lejos. «¿No tenéis cosas que hacer?»

Los hombres la miraron con fastidio al principio, pero luego reconocieron a la policía local y la multitud se dispersó.

Quedaban dos hombres. Enna supuso que uno de ellos era Matthiesen.

Se detuvo delante de ellos y sacó su carné de identidad. Todavía molesta por los curiosos, los miró. «¿Habéis venido todos a ver el cadáver?», preguntó bruscamente.

Uno de ellos se encogió de hombros. «No se ve algo así todos los días».

Enna resopló. «¿Habéis oído hablar de la paz para los muertos? ¿Y del respeto?»

El hombre volvió a encogerse de hombros, le dio una palmada amistosa en el hombro y se marchó.

Enna le vio marcharse y negó con la cabeza. Le dijo al otro hombre: «¿Así que usted es Dirk Matthiesen?»

El hombre barbudo de la pescadora engrasada se limitó a asentir.

«Bien. ¿Y sacó a una mujer muerta del mar esta mañana?»

«Nunca había tenido una pesca así».

Enna podía creerlo. «Vamos a echar un vistazo».

Frunció los labios y condujo a Enna sobre un tablón de metal que se balanceaba hasta el barco. BERTA estaba escrito en el casco. La pintura se estaba desconchando en varias partes. Había un fuerte olor a pescado y algas que hizo que Enna se sintiera un poco enferma, pero luchó contra las náuseas y siguió a Matthiesen por la pequeña cabina del capitán hasta el cabrestante. Allí colgaba una red abultada.

Enna la estudió durante unos segundos antes de ver el brazo tatuado que sobresalía entre los cuerpos de los peces. Y luego el rostro de la mujer, medio cubierto por una caballa brillante. El pelo oscuro se le pegaba a las mejillas como algas.

Enna respiró hondo. «¿Puede traer la pesca?»

Matthiesen vaciló y arrugó la nariz. «No me gustaría hacerlo», dijo. «Un cadáver en tu barco no es algo bueno».

Enna enarcó una ceja. «¿Superstición?»

«No, pero tengo mis límites».

«Ya veo. Tráigala de todos modos, por favor. No podemos dejarla así, y mucho menos liberarla».

Matthiesen apretó los labios, pero encendió el motor del cabrestante e hizo lo que le había pedido la policía.

Enna observó con curiosidad cómo subía la pesca hasta el nivel de la barandilla, luego la sobrepasaba y finalmente entraba al barco.

«Con cuidado», advirtió Enna. Quería que el cuerpo sufriera el menor daño posible, aunque probablemente ya hubiera bastante. Nils iba a divertirse.

Matthiesen, mientras tanto, procedió con mucho cuidado, bajando suavemente la pesca a la cubierta. La red se extendió ante ellos. Algunos peces seguían luchando, pero la mayoría ya estaban muertos.

«¿Debo abrirla?»

«Sí, por favor».

Enna vio cómo el pescador deshacía un nudo de una cuerda más fina y la captura se desparramaba por la cubierta. Una ola de peces plateados llegó hasta los pies de Enna.

Maldijo y dio un paso atrás. Nunca podría quitarse el hedor de las zapatillas.

«Cuidado», advirtió Matthiesen, pasando hábilmente entre los peces con sus botas hasta la rodilla para llegar al cuerpo.

Enna refunfuñó y lo siguió. No había forma de evitarlo.

El cuerpo yacía de costado entre caballas y abadejos. Era una visión inquietante, porque, para sorpresa de Enna, la mujer estaba completamente desnuda. Un gran tatuaje adornaba su brazo, extendiéndose desde el hombro hasta la espalda. Otros símbolos estaban impresos en su piel, pero estaban extrañamente mezclados. Tenía un aspecto... extraño.

Entonces Enna se dio cuenta de por qué. No todos eran tatuajes. Algunos de los símbolos estaban pintados. Enna reconoció la pintura negra, ya que era la que utilizaba la Asociación Alemana de Socorristas. Cuando competían en el agua, no se les permitía llevar dorsales con los números, así que se escribían los números directamente sobre la piel con rotulador resistente al agua.

Esto tenía un aspecto similar, salvo que alguien había dibujado intrincadas líneas y símbolos en la piel de la mujer muerta.

Me pregunto qué significa.

Matthiesen, a su lado, probablemente se preguntaba lo mismo, ya que sus ojos se encontraron con los de Enna. «Parece... extraño».

«Sí, así es. ¿Conoce a la mujer muerta?»

El pescador negó con la cabeza. «Nunca la había visto».

«¿Dónde la pescó fuera del agua?»

«Buena pregunta. Anoté las coordenadas GPS cuando descubrí el cuerpo, pero cuánto tiempo llevaba en la red... ni idea».

«¿Puede decirme la distancia recorrida?» Pavel sin duda querría saberlo. Esperemos que esta vez no venga con teorías sobre corrientes.

«Claro. Le daré las coordenadas GPS de la ruta».

«Bien. ¿Notó algo más?»

«¿Qué quiere decir?»

«Bueno, ¿algo fuera de lo común? ¿Un barco o algo? La mujer debe haber salido al mar de alguna manera». *Y ella probablemente no había estado allí demasiado tiempo*, añadió Enna mentalmente. El cuerpo aún no estaba hinchado. Supuso que la mujer no había estado en el agua más de unas horas, pero Nils podría decirle algo más. Sin embargo, no sabía qué relación tenía esto con la tormenta. ¿La había sorprendido? También era improbable. No se habría metido desnuda en el mar durante una tormenta.

Puedes nadar desnudo en la playa, pero no en una tormenta.

«No», respondió Matthiesen en voz baja. «No noté nada. Fue lo mismo de siempre».

«Muy bien. Gracias».

Enna se inclinó un momento sobre el cadáver, pero incluso de cerca no le reveló nada más.

«¿Y ahora?», preguntó Matthiesen.

«Esperemos al forense y al patólogo forense». Ellos podrían reunir más información. Ojalá.

El pescador hinchó las mejillas. «¿Y qué pasa con mi pesca? Tendré que darla por perdida, ¿no?»

«Probablemente».

«Mierda», dijo, sacando cigarrillos de su bolsillo. «Y el día empezó tan bien».

Enna levantó las manos disculpándose mientras volvía a salir de entre los peces plateados. «Así son las cosas a veces».

«Sí», refunfuñó, encendiendo su cigarrillo. «Así son las cosas». El viento le arrancó el humo de los labios y se lo llevó en finas hebras.



Pavel vio de lejos el Polo rojo de Enna. Como siempre, estaba aparcado en la zona prohibida justo delante del puerto. No pudo evitar sacudir la cabeza y sonreír.

Entonces vio el sedán negro de Nils Kessler. El patólogo forense del gorro de lana y el abrigo oscuro ya caminaba por el muelle. Llevaba su maletín plateado.

Pavel frunció los labios. Esperaba poder inspeccionar el cadáver antes que Kessler, pero probablemente el hombre había llegado en un jet privado. Vale, eso no era justo. El propio Pavel había estado incomunicado esta mañana porque la noche anterior se había dejado el móvil en el bolsillo de la chaqueta. Sólo cuando Berger se paró frente a su puerta para llamar, oyó el móvil.

Pavel empezó a pedalear de nuevo, bajando desde el dique hasta el puerto sobre Heino. El viento salado le hinchaba la chaqueta y jugaba con su escaso pelo.

Siguió pedaleando, más allá del Polo, más allá del sedán, y a lo largo del muelle con la cadena de su bicicleta chirriando. Había montones de excrementos de gaviota por todas partes. Era un detalle interesante en el que Pavel no había reparado antes. Parecía encajar con el ambiente del día.

Pavel volvió a acelerar y llegó junto a un barco pesquero llamado *Berta* al mismo tiempo que Nils Kessler.

El patólogo forense hizo una pausa y miró a Pavel con el ceño fruncido. «¿Este aspecto representa su forma de trabajar?»

Pavel desmontó, bajó el chirriante caballete y puso a Heino de pie sobre él. «¿Qué quiere decir?»

Kessler enarcó las cejas de esa forma tan característica que tanto le gustaba. «¿Está bromeando, Neuhof?»

Pavel levantó las manos disculpándose. «En absoluto, Kessler. Realmente no entiendo la pregunta. Yo—»

«¡Eh, vosotros dos!» Enna apareció en la barandilla y les saludó. «Me alegro de que por fin estéis aquí».

Kessler murmuró algo ininteligible y subió por la plancha hasta el bote.

Pavel devolvió el saludo a Enna y siguió de cerca a Kessler.



«Limpia». Kessler había maniobrado entre los peces y examinó a la mujer muerta. Sus ojos se entrecerraron hasta convertirse en rendijas.

Pavel dio un codazo a Enna en el costado. Preguntó en voz baja: «¿Qué quiere decir *limpia*?»

Enna le hizo un gesto con la mano y preguntó al patólogo forense: «No puede decir cuál fue la causa de la muerte sin una autopsia, ¿verdad?»

«No. Pero esta vez no parece haber violencia externa. Tiene varias heridas, pero a primera vista, parecen post-mortem. Probablemente causadas por la red».

«¿Es tan fácil de ver?»

«Sí. Sin circulación, no hay hematomas. Así que las lesiones tienen otro aspecto. Pero lo que me parece extraño», abrió uno de los ojos de la muerta con sus dedos enguantados, «es la dilatación de las pupilas».

Pavel se acercó y examinó el ojo dilatado. «Midriasis», dijo. «Un proceso normal después de la muerte».

Una mirada breve e indescifrable de Kessler. «Cierto, Neuhof, pero la midriasis puede ser causada por varios factores, incluyendo los cambios químicos en el cuerpo después de la muerte y los efectos de las drogas o el estrés antes de la muerte».

Pavel sonrió. «¿Así que tendremos un informe toxicológico esta vez?»

«Le agrada bastante eso, ¿verdad?»

Pavel se apartó instintivamente y miró al suelo, luego se contuvo y levantó el dedo índice. «¿No podría responder objetivamente a mis preguntas?»

Kessler se dio la vuelta y comprobó la dilatación del segundo ojo.

Enna suspiró con fuerza. «Tengo una sugerencia, caballeros».

Pavel y Kessler respondieron al unísono: «¿Sí?»

Enna sonrió. «¿Qué tal si vamos los tres alguna vez al Deichkante?»

Kessler se echó a reír. «¿Con *él*? Creo que no».

El rostro de Enna se ensombreció. «Pero sería bueno, Nils, que os llevarais mejor».

Pavel empezó a responder, pero Enna le cortó. «No es tan malo. Sólo hay que aceptarlo como es».

«¿De verdad? ¿Tengo que hacerlo? Creo que no».

Pavel empezó a decir algo por segunda vez, pero Enna se le volvió a adelantar. «¿Qué pasa con esos símbolos y esas líneas?»

Kessler se encogió de hombros. «Es una pregunta muy interesante. Aquí tenemos algunos tatuajes clásicos. Pero el resto parecen rotuladores normales a prueba de agua».

Pavel estudió los símbolos. No podía clasificarlos. Le recordaban a las runas germánicas, pero también había influencias celtas, e incluso creía reconocer un estilo árabe.

Enna también se inclinó sobre la mujer muerta y estudió los símbolos. «Bastante intrincadamente dibujados. Probablemente no los hizo ella misma».

«Poco probable», confirmó Kessler. «No se puede llegar tan cerca de la parte superior del brazo por sí mismo – al menos no con esta calidad. Casi seguro que alguien lo hizo por ella».

«¿Postmortem o premortem?», preguntó Pavel.

Kessler volvió a mirarle con expresión inescrutable. Luego, para sorpresa de Pavel, preguntó: «¿Y usted que cree?»

«Creo que ambas cosas entran dentro de lo posible. El color es bastante vivo, así que no es de mucho tiempo atrás. Sospecho que se aplicó cerca del momento de la muerte. En cualquier caso, sería importante saberlo, porque el hecho de que alguien esté decorando

un cadáver o a una persona viva marca una diferencia significativa en cuanto a la motivación. ¿Tiene alguna hipótesis?»

Kessler negó con la cabeza. «Esperemos que la autopsia responda a eso».

Enna señaló un símbolo sobre el pecho desnudo de la mujer. «Ese símbolo me resulta familiar».

Pavel y Kessler negaron con la cabeza.

«Nunca lo había visto antes», dijo Kessler.

Y Pavel: «¿Qué asocia con el símbolo?»

«No tengo ni idea. No puedo decirlo. Es como si algo me picara en el fondo del cerebro, pero no puedo alcanzarlo».

«Interesante imagen». Pavel sacó su móvil y sacó algunas fotos de los símbolos. Estaba a punto de mover el brazo de la mujer muerta para obtener más imágenes de los símbolos, pero Kessler intervino.

«¡Basta ya! Tendrá todos los símbolos bien enfocados. El lunes».

Antes de que Pavel pudiera replicar, Nils apartó más pescado, que empezaba a oler con más intensidad, y abrió su maleta. «¿Me puede dejar en paz? Tengo trabajo que hacer».

Pavel empezó a protestar, pero Enna ya le estaba apartando. «¡Buena suerte, Nils!», le dijo al patólogo forense.

Murmuró algo ininteligible y sacó su cámara réflex de la funda.



Cuando estuvieron fuera del alcance de sus oídos, Pavel preguntó: «¡No entiendo a Kessler! ¿Cómo se lleva con él?»

Enna se encogió de hombros. «Nils suele ser un tipo muy agradable. Y hace un buen trabajo. No entiendo por qué tiene un problema con él».

¿Qué clase de pregunta era ésa? Kessler estaba claramente atacándole y no tomándole en serio.

«Porque no hace lo que—»

«¿Usted quiere?» Enna hizo un mohín. «Debería trabajar en eso, Pavel. Hay varias formas de conseguir lo que se quiere. Con Nils, se

necesitan paciencia y palabras amables. Dos cualidades de las que usted carece».

Pavel arrugó la frente. Paciencia era su segundo nombre. El término *amable* le resultaba menos familiar. Todos estaban aquí para resolver el misterio de una mujer muerta, no para intercambiar palabras amables. Pero a Enna le gustaba mezclar las cosas, así que suspiró y reconoció su derrota. «Supongo que puede tener razón. Me esforzaré más».

«Eso está bien».

Habían llegado a su bicicleta. Pavel la levantó del caballete y la empujó junto a ellos.

No muy lejos, una gaviota se posó en un poste de madera con costra de sal que sobresalía del agua. Parecía observar con recelo a los dos inspectores.

«¿Qué opina de esos símbolos?» preguntó Enna, cambiando repentinamente de tema.

Pavel sacó el móvil con una mano y abrió las fotos. Las recorrió una a una en la pantalla. Cuando llegó a la última, se encogió de hombros. «Es difícil de decir. Pero es una pieza importante del rompecabezas. Si podemos resolverlo, sin duda estaremos un gran paso más cerca. Pasaré las imágenes por la IA de reconocimiento en la oficina. Tal vez descubramos pronto lo que significan. ¿Le ha vuelto a venir a la cabeza esa idea que te picaba?»

Pavel imaginó que en el fondo de su mente se materializaba una idea que tenía que rascar.

«Desgraciadamente no», dijo Enna.

«Lástima. Pero puede que vuelva. *Lo que está bien volverá*, solía decir mi abuela. Primero pensé en las runas germánicas. Luego en los celtas, e incluso en los moros».

«¿Los moros? ¿Qué le hizo pensar en ellos?»

«Esas decoraciones. Casi se parecen a los relieves de la Alhambra en España. ¿Ha estado alguna vez allí?»

«No».

«Vale la pena un viaje».

Se imaginó a sí mismo recorriendo en bicicleta todo el camino hasta Andalucía montado en Heino con Enna a la espalda.

«Me interesa más la buena comida y el buen vino».

«España también los tiene». Pavel sonrió y detuvo a Heino junto al Polo de Enna. «¿Podría comprobar la identidad de la fallecida?»

«¿Y qué va a hacer? ¿Seguir el simbolismo?»

Ese había sido su plan. Pavel sonrió. Le apetecía un misterio. «Me conoce mejor de lo que pensaba».

Obviamente, su buen humor era contagioso, porque ahora Enna también sonreía. «Le encantan los acertijos, ¿verdad?»

«Sí», dijo, asintiendo. «Me encantan los acertijos».

«Entonces vamos a resolver este».

Lee más:

heidihinrichs.es/links/4893588

© 2025 de Heidi Hinrichs
Todos los derechos reservados.
heidihinrichs.es
heidi@heidihinrichs.es
Traducido por Nicolay Giraldo Leiva
Edición: Elena García Varela
Diseño de portada: Timo Leibig